



EL VENGADOR

JON MESSMANN

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Revenger

Autor: Jon Messmann

Fecha de publicación original: Febrero, 2022

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

También de Jon Messmann

La serie El vengador

El vengador

Fire in the Streets

The Vendetta Contract

The Stiletto Signature

City for Sale

A Promise For Death

La serie Jefferson Boone: Handyman

The Handyman (también conocido como *The Moneta Papers*)

Game of Terror

Murder Today, Money Tomorrow

The Swiss Secret

Ransom!

The Inheritors

THE REVENGER

JON MESSMANN



Copyright © 2022 Jon Messman

Postfacio «Jon Messmann: La venganza es mía» Copyright © 2022 Eric Compton

Los personajes y hechos que aparecen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no responde a la intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su almacenamiento en sistemas informáticos o su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Publicado por
Brash Books
PO Box 8212
Calabasas, CA 91372
www.brash-books.com

«Porque se puso la justicia como coraza ... y se vistió de venganza
como vestidura.»

ISAÍAS 59:17

GLOSARIO

capo:	jefe; un cabecilla
caporegime:	el jefe o cabecilla de un <i>regime</i>
capo di tutti capi:	el jefe de todos los jefes de <i>regime</i>
consigliere:	el consejero o abogado de la Familia
regime:	una unidad o escuadrón dentro de la Familia
mia cara:	mi querida
chiacchierone incoerente:	un parlanchín incoherente, un necio
pazzoide:	alguien un poco chiflado, loco
schiocchezze:	puras tonterías
testa vuoto imbecille:	imbécil sin cerebro

ÍNDICE

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Postfacio: Jon Messmann: La venganza es mía, por Eric Compton](#)

CAPÍTULO UNO

El hombre gira la llave lentamente, con cuidado, y el chasquido seco de la cerradura al encajar resulta un sonido satisfactorio.

Disfruta cerrando la puerta principal de la oficina, como disfruta abriéndola cada mañana. Un acto simple, abrir y cerrar una puerta, y sin embargo lo llena de una sensación cálida y plena. El hombre se detiene un momento, prueba la puerta, tirando de ella con suavidad, asegurándose de que está cerrada. Alza la vista hacia el letrero sobre la puerta:

BEN MARTIN—PRODUCTOS AGRÍCOLAS—AL POR MAYOR

La sensación de seguridad lo envuelve de nuevo. El letrero es solo un letrero. Para los demás. Para él es una marca, una declaración, un grito de triunfo. Para él son tres años en Vietnam, cinco años al volante de un camión enorme recorriendo el país por carreteras nocturnas, diez años de sudar y ahorrar y desear. Para él, es un final que es un comienzo. Para él, es algo hermoso, ese letrero, y sus ojos grises se suavizan brevemente mientras lo contempla.

Hoy cierra un poco antes. Mark y Marcia vienen a cenar. Mira calle abajo sin reparar en los edificios descoloridos apiñados como viejas brujas, el calor reverberante de agosto que se eleva desde los pavimentos abrasados, el reguero de agua que corre junto al bordillo desde la boca de incendios abierta en la esquina. No es donde vive, esta calle estrecha del bajo Manhattan. Él, Donna y el pequeño Ben tienen un modesto apartamento en el otro extremo de Manhattan, donde linda con Riverdale. Pero esta calle es donde ha puesto buena parte de su vida y sus esperanzas, y para él es un buen lugar.

Se da la vuelta y ve a los dos hombres bajándose del largo coche azul oscuro; sus ojos grises los observan entrar en la tienda de Art Gennaway. Sabe quiénes son, ha oído sus nombres. Al alto lo llaman Frankie el Vigilante; el otro, un hombre narigón de ojos pequeños, es conocido simplemente como Traffico. Son los matones, parte del grupo de la familia Gennosanti. Matones. *Mafiosi*. Ha oído que han estado visitando a los dueños de tiendas del vecindario. Presiones. Las técnicas habituales. Los dos hombres aún no lo han visitado a él, pero lo harán, lo sabe. Y no tiene miedo. Empieza a caminar, lentamente, pasando junto al largo coche. Hay un tercer hombre al volante, de hombros estrechos y cara delgada. Sigue caminando, dejando atrás el coche, y sus ojos son grises como el pavimento bajo sus pies. Y tan duros.

Dos chavales en bicicletas alargadas y hechas con piezas sueltas pasan a toda velocidad por la acera y él se aparta ágilmente. Su rostro, de rasgos fuertes y cejas oscuras y pobladas, tiene una expresión sombría; echa un vistazo hacia la tienda de Art Gennaway. Los dos hombres siguen dentro. Vuelve la mirada al frente y continúa caminando.

La calle es tierra, escalinatas de piedra y hormigón agrietado. Es demasiada gente apiñada en los peldaños descascarillados y en los estrechos portales. Son hombres corpulentos en camiseta y pantalones, y mujeres con vestidos informes para cuerpos informes. Los mayores, claro. Los jóvenes se asoman por las ventanas abiertas como ciruelas demasiado maduras demasiado pronto. La calle son coches grandes, coches llamativos abarrotando los bordillos, como joyas sobre un estercolero. Son pequeñas tiendas coronadas por pisos alargados y almacenes desgastados con ventanas ennegrecidas o enrejadas. Pasa junto a la boca de incendios abierta, un momento de frescor suspendido en el aire, la fina llovizna agradable contra su rostro. Cuerpos pequeños, ágiles, casi desnudos saltan y se lanzan delante y detrás de él, como destellos de luz solar en una selva, y un instante de memoria lo apuñala. Luego deja atrás el oasis de frescor y el calor se precipita para poseerlo de nuevo.

El aparcamiento al aire libre está justo frente a él y ve su coche esperando allí. Mira hacia atrás por la calle. El largo coche azul

oscuro sigue junto al bordillo y sus ojos grises se vuelven pizarra. Problemas. Los huele en silencio, los siente dentro de sí. Ha captado los rumores en el ambiente, palabras dichas a media voz, silencios incómodos, y ha visto a los dos hombres visitar la tienda de Art Gennaway antes. Debate en silencio, una batalla repentina y aguda en su interior. Art Gennaway no es fuerte, ni de cuerpo ni de espíritu, un hombre mayor que solo quiere que lo dejen en paz. Como la mayoría de los hombres. Como él mismo. Solo que él tiene sus propias ideas sobre cómo enfrentarse a los problemas. Los ojos grises ven que el largo coche azul oscuro sigue allí. Los labios del hombre se aprietan y su debate silencioso termina de golpe. Se da la vuelta con rapidez; su cuerpo se mueve ahora con gracia felina mientras se adentra en un callejón estrecho, apenas lo bastante ancho para sus anchos hombros.

La tienda de Gennaway tiene una entrada trasera que da al callejón, lo sabe, y se mueve con sigilo, sobre las plantas de los pies, como se movía por las selvas de Vietnam en misiones especiales. En un instante está en la puerta trasera de la tienda de Gennaway, madera recubierta con una capa de estaño galvanizado. Envuelve una mano grande alrededor del pomo, lo levanta y abre la puerta sin hacer ruido para entrar en la trastienda. Art Gennaway repara aires acondicionados y ventiladores, y la trastienda es un desorden de cajas y cajones y estantes llenos de mercancía y piezas. El hombre grande empieza a abrirse paso entre las cajas cuando un sonido lo detiene. Es el sonido del dolor: un golpe, un jadeo, luego otro golpe. Luego una voz.

—Nada personal. Una pequeña lección —dice la voz—. Nos has estado dando largas. Eso no está bien. Le da ideas a los demás. Si tú entras en vereda, todos pillan el mensaje. Eres un veterano aquí.

—No todos —responde la voz de Art Gennaway, con el dolor exprimiéndole las palabras—. No cuento tanto.

—Tú empiezas. Nosotros nos preocuparemos del resto —dice la otra voz, y el sonido de dolor vuelve, un sonido jadeante y desgarrador. Ben Martin se detiene en la penumbra de la trastienda, mirando a través del hueco entre dos ventiladores grandes y uno

más pequeño. Art Gennaway está doblado sobre una mesa, boca abajo. El alto, Frankie el Vigilante, le retuerce el brazo a la espalda.

—Esto es solo una muestra —está diciendo.

Las manos de Ben Martin se cierran alrededor del ventilador más pequeño. Lo levanta, se desliza entre las cajas a un lado y, sosteniéndolo en alto, lo lanza hacia adelante. Lo ve estrellarse contra la cara de Frankie el Vigilante cuando el hombre, que ha captado el movimiento repentino por el rabillo del ojo, levanta la vista. Frankie el Vigilante cae hacia atrás y Ben Martin sale a la luz mientras el más bajo, con la sorpresa tornándose en ira en su cara narigona, rodea el extremo de la mesa. Ambos llevan armas, Ben lo sabe. Pero también sabe que no las usarán, no a menos que sus vidas corran peligro. No ahora. Todavía no. Sería demasiado pronto y, más importante, iría contra las órdenes. El más bajo, Traffico, le lanza un gancho de izquierda y luego, con la cabeza agachada, embiste contra él. Ben Martin suelta un uppercut corto y potente. Calcula mal. Falla la mandíbula de Traffico y ve cómo el golpe le rasga la mejilla y el ojo. La ceja revienta en rojo como si un cuchillo la hubiera abierto; Traffico se tambalea y la embestida se detiene. Las manos de Ben Martin salen disparadas, los poderosos deltoides se hinchan bajo la chaqueta, y la cabeza de Traffico parece girar como un juguete de niño. Se tambalea de nuevo y se desploma, quedando en el suelo como un saco de ropa sucia.

Un sonido detrás de la mesa. Frankie el Vigilante se está levantando; la sien y la frente le chorrean regueros de sangre. Ben Martin calcula el golpe y, cuando el otro hombre se incorpora, le suelta un puñetazo con todo el brazo. El cuerpo alto de Frankie se arquea hacia atrás y cae al suelo. Silencio. Ben Martin avanza con movimientos casi de ballet, de una gracia tensa y fluida. Agarra a los dos matones de poca monta y los arrastra por el suelo hacia la puerta principal de la tienda. Abre la puerta y los arroja fuera, primero a Traffico, luego a Frankie el Vigilante, y alcanza a ver al hombre de cara delgada en el coche azul oscuro saliendo por el lado opuesto.

Ben regresa junto a Art Gennaway. Los ojos del hombre mayor son puro miedo. Habla, busca las palabras, pero el miedo no

abandona su mirada.

—Cabrones —le dice al hombre grande de ojos grises—. Malditos cabrones. Pero no deberías haberte metido, Ben. Me alegra mucho que vinieras a ayudarme, pero deberías haberte mantenido al margen. Quizás te habrían dejado en paz.

Ben Martin sonríe, pero es una sonrisa sin alegría. Da unas palmaditas en la mejilla al hombre mayor, se da la vuelta y sale de la tienda por la puerta principal. El coche grande se ha ido. Pero no ha logrado nada. Ahora lo sabe. El miedo en los ojos de Art Gennaway es su respuesta. Ha evitado una paliza, pero nada más. El miedo es más fuerte que la esperanza.

CAPÍTULO DOS

Habían terminado de cenar y él había servido las copas: coñac para Mark y para él, Cointreau para Marcia. Donna había preferido seguir con los old-fashioned que había pedido antes de cenar. Estaba molesta con él, Ben lo sabía. Siempre se daba cuenta; esa intuición que se desarrolla tras seis años compartiendo la vida con otra persona, esos pequeños préstamos del alma que nunca fallan. Se le tensaba el rostro, se le apretaba la boca, algo casi imperceptible, pero para él, muy evidente. Cruzó una mirada fugaz con sus ojos castaños y vio en ellos un malestar sombrío. El rostro de Donna, enmarcado suavemente por su melena castaña, combinaba dulzura y altivez: rasgos delicados, nariz fuerte y aguileña. Donna era alta y de caderas estrechas, con senos menudos que, desnudos, la hacían parecer una de esas doncellas eternas de los jarrones etruscos.

No era solo la discusión que había mantenido con Mark y Marcia, aunque las discusiones siempre la ponían nerviosa. Era que él no solo parecía terco, sino también cerrado y santurrón, y saberlo también le irritaba. Mark Dellingway tenía el don de hacerle parecer así. Alto y ascético, Mark destilaba sabiduría paciente en cada gesto y cada inflexión; sus modales nunca se alejaban mucho de los de una de sus clases en City College, donde enseñaba historia europea. Marcia, compañera de universidad de Donna, era el complemento perfecto de Mark: una chica judía de cara redonda, muy lista, de busto prominente, con un título en trabajo social. Ambos lucían la tolerancia como una insignia: ella con determinación étnica, él con escolasticismo clásico. Normalmente, Ben los aceptaba sin problemas; eran los mejores de entre todos los compañeros de universidad de Donna. Eran quienes menos le hacían sentirse incómodo, menos consciente de sus propias aristas. Pero el tema, que Marcia había sacado y Mark había retomado, se resistía a

quedarse en mera charla de salón. Aunque, reflexionó Ben, para él nunca había sido algo meramente académico.

Marcia acababa de terminar dos libros sobre el estado del crimen organizado en Estados Unidos y había releído *El Padrino*. Un sonado asesinato mafioso había reavivado el tema, y ella se había declarado «terriblemente interesada en todo el fenómeno». Descubrimiento, había bufado Ben para sus adentros. Pero un descubrimiento mantenido a distancia prudente, contemplado desde lejos, un interés puramente intelectual que en realidad no era interés alguno. Ese tipo de respuesta intelectual, había concluido, era una forma de irrealidad muy en boga. Las pacientes peroratas de Mark y los brillantes comentarios de Marcia le resultaban irritantes, le formaban un nudo en la boca del estómago, y la hosca obstinación con que respondía no era en absoluto lo que quería. Sin embargo, parecía incapaz de reaccionar de otro modo.

—Para entender cualquier patrón social de ese tipo, hay que verlo a la luz del comportamiento cultural heredado —declamaba Mark—. Las Familias de la Mafia operan como una unidad separada pero plenamente integrada en el patrón más amplio de la familia que es la sociedad misma. En la mayoría de los aspectos reflejan los valores de esa familia social más amplia: fidelidad, unidad, acción cohesiva. Sus divergencias tienen raíces en patrones culturales de origen específicos.

—Y eso, por supuesto, se agudizó mucho más con el colapso del sueño inmigrante —intervino Marcia—. La tierra de la promesa y la abundancia contenía más prejuicios que abundancia, más promesas que prosperidad. Una subcultura cerrada sobre sí misma fue la respuesta automática.

Ben sintió que su ira se concentraba. No solo estaban equivocados. Eran debilidad, una debilidad lamentable disfrazada de comprensión social, frases estúpidas que flotaban vacías en nubes de su propia retórica: *comportamiento cultural heredado, el colapso del sueño inmigrante, respuesta automática*.

—Gilipolleces.

Oyó la palabra escapar de sus labios, revolotear y aterrizar en el regazo de Mark. Se bebió el coñac de un trago y se sirvió otro de

la botella que había en la mesa de centro, consciente de la tensa desaprobación de Donna, que le llegaba en oleadas invisibles.

—Vamos, Ben, no puedes ignorar el pasado cuando analizas el desarrollo del comportamiento grupal contemporáneo —dijo Mark con paciencia reprobatoria.

—Repito: gilipolleces —dijo Ben con los labios apretados—. La familia Gennosanti, los Lucharillo, los Eboli... no son más que una panda de cabrones, sucios y ladrones. ¿Hablas de ignorar cosas? Siempre me hace gracia cómo vosotros, los explicadores pacientes, ignoráis constantemente que cientos de miles de italianos, de la misma puñetera parte de Italia, vinieron aquí y se enfrentaron a los mismos puñeteros problemas y prejuicios. ¿Por qué no se convirtieron ellos también en asesinos y ladrones organizados en sindicatos? Si todo tiene que ver con el comportamiento cultural heredado y las presiones sociales, ¿por qué solo una pequeña fracción de los inmigrantes de Sicilia y el sur de Italia acabaron en la Mafia?

—Esa es una pregunta muy amplia, Ben. Un estudio riguroso revelaría muchos factores que contribuyeron a crear una aceptación pasiva por parte de la mayoría de los grupos inmigrantes.

—Un estudio riguroso de los que tú dices sacaría a la luz un montón de basura como esa. La verdad es que la mayoría de los que vinieron aquí eran gente decente, no vagos ni asesinos. Olvidas que soy medio italiano. La familia de mi madre vino aquí y abrió una tiendecita. Sus amigos se pusieron a trabajar para otros. Ninguno de ellos se dedicó a mangonear a sus compatriotas inmigrantes.

—El condicionamiento psicológico y las actitudes subyacentes influyen en el desarrollo de un patrón social como la Mafia —intervino Marcia.

—Ben no cree en usar razones sociales como excusa del comportamiento antisocial individual.

Era la voz de Donna, que intentaba explicarlo y mostrarse conciliadora, y Ben sintió que su ira se endurecía.

—No creo en llamar a un cabrón otra cosa que cabrón —dijo—. No creo en tanta puñetera explicación como damos todo el tiempo. Estamos todos tan ocupados explicando y comprendiendo que a

fuerza de tolerancia hemos perdido la capacidad de llamar a las cosas por su nombre. ¿Y sabéis por qué? ¿Queréis hablar de actitudes psicológicas? Pues estamos todos enganchados a la comprensión. Todos queremos que nos comprendan y nos excusen por lo que hacemos mal. Es una especie de «hoy por ti, mañana por mí» psicológico. Yo te comprendo a ti si tú me comprendes a mí. Todo el mundo se cubre las espaldas. ¿Y sabéis qué? Sobre todo se tapan los ojos para no ver las cosas como son. Vosotros lo llamáis comprensión. Yo lo llamo ceguera voluntaria.

La sonrisa de Mark rebosaba superioridad paciente.

—Ahora estás cayendo en una trampa muy común, Ben —dijo—. Estás equiparando comprensión con aprobación. No pensarás que aprobamos a la Mafia solo porque entendemos su existencia dentro de un patrón social, ¿verdad?

—Oh, no, intelectualmente no. Pero viene a ser lo mismo. Esa puñetera desaprobación aséptica y toda esa mierda sociológica es una forma elegante de echar la culpa a otro lado. Saca al individuo o al grupo del apuro, y puede que eso no sea aprobación, pero tampoco es desaprobación, al menos no para mí.

—Ben, eres adicto a las respuestas simplistas —sonrió Marcia.

Ben le devolvió una sonrisa acerada. Respuestas simplistas, había dicho, pero lo que quería decir era que él era un simple.

—Supongo que sí —respondió—. Soy adicto a llamar asesino al asesino y cabrón al cabrón.

La interrupción era pequeña, vestida de pijama: salía de su habitación para que lo acostaran. El pequeño Ben tenía los ojos castaños y dulces de Donna, el rostro cuadrado de su padre, y Ben sintió la manita colarse en su palma grande, como una semilla diminuta dentro de una vaina de cáscara dura. Acostar al niño de cinco años era un requisito de cada noche, un pequeño ritual que padre e hijo disfrutaban por igual. Ben cogió al niño en brazos, suavidad envuelta en suavidad, orgullo envuelto en amor, bracitos que se aferraban y que cada vez lo poseían más por completo. Llevó al pequeño Ben a su habitación, lo depositó en la cama y recordó cómo la mujer del museo había descrito al niño: un querubín de Botticelli que había cobrado vida. Por fin, terminado el ritual, bien

arropada la colcha, dados los últimos abrazos y susurradas las buenas noches, Ben cerró la puerta tras de sí y volvió al salón. Donna había reconducido la conversación hacia otros derroteros, con rapidez, estaba seguro, y se empeñaba en contarles a Mark y Marcia cosas de la guardería del pequeño Ben, o preescolar, como la llamaban. Ben se sentó, contento de dejar que la velada se apagara en aquel ambiente de cuidadosa evasión.

No lo imaginaba. Sabía exactamente lo que era, y conocía el deseo de Donna de evitar más palabras ásperas. Estos momentos eran de los pocos en que era consciente de las diferencias entre sus orígenes: ella, de los barrios residenciales acomodados, padres más que desahogados, la academia St. Mary's y luego Smith. Él se había abierto camino en Evander Childs High School, y el mundo y su propia curiosidad le habían dado el resto de cuanto sabía. Había conocido a Donna un día en la playa, una esbelta ninfa marina que emergía de las olas. En él, ella había visto cualidades que otros no tenían, quizás cualidades que jamás había conocido. Sus padres habían dado su aprobación al matrimonio con la cortesía propia de la gente de buena familia, más porque era lo que Donna quería que por cualquier otra razón; eso siempre lo había sabido.

Durante la mayor parte de sus seis años juntos no habían tenido barreras entre ellos, habían aprovechado plenamente lo que cada uno tenía para dar al otro. Salvo de vez en cuando, como esta noche, y por infrecuentes que fueran esas ocasiones, cada una le robaba un pequeño pedazo de seguridad, y de eso tenía muy poca. No podía permitir que ella se sintiera superior de forma tan velada, así que hablarían de ello más tarde. Tendrían que hacerlo.

Se alegró cuando la velada terminó con las promesas y cortesías habituales. Envidiaba la capacidad de Mark para tomarse aquellos intercambios como mera calistenia verbal. Eso haría la realidad mucho más fácil de sobrellevar. Cerró la puerta tras el «Recuerda, la próxima semana en nuestra casa» de Marcia. Donna ya estaba recogiendo vasos, con esa intensidad que podía usar como máscara. Vació ceniceros y ordenó la mesita mientras ella ponía los platos de la cena en un barreño grande para dejarlos en remojo. Plegó la mesa que habían usado para cenar y la apoyó contra la

pared del fondo, donde la guardaban habitualmente. Donna estaba en el dormitorio, en combinación, cepillándose el cabello, cuando él terminó. Se sentó, se quitó los zapatos y la observó. Siempre le había gustado verla cepillarse el cabello, gestos a la vez juveniles y, no obstante, muy sensuales.

—Pensé que Marcia estaba muy guapa esta noche, ¿no te parece? —comentó ella.

Terreno neutral. Palabras para llenar el vacío. Sintió que apretaba la mandíbula. No había forma delicada de hacerlo, al menos ninguna que él conociera.

—¿Por qué lo haces, Donna? —dijo, sonando más brusco de lo que había pretendido.

—¿Hacer qué? —Cautela. Renuencia a entrar en batalla.

—Tratar de explicarme.

Inexacto, se dio cuenta, pero bastante aproximado. Ella entendería.

—No trato de explicarte.

Negación suave. Otra evasión.

—De acuerdo, disculpar mis actitudes. No necesito que me disculpen.

—No repasemos la velada, Ben.

Cansancio. Apartar las cosas. Dejar que el tiempo disipara el agujón de las palabras.

—¿Estás de acuerdo con Marcia?

Terquedad. Las copas contribuyendo a ello.

—¿De acuerdo con ella sobre qué?

Aún resistiéndose a admitirlo.

—¿Que soy tan jodidamente simple que no puedo ver más allá?

—Marcia no dijo eso, Ben. Estás interpretando lo que no dijo.

—Lo estoy interpretando bien.

Los ojos de Donna mostraron de pronto cansancio cuando dejó el cepillo y lo miró directamente. ¿O era tristeza lo que veía en ellos?

—No, Ben, no eres simple. Y puedes ver más allá —dijo—. Pero eres inflexible. Esa es tu fortaleza, pero a veces es una debilidad.

—Es lo que más te gustaba de mí en otro tiempo, Donna.

Recordatorios. Pequeñas estocadas.

—No dije que no me gustara ahora.

—Solo que ahora es incómodo, ¿es eso? No es educado. Podría herir los sentimientos de alguien.

—Te hace rígido, inflexible, y eso no es fortaleza. Eso es debilidad, Ben. Las cosas fuertes pueden doblarse.

Palabras encendidas ahora, sus ojos oscuros, fuegos líquidos.

—¿Y qué hay de su debilidad? Eso no te molesta.

—No. Ellos no son parte de mí.

Se puso de pie, se quitó la combinación por la cabeza, y sus hombros desnudos hicieron un pequeño movimiento ondulante mientras llevaba una mano a la espalda y se desabrochaba el sujetador. Dio dos zancadas con las piernas largas y esbeltas, se quitó las bragas y se deslizó bajo las sábanas, dándole la espalda. Él fue tras ella, le tomó los hombros y le dio la vuelta. Sus pechos juveniles, aún suavemente virginales, con las puntas rosadas apenas alzadas de sus nidos redondeados, asomaban por encima de la sábana. Los cubrió con las manos, una leve presión, y los ojos de ella sostuvieron su mirada firme. Ella yacía inmóvil, salvo por el subir y bajar rítmico de los pechos bajo las manos de él, y luego, lentamente, comenzó a rotar las palmas sobre las crestas suaves y llenas, presionando un poco más con cada rotación lánguida. Sintió el círculo de presión en el centro de las palmas, apenas más que un diminuto punto al principio, que luego fue creciendo, empujando contra el centro de las manos, y sintió que las piernas de ella comenzaban a moverse, una contra la otra, como una mosca que frota sus patas. Mantuvo una mano en el pecho izquierdo, bajándola para que el pulgar pasara de un lado a otro sobre la punta rosada, y oyó el suave jadeo de ella, deseo mezclado con resistencia. Con la otra mano se quitó los pantalones, luego los calzoncillos. Apartó las manos de los pechos de ella, se hundió sobre su cuerpo y enterró el rostro en su suavidad, y de repente, como una cortina que se desgarró, los suaves jadeos se convirtieron en un grito, fuerte en la quietud de la habitación, y las piernas largas de ella se separaron, se alzaron para aferrarlo con la invitación eterna que es la mujer. Su boca encontró los pechos de ella, siempre juveniles, siempre como

nuevos, como si nunca los hubieran tocado, siempre excitándolo como aquella primera vez, hacía tanto tiempo. ¿O había sido ayer?

Podía volverse sensual como una serpiente, Donna, y habían aprendido a retorcerse como uno solo, carne contra carne, la búsqueda de él en el reclamo de ella, la necesidad de él en el deseo de ella, y la habitación se llenó con los gritos y los sonidos de ella, ansiosa, suplicante, exigente, hasta que de pronto se estremeció, lo sostuvo casi en el aire, y no había nada en ningún lugar del mundo salvo ese momento.

CAPÍTULO TRES

Tres hombres ocupaban el asiento delantero del coche, que atravesaba las cabinas de peaje de Nueva Jersey del Puente George Washington y aceleraba. El más alto, en el centro, llevaba vendajes en la frente y a lo largo de la sien. El hombre a su lado, con el brazo medio fuera de la ventanilla, tenía esparadrapos en ambos pómulos. Los dos mantenían una expresión adusta mientras el tercero, al volante, lanzaba una mirada rápida y tensa a sus compañeros.

—¿Por dónde? —preguntó, rompiendo el silencio del coche. Tenía el rostro anguloso, de mandíbula estrecha, con aire furtivo, y unos ojos hundidos que se movían nerviosamente de un lado a otro mientras conducía.

—Toma la cuarenta y seis —dijo el hombre con la sien vendada.

—¿Qué quiere Joe, Frankie? —preguntó el hombre al volante—. No hay ningún problema.

—No ha dicho que lo haya —dijo Frankie el Vigilante.

—¿Por qué no me citó en su casa?

—Ya sabes que Joe no celebra reuniones de negocios en su casa, Hymie —respondió el otro.

—¿Y qué hay de la tienda de Carroll Street? Podría haber ido allí sin problema. ¿A qué viene tanto secretismo?

—Ya sabes que Joe no nos cuenta lo que tiene en mente, Hymie —dijo el otro.

—Siempre se lo guarda todo cuando es algo nuevo —dijo el segundo hombre con una mueca de dolor. Mover los labios le resultaba doloroso, hinchados y amoratados como los tenía.

El coche descendió por la larga pendiente hacia las tierras bajas de Jersey, atravesando el terreno ganado a las marismas de Hackensack.

—Toma la carretera de servicio en la siguiente salida —dijo Frankie lacónicamente. El conductor se cambió al carril derecho y giró desde la autopista hacia una pequeña carretera pavimentada sin iluminación, que se apartaba de la cinta de hormigón que acababan de dejar para discurrir junto a la oscuridad llana del terreno de relleno, plagado de mosquitos. Delante de ellos, apartados de la carretera, dos ojos amarillos brillaban siniestros en la noche, pequeños cuadrados de luz.

—Ahí está —dijo Frankie el Vigilante. El conductor aceleró un momento, luego redujo la velocidad y sacó el coche de la carretera para dirigirse hacia el otro vehículo, cuya masa negra se perfilaba en la oscuridad, con las dos luces de posición amarillas como oasis gemelos de cordialidad. El hombre de rostro furtivo detuvo el coche, se giró y empezó a abrir la puerta para salir. Nunca oyó las dos explosiones amortiguadas. Apenas sintió el primer disparo, que le atravesó la nuca; el segundo llegó instantáneamente después, salpicando la oscuridad de rojo. Su cuerpo cayó medio fuera del coche, con la chaqueta enganchada en la manilla de la puerta, que lo sostenía allí como una marioneta desechada, extrañamente apropiada.

Los otros dos hombres ya estaban en el segundo coche. El de rostro cetrino se puso al volante y aceleró hacia la carretera de servicio con las luces completamente apagadas; solo las encendió cuando llegó al desvío de la autopista. El coche se incorporó a la corriente principal del tráfico, que circulaba a toda velocidad, y finalmente tomó la salida de Englewood.

Por la mañana, alguien —quizás un camión de la compañía telefónica que pasara por allí— se encontraría con el cuerpo colgante del hombre bien vestido, con la cabeza destrozada, y avisaría a la policía. Descubrirían a un tal Hymie «Cara de Póker» Schwartz, conocido como un prestamista de poca monta con un historial plagado de arrestos menores, uno de esos delincuentes menores que siempre rondaban las puertas del gran mundo del crimen. Y sabrían que Hymie había cruzado esa puerta por el lado equivocado. La investigación sería una más entre tantas, el expediente se marcaría como «cerrado» y se archivaría junto a una pila cada vez

más gruesa de casos similares, monumentos de papel a una forma extrañamente dual de aplicar la ley.

La ciudad de Englewood se extiende a lo largo, detrás de los altos acantilados de los Palisades de Jersey, hogar de unos treinta mil ciudadanos del Garden State. Hay viviendas modestas y lujosas, edificios de apartamentos de gran altura salpicados aquí y allá, escuelas, parques infantiles e instalaciones comunitarias, y kilómetros y kilómetros de calles arboladas. El coche avanzó lentamente por una de esas calles hasta detenerse frente al número 73 de Summit Drive, una casa de estilo rancho español con fachada de estuco que se ocultaba tras cuatro altos muros coronados con alambre de espino. Una casa más pequeña se alzaba junto a la principal, dentro del recinto. Cuando el coche se detuvo, dos hombres aparecieron para observar a los ocupantes a través de la verja de hierro cerrada, mientras otros dos aguardaban en segundo plano. Todos vestían trajes impecablemente confeccionados, todos eran de estatura media, ojos oscuros y expresión adusta. Todos compartían un sello de uniformidad, una impronta que venía tanto de dentro como de fuera. Esta era la casa de Joseph Colardi, su esposa Annette y su hija de seis años, Stella, aunque ni Joseph Colardi ni su esposa estaban en casa cuando los dos hombres abrieron la verja y dejaron pasar el coche con sus ocupantes vendados y el conductor.

Joe Colardi y Annette, sin embargo, no estaban muy lejos. Eran dos de las aproximadamente cien parejas que asistían a la reunión especial de padres de la Summit Drive Grade School. Joe Colardi, con su traje de punto doble hecho a medida —un poco ajustado en las caderas porque había engordado siete kilos desde que lo compró—, escuchaba a la señora Helen Charters y a otros dos oradores explicar la necesidad de equipos audiovisuales para las nuevas clases de niños con discapacidad que la escuela iba a poner en marcha. El presupuesto escolar no alcanzaba para cubrir el coste de esos equipos y materiales, y la reunión había llegado al momento de solicitar donaciones. Joe Colardi, con sus ojillos castaño oscuro brillando en un rostro engañosamente afable que empezaba a formar papada, observaba a la señora Charters mientras hablaba por

el micrófono desde el pequeño estrado. Había intercambiado saludos con ella varias veces durante el último año en otros actos locales. Alta, bien vestida, acicalada en las peluquerías del barrio, aun así tenía un aire ajado, como la mayoría de las presentes. Su Annette las superaba a todas como mujer, y le lanzó una mirada rápida. Con su traje rosa y el casquete a juego, estaba a gusto, perfectamente integrada entre las demás mujeres. Así debía ser, así lo quería él. Annette se había mostrado reacia al principio, pero él la había animado a participar en los asuntos de la comunidad. Era bueno para la pequeña Stella ver a su madre involucrada en actividades con las madres de sus compañeras de clase. Los niños necesitan eso. Les da sentido de pertenencia, se dijo.

—Tres mil dólares nos permitirán empezar con una unidad de aprendizaje básica —oyó decir de nuevo a la señora Charters—. No es mucho dinero, ¿verdad? Pero el presupuesto no puede cubrirlo, así que queda en manos de los padres de todos los niños que asisten a la Summit Drive School.

Joe Colardi esperó mientras ella terminaba solicitando compromisos y contribuciones directas, y observó cómo un hombre alto, de cabello plateado, se levantaba y le entregaba un cheque de cien dólares. Otro se levantó para comprometerse con cincuenta dólares y un tercero hizo lo mismo. Cada donación fue recibida con aplausos entusiastas. Joe Colardi aplaudió con los demás, pero sus ojos reflejaban un desprecio creciente. Calderilla, comentó para sus adentros. Podía comprar y vender a todos ellos. Y lo que era más importante: si quisiera, podía hacerlos bailar al son que él tocara. Todos eran huecos, tan huecos como cualquiera de los pequeños comerciantes de la calle. Quería que su familia fuera aceptada por aquella gente, pero en lo más profundo de su ser se reía de ellos. El desprecio le resultaba fácil a Joe Colardi. Había ascendido en la Familia sabiendo qué hacer y cuándo hacerlo. ¿Acaso no acababa de nombrarlo Don Gennosanti *capo* de un *regime*? Don Gennosanti no elegía tontos para los puestos altos. Ciertamente, era una especie de prueba; el Don lo había dejado claro, con esa extraña combinación de modales tranquilos y ojos ardientes. Annette siempre había sido la sobrina favorita del Don, y este estaba dispuesto a dar una

oportunidad de ascender al marido de su sobrina. ¿Y acaso no había convencido al Don de que le dejara poner en práctica sus ideas, aunque se apartaran del patrón habitual?

Joe Colardi se permitía el lujo de ser despectivo. Estaba seguro de sí mismo, era poderoso, su estrella ascendía. Se sentía a gusto mientras se ponía de pie, consciente de los ojos brillantes de Annette mientras llamaba a la señora Charters con un gesto.

—¿Señor Colardi? —sonrió educadamente. En la comunidad, todo el mundo le sonreía educadamente a Joe. Los que no sabían a qué se dedicaba sonreían. Los que albergaban sospechas sonreían. Y los que estaban perfectamente al tanto también sonreían. Los Colardi eran, al fin y al cabo, parte de la comunidad, y los asuntos personales y de negocios de un hombre eran estrictamente cosa suya. Aquí en Englewood nadie se metía en la vida de nadie. Hacerlo sería entrometerse. O juzgar. O ser intolerante. Todo ello pecados. Helen Charters y su marido habían hablado muchas veces de los Colardi. La pequeña Stella Colardi iba a la misma clase que su hija Barbara. Siempre acababan en una aceptación a regañadientes. Los Colardi eran tranquilos, discretos, aunque la casa amurallada solía tener un aire de fortaleza, con muchos coches largos y elegantes entrando y saliendo. Y de vez en cuando el nombre del señor Colardi aparecía en los periódicos, siempre precedido por frases como «presunto jefe de la Mafia» o «conocido capo del crimen organizado». Pero aparte de eso, los Colardi parecían miembros ideales de la comunidad, y, sin dejar de sonreír con su mejor encanto, vio al señor Colardi sacar un cheque del bolsillo. Se levantó de su asiento y caminó hacia ella.

—Mi cheque por mil quinientos dólares —dijo, tendiéndole el rectángulo de papel. La señora Charters perdió la sonrisa, aunque la recuperó al instante, esta vez con un deje de vacilación.

—¿Mil quinientos dólares? —las palabras le salieron en un suspiro—. Mi querido señor Colardi, estoy abrumada.

Joe se encogió de hombros. Podría haber dado los tres mil completos, pero así era mejor. Más elegante. No pasarse de la raya demasiado pronto. Se volvió a medias y el auditorio estalló en aplausos, titubeantes al principio, pero que enseguida se

convirtieron en una ovación entusiasta. La señora Charters pedía calma con la mano, sosteniendo el cheque mientras lo hacía.

—En nombre de todos, le estamos muy agradecidos por su magnífico gesto —dijo—. Y los niños discapacitados de todas las comunidades se lo agradecerán, señor Colardi.

—Es un placer —dijo Joe Colardi—. Creo que todo niño merece una oportunidad. Eso es lo americano, ¿no?

Los aplausos, más vigorosos, ahogaron las palabras de la señora Charters, y Joe Colardi regresó a su asiento. Unos cuantos comentarios más, más promesas, y finalmente la reunión terminó. Había café y refrescos, pero Joe y Annette se excusaron. Se abrieron paso entre la multitud, recibiendo saludos y otra ronda de aplausos. En la puerta, un hombre corpulento que había esperado allí, casi invisible para los de dentro, se adelantó hacia el coche que aguardaba fuera. Joe se acomodó en el asiento trasero, con Annette a su lado, el muslo cálido de ella contra su pierna. El coche se deslizó en silencio calle abajo, y él le habló sin mirarla.

—Traffico y Frankie estarán esperando para verme. No tardaré mucho. Unos asuntos de negocios que resolver —dijo. Como tantas otras esposas, Annette sabía sin saber, formaba parte sin participar—. Entra y espérame —dijo—. Esta noche me apetece.

Entonces la miró. Le gustaba verle los ojos cuando le anunciaba lo que iba a pasar. Parecía excitarla: se le entornaban ligeramente y unas pequeñas arrugas de sonrisa aparecían en las comisuras de la boca. A menudo se lo había preguntado. ¿Sentía ella poder, posesión, al saber que él iba a ir a buscarla? Las tías, resopló para sus adentros. Todas eran raras. El coche atravesó la verja abierta, se detuvo, y Joe bajó de inmediato. —Enviaré a la niñera enseguida —dijo Annette Colardi al hombre corpulento que iba al volante. Joe ya estaba dentro de la casa, dejando las puertas abiertas para que ella lo siguiera. Cruzó a grandes zancadas el pasillo alfombrado y torció hacia la biblioteca, consciente de que Annette pasaba por detrás hacia el apartamento interior.

Los dos hombres que esperaban en la biblioteca estaban sentados en sillas en extremos opuestos de la habitación, sin prestar atención a las paredes cubiertas de libros del suelo al techo. Joe

esbozó una media sonrisa. Él tampoco había abierto ninguno. Pero quedaban bien. Daban a la habitación un aire intelectual, solía recordarse. Había comprado toda la colección al viejo librero Cateneta cuando el viejo cerró su tienda en Bleecker Street.

—¿Está hecho? —preguntó Joe, quitándose la chaqueta y aflojándose la corbata mientras rodeaba el escritorio de cerezo para sentarse en la silla de respaldo alto. Traffico asintió y bajó el pulgar.

—Maldito listillo, queriendo quedarse con una tajada más grande —gruñó Joe Colardi—. Los demás prestamistas recibirán el mensaje. Nada como un poco de disciplina, como decía la maestra.

—Se acabó la escuela para Hymie —comentó Traffico—. Y ahora, ¿qué hay de la nueva operación? ¿Qué pasa con ese cabrón grandote de la verdulería?

Joe Colardi abrió un cajón del escritorio y sacó una botella de *Courvoisier* y tres vasos de chupito. Se sirvió uno y dejó que los otros dos se sirvieran. El brandy le quemó la garganta como agujas calientes mientras sus dedos jugueteaban con el vaso vacío.

—Me gustaría otro intento con ese hijo de puta —dijo Traffico—. Nos pilló por sorpresa.

—Ahora no. Si aparecéis vosotros dos, podríais provocarlo otra vez —dijo Joe, pensando en voz alta—. Enviaré a Matty y Sol. Hablarán con él. Conozco a los de su calaña. Un cabrón estúpido y cabezota. Unas cuantas palabras bien elegidas, pequeños recordatorios, y se le bajará la chulería por donde le quepa.

Traffico negó con la cabeza, dubitativo. —No sé, Joe. Este tiene algo diferente —dijo.

—Tonterías. Vale, sabe usar los puños. Vosotros dos estáis un poco tocados, eso es todo —Joe Colardi soltó una risa corta y áspera.

Frankie el Vigilante respaldó a su compañero más bajo. —Es más que eso, Joe. Tenía una mirada rara en los ojos, como si nos odiara.

—¿Desde cuándo eres tan sensible, Frankie? —preguntó Joe con suavidad—. ¿Crees que alguien a quien aprietas las tuercas te va a querer?

El otro se encogió de hombros. —No, pero este es diferente, como dice Traffico. No sé explicarlo, pero lo es.

—Olvidaos de él. Visitad a algunos de los otros mañana. Matty y Sol se encargarán de él —dijo Joe—. Os veo en la oficina, a la hora de siempre.

Los dos hombres dejaron los vasos en el escritorio, se dieron la vuelta y se marcharon con brusquedad casi militar. Joe Colardi guardó la botella, se quitó la corbata y salió por la puerta trasera de la biblioteca hacia el apartamento interior. Atravesó deprisa la sala de estar hasta el dormitorio, casi a oscuras salvo por una pequeña lámpara, y vio a Annette en la cama, incorporada, con un camisón de seda con flecos y un peignoir de encaje encima. Siempre había habido una redondez en su cuerpo menudo, una sensualidad carnosa y palpitante, y ahora rozaba la gordura, pero el calor pulsante que emanaba de ella aún podía alcanzarlo, aún podía atraparlo. Se quitó la ropa mientras ella lo observaba. Vio el peignoir de encaje rosa subir y bajar con el movimiento entrecortado de sus pechos. Los ojos de Annette eran apenas rendijas oscuras cuando él se acercó, quitándole el peignoir de un tirón, bajándole los tirantes del camisón de los hombros. Tenía hombros pequeños y redondos, y sus pechos, generosos y muy redondos, se alzaban hacia su boca. Chupó primero uno, luego el otro, y después fue bajando el camisón por su vientre pequeño y redondo, tirante donde se arrugaba en las caderas, hasta que ella, con las piernas, lo apartó del todo y él se dejó caer sobre ella, con la boca en su oído.

—Todavía te gusta, ¿verdad, nena? —susurró—. Te dije que algún día todo saldría bien, que serías la esposa de un *caporegime*. —La sintió empujarse contra él con movimientos breves y espasmódicos, rodeándole la espalda con los brazos—. El Don me ha dado luz verde para mis ideas. Algún día serás la esposa de un *padrone*, o quizás incluso de un *capo di tutti capi*.

Cambiar al italiano le salía de forma natural cuando la tenía en la cama, y se preguntó fugazmente por qué.

—Lo que tú quieras, Joey —la oyó decir, con urgencia vibrante en la voz—. *Mia cara*.

—A ti, joder, a ti te deseo esta noche —respondió, hundiéndose sobre ella, sintiendo la carne suave de sus muslos contra las nalgas mientras ella se enroscaba a su alrededor, agitándose debajo de él. Era una mujer curiosa, pensó. Podía ser la mujer hogareña, la madre y esposa recatada, y luego, así, se convertía en pura urgencia, como una perra en celo. Ella gritó debajo de él mientras se arqueaba hacia arriba, queriéndolo entero dentro. Era dos personas diferentes, y volvió a preguntarse por qué. Pero estaba bien. Le gustaba así. Nunca le habían gustado las mujeres que siempre insinuaban su deseo bajo una fachada de buenos modales.

Siguió moviéndose con ella, que ahora gemía de placer, embistiéndolo desde abajo, y él le siguió el ritmo. Se sentía bien esa noche. Todo le estaba saliendo bien. Lo del PTA había salido bien, justo como quería. Esa noche lo habían visto como un miembro valioso de la comunidad y todavía podía oír los aplausos. Y Hymie Schwartz, el pequeño cabrón, ya no era una espina clavada. Dios, cómo se movía ella debajo de él. Se dejó caer sobre sus pechos llenos y redondos y se perdió en ella. Estaba bien, muy bien, y mañana ella tendría esa miradita secreta en los ojos, una especie de satisfacción felina. Dos personas. Se preguntó cómo había llegado a ser así.

CAPÍTULO CUATRO

Sus ojos grises recorren la hoja del libro mayor. Las filas ordenadas de anotaciones parecen casi columnas de tropas dispuestas en formación cerrada. Está solo en su pequeña oficina en la parte trasera de la tienda. Pedro Armanez, su joven y único asistente, ya ha salido a almorzar. El ajetreo matutino ha disminuido, prácticamente acabado a media mañana, y a mediodía solo queda organizar los pedidos para el día siguiente.

Las anotaciones, a medida que las observa, se convierten en personas, lugares, necesidades y requisitos especiales. En la columna izquierda del libro mayor están los clientes: la cadena de hoteles Claridge, frutas y melones, melones dulces y fresas, solo productos de temporada, y los doce restaurantes del East Side de la ciudad. Piden dos niveles de calidad: el grado A para las verduras que sirven en mesa, las menos perfectas para sus sopas, caldos y condimentos. Luego están las cadenas de supermercados, muy atentas al precio, calidad pero no lo más caro, salvo para unos pocos selectos. Sabe exactamente qué pedirá cada uno, qué debe enviarles para mantenerlos satisfechos. Le ha costado tiempo aprender y construir.

En el lado derecho del libro mayor están los proveedores, los mayoristas y cultivadores, y también aquí ha ido forjando relaciones, quedándose solo con los mejores. A algunos les permite enviar directamente a sus clientes, vigilando la calidad de lo que entregan, pero la mayor parte de la mercancía la despacha en sus dos camiones. Está orgulloso de la confianza que sus clientes depositan en él. Se levanta, se estira y va hacia la puerta de la oficina. Tiene un pequeño ventanuco que le permite ver el frente de la tienda, pero abre la puerta y se apoya en el marco. Varias cajas siguen dispersas por el suelo, y a un lado hay una gran cámara frigorífica.

Los sonidos de la calle se hacen más fuertes, filtrándose a través de las viejas paredes del local. La calle apenas empieza a cobrar vida.

Cuando llega para abrir cada mañana, la calle está en silencio, teñida del gris temprano del amanecer, y algunos gatos se detienen a mirarlo. Esta mañana había llegado un poco tarde. Había dormido demasiado bien, con Donna cálida contra él, y ella se había levantado a prepararle café mientras él se detenía a mirar al pequeño Ben, la figurita del niño durmiendo plácidamente como solo los muy pequeños saben dormir. Donna se había sentado con él mientras tomaba el café, llevando solo las bragas, sabiendo que a él le gustaba así su belleza esbelta, su cuerpo de curvas suaves, como espadañas meciéndose en la brisa de verano, sus pechos juvenilmente excitantes. No habían vuelto a hablar de la noche anterior. No hacía falta. Ella había acudido a su fuerza con un hambre urgente, admisión sin concesión, y él no quería más que eso. Valoraba su independencia de criterio.

El hombre corpulento se da la vuelta, cierra la puerta de la oficina y los pensamientos de Donna con ella, y vuelve al libro mayor. Sus manos pesadas añaden algunos soldados más a las filas ordenadas; luego cierra el libro y lo guarda en un archivador metálico, en el cajón inferior donde encaja justo a lo largo. Oye abrirse la puerta principal y levanta la vista. A través del panel de vidrio de la puerta de la oficina ve entrar a dos hombres en la tienda y caminar hacia él. Nunca los ha visto, pero los reconoce de inmediato, sabe quiénes son y qué son, y el vello del dorso de las manos y de los antebrazos se le empieza a erizar. Los dos hombres ya están en la puerta de la oficina, entrando. Llevan la impronta que varía según la ropa y los modales superficiales pero nunca cambia. Siempre está en los ojos, la inexpresividad plana de ojos que miran pero no ven.

Los ojos de Ben Martin se vuelven pizarra y se sienta tras el escritorio, abre el cajón central y lo deja abierto. Al fondo hay una pistola, una .38 con cañón corto de dos pulgadas. No cree que vaya a necesitarla, pero no es de los que corren riesgos innecesarios. El escritorio está relativamente despejado: algunos papeles, un cenicero de cerámica y un abrecartas hecho con la punta de una

bayoneta, al que un sargento de los Marines le había puesto un pequeño mango en el taller de metalurgia que abrió al volver de Vietnam. Ben se reclina en la silla y los dos hombres le sonrían. Son capaces de sonreír sin que les cambie la expresión de los ojos. El primero lleva un traje de seda gris, perfectamente confeccionado, y una camisa estampada. Las uñas cuidadas resultan extrañamente incongruentes en aquellos dedos gruesos de nudillos grandes, nota Ben.

—¿Tienes unos minutos? —dice el del traje gris—. Soy Matty. Este es Sol.

Señala al segundo hombre, más regordete, igual de bien vestido aunque el resultado no es el mismo. El segundo, Sol, asiente con la mirada.

—Nuestro jefe nos pidió que pasáramos a hablar contigo —prosigue el tal Matty.

—¿Quién es? —pregunta Ben con calma.

—Joe Colardi —dice Matty con tono afable, despreocupado—. Conoces a Joe Colardi, ¿verdad, Martin?

Ben asiente. Conoce a Joe Colardi. Colardi forma parte de la familia Gennosanti, el capo de la zona.

—Quiere que hablemos contigo, Martin —continúa Matty.

—¿De qué?

—Del nuevo plan de protección para comerciantes —dice Matty—. Queremos ayudarte a ti y a todos los demás del barrio.

—¿Van a hablar como hablaron esos dos imbéciles con Art Gennaway? —pregunta Ben con calma.

Matty frunce el ceño en señal de protesta.

—No sabemos nada de eso. Estamos aquí para explicarte lo que puede pasar si no tienes amigos, protección, seguro. Un hombre de negocios necesita tener algo con lo que contar, alguien que lo ayude en caso de problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Matty se encoge de hombros bajo el traje gris.

—Muchas cosas. Problemas laborales, por ejemplo —responde.

—No tengo ninguno y no espero tenerlos.

—Nadie espera, pero puede pasar. Podrías tener algunos. Tus camiones podrían tener accidentes. Quizá tus conductores no querrían conducir camiones que no paran de tener accidentes. Sin conductores no hay camiones, sin camiones no hay entregas.

Ben siente la ira fría que le recorre el cuerpo. Sus ojos, pizarra, se vuelven pizarra más oscura.

—Continúa —dice.

—Luego tus proveedores podrían tener problemas. Sin proveedores no hay clientes, ¿verdad? Conocemos a un tipo que tuvo tantos accidentes que al final lo dejaron en la ruina.

—Y si hubiera tenido tu ayuda eso no habría pasado.

—Lo habríamos respaldado hasta el final —dice Matty—. Hasta el final.

Ben Martin siente la ira fría que se transforma en fuego frío, un ardor al rojo vivo que es hielo seco, tan frío que quema.

—Garantizarán que no tendré ninguna de esas cosas —comenta.

—Lo garantizamos, Martin. Por supuesto, nada es gratis, pero valdrá la pena el precio, créeme.

—Garantizan —repite Ben, y escupe las palabras.

Se inclina hacia adelante y ahora sus ojos abrasan al hombre que tiene delante.

—Garantizan, claro que sí —dice con los labios apretados—. Garantizan problemas, eso es lo que garantizan, problemas para cualquiera que no quiera seguirles el juego. Tendrán problemas porque ustedes se encargarán de eso.

Matty sigue tranquilo, despreocupado. —Solo te estoy recordando cosas que pueden pasar, primo —dice—. A la gente le dan ideas raras. Alguien queda descontento y bum, tienes problemas. El mundo es así de raro. Pasan todo tipo de cosas.

Ben siente el cuerpo temblarle por el esfuerzo de controlar la rabia que lo consume. Matty está confiado, relajado. —¿Qué dices, Martin? —pregunta—. Solo tienes que aceptar y te daremos los detalles más tarde. No te costará aceptarlo. Joe no es codicioso. Joe Colardi quiere ayudar a todos los pequeños empresarios del barrio.

—Dile a Joe Colardi que se meta su protección por el culo, y vosotros dos largaos de mi oficina —sisea Ben.

Matty vuelve a sonreír, solo con la cara. —No creo que entiendas el panorama, amigo —dice—. No te estamos ofreciendo algo que puedas rechazar. Ya está todo decidido. Joe Colardi se preocupa por tus intereses. Nosotros cuidamos de ti, de tu familia, de tu negocio, de todo.

—A costa de mi sangre y mi sudor, eso hacéis —dice Ben—. Salid de aquí, *ahora*.

El otro hombre apoya sobre el escritorio los brazos enfundados en el traje gris. Extiende las manos, con las palmas hacia abajo, sobre la superficie.

—A Joe no le gusta que lo rechacen cuando está intentando ayudar a alguien —dice—. Tienes un negocio muy majo aquí. Querrás que siga así, sin problemas. He oído que tienes una esposa guapa también, y un crío muy apañado. No querrás que se vean metidos en algo feo y que acaben heridos. Eso es arriesgarse mucho, Martin. Piénsalo.

Ben Martin siente que la rabia empieza a estallar en su interior, elevándose como el chorro de un volcán. —¿Qué estás diciendo? —pregunta con la voz convertida en un susurro.

—Solo te estoy diciendo que cuando hay problemas, todo tipo de gente puede salir herida. Un recordatorio amistoso, primo.

Dentro del hombre de ojos grises se produce una explosión. Primero, una especie de incredulidad, y luego un paroxismo de indignación devastadora y eruptiva. Las palabras de Matty y la presencia de los dos hombres detonan toda la furia hirviente que bulle en el interior de Ben Martin. Su mano se cierra alrededor de la empuñadura del abrecartas y, en un movimiento demasiado rápido para seguirlo con la vista, clava la hoja de bayoneta en la mano derecha del hombre, sintiendo cómo la punta desgarrar carne y hueso y se hunde profundamente en la madera dura del escritorio. Oye el grito de dolor del hombre por encima de sus propias palabras. —Hijos de puta —dice—. Cabrones sucios, podridos y apestosos.

Matty sigue gritando de dolor, con la mano clavada al escritorio. —Jesús, Solly, sácamelo —grita, y el otro hombre se precipita hacia delante para agarrar la empuñadura del abrecartas. El golpe corto y arqueado de Ben Martin lo alcanza en la punta de la mandíbula mientras se inclina, con un sonido como el de un revólver al dispararse, y Sol se tambalea y cae. Ben rodea el escritorio, le pega una patada en la boca del estómago y ve al hombre encogerse en posición fetal. Se agacha, mete la mano en la chaqueta del hombre, encuentra una pistolera de hombro y saca el revólver. Mete la mano dentro de la chaqueta de Matty, en otra pistolera, y saca el arma. Ambas son Especiales del calibre 38. Deja caer las dos armas en el cajón del escritorio y lo cierra de una patada.

Matty está doblado de dolor, sujetándose la muñeca de la mano clavada. —Saca esto, maldito cabrón —jadea—. Sácalo o te mato, hijo de puta. Te mato.

Ben Martin levanta el teléfono, con la voz fría como el hielo, y marca la comisaría. Habla rápido, con calma.

—Hay dos hombres aquí en mi tienda que me están amenazando a mí y a mi familia. Los tengo aquí ahora. Envíen a alguien enseguida, por favor. Ben Martin, Frutas y Verduras, Delaney Street número diecisiete.

Cuelga y ve al segundo hombre que se levanta agarrándose al borde del escritorio. Ben abre el cajón y saca una de las armas que les quitó. Los encañona a los dos. —Todo el mundo quieto a esperar a la policía —dice.

Matty, todavía sujetándose la muñeca de la mano clavada para intentar aliviar el dolor de algún modo, escupe odio. —Cabrón. Me las vas a pagar.

Ben Martin le cruza la cara con el dorso de la mano, y Matty grita de dolor al echarse hacia atrás instintivamente, desgarrándose la carne de la mano clavada.

—Ahora escuchadme bien, cabrones —dice Ben Martin—. ¿Venís aquí a amenazar a mi mujer y a mis hijos? Os voy a dar un mensaje para vuestro jefe, hijos de puta. Como miréis a mi mujer o a mi hijo, os mato, a todos y cada uno de vosotros.

Extiende el brazo con un movimiento corto y repentino, y le agarra la pechera de la chaqueta al segundo hombre. En los ojos del hombre hay odio, y también miedo. Pero las sirenas los interrumpen, y momentos después figuras uniformadas de azul irrumpen en la tienda. Ben conoce a los dos primeros que entran, Donati y Axelson, agentes habituales de la ronda. Ellos a su vez conocen a Matty y Sol, o al menos saben quiénes son. Ben ve a Donati y Axelson mirar a Matty clavado al escritorio como un insecto gigante en la vitrina de un coleccionista.

—Sácame esto —grita Matty, con la voz contorsionada por el dolor. Entran más policías; a algunos Ben los conoce, a otros no. Matty grita de dolor cuando le arrancan el abrecartas de la mano y le envuelven la carne sangrante con una toalla. Ben entrega las dos armas a la policía.

—Se las quité a ellos —dice.

—Está loco. Nunca las habíamos visto —protesta el tal Sol. Llega un capitán y toma el mando, el capitán Samuels. El capitán, con un rostro duro y curtido que lo ha visto todo, reconoce a los dos hombres de inmediato y se vuelve hacia Ben con la mirada evaluadora e inquisitiva.

—Deténgalos —dice Ben—. Presentaré cargos. Iré a la comisaría con ustedes ahora mismo. Quiero a estos cabrones entre rejas.

El capitán Samuels frunce los labios. Sus hombres recogen respuestas a las preguntas de rutina. Ben oye a un patrullero que anota los nombres completos: Sol Ammantini, Matty DiGrosso. Los ojos del capitán vuelven a clavarse en Ben.

—Sabe quiénes son estos hombres, ¿verdad? —pregunta.

—Basura de Joe Colardi —comenta Ben. El capitán intenta ver más allá de los ojos gris pizarra y, con un ligero encogimiento de hombros, desiste. Encabeza la procesión fuera de la pequeña oficina, con Ben cerrando la marcha. Pedro, que ha regresado, se queda a un lado y Ben le dice que cierre y se vaya a casa cuando quiera. Salen a la calle, donde una multitud observa desde cada escalón, ventana y cajón disponibles. Ben se mete en uno de los coches patrulla y se marchan rápidamente; las sirenas emiten un gruñido

bajo por un breve instante. La indignación arrolladora y devoradora ha remitido en él, pero la ira fría permanece. Sin embargo, se siente extrañamente satisfecho. Ha dado una respuesta de la única manera en que será entendida.

CAPÍTULO CINCO

El escenario era un lugar destartado y sombrío, con luces duras. Bancos y sillas de madera, marcados y desgastados, formaban parte de él. El decorado consistía en una sala grande con habitaciones más pequeñas que partían de ella. Los actores llevaban en su mayoría uniformes azules, entraban y salían del decorado y dirigían miradas fugaces más a Ben que a los otros dos hombres. Ben saludó con un gesto a los que conocía. A Matty lo habían traído de vuelta del hospital, con la mano cuidadosamente vendada, y Ben había rellenado todos los papeles necesarios y respondido a todas las preguntas.

A Matty le habían permitido hacer su llamada telefónica, y ahora tocaba esperar, una especie de intermedio. El *consigliere* venía de camino. Pero el capitán de policía también había hecho una llamada, y un hombre de la oficina del fiscal de distrito estaba igualmente en camino. Este llegó primero, y el capitán Samuels lo llevó de inmediato tras puertas cerradas.

—No sé qué tenemos aquí, pero pensé que sería mejor que ustedes lo supieran —oyó Ben decir al capitán mientras los dos hombres desaparecían en la oficina interior. La farsa estaba en pleno apogeo, advirtió Ben con humor sombrío. El Acto II había comenzado. El hombre del fiscal, como un perro de caza al que de repente le dan un rastro, husmearía por ahí, esperando encontrar algo que pudiera perseguir en serio. Siempre buscaban una oportunidad para atrapar a alguien del sindicato. Nunca se sabía qué podía salir. De pequeños granos se hacen grandes montañas.

El *consigliere* llegaría, uno de los actores principales de la obra. Presionaría de inmediato para obtener la liberación de sus clientes. Gritaría, amenazaría e invocaría todas las estratagemas legales conocidas. Y saldría con ellos, sin duda. Se fijaría una fecha para una audiencia formal y todos se irían a casa. La representación habría

terminado y todos habrían interpretado su papel. Pero la farsa no era lo importante. Lo que había ocurrido fuera del escenario era lo importante. Los secuaces de Colardi le transmitirían su furia absoluta y total, Ben lo sabía. Colardi entendería su represalia instantánea y captaría su significado. El hombre era un ladrón entre ladrones, un asesino entre asesinos, un monstruo entre monstruos, pero era un realista. Lo sabría, y eso era todo lo que importaba. El resto no era más que ruido.

La puerta de la oficina del capitán se abrió, interrumpiendo sus pensamientos, y vio al capitán Samuels que le hacía señas. Se apartó de la pared donde había estado esperando y entró en la oficina más pequeña. El hombre del fiscal de distrito le tendió la mano.

—Jim Drower —dijo—. Mire, me gustaría ayudar, Martin, y he leído su declaración. Me temo que no hay pruebas suficientes para oponerme a su liberación.

—Ya me lo imaginaba —dijo Ben.

—Quiero decir, solo tenemos su palabra sobre lo que dijeron —continuó el hombre—. No es suficiente para que pueda actuar de verdad.

—Solo quería que quedara constancia —dijo Ben. Jim Drower seguía con expresión de disculpa y decepción.

—Si les hubiera dejado las armas encima, podríamos haberlos retenido por infracción de la Ley Sullivan, quizá —comentó, más pensando en voz alta que dirigiéndose a Ben.

—Lo siento —dijo Ben—. Era demasiado arriesgado en ese momento.

—Vincent Astarti está aquí —anunció alguien a través de la puerta entreabierta.

—Ese es él. El señor Abogado —dijo Jim Drower—. Acabemos con esto.

Ben siguió al capitán Samuels hasta la zona principal de la comisaría; sus ojos localizaron al abogado de inmediato. Vincent Astarti era de estatura mediana, vestido con un traje marrón, un hombre apuesto de cabello gris con rostro de senador romano, imperioso, con un destello de avaricia en sus ojos penetrantes. Esos

ojos centellearon al instante, y descargó su indignación sobre todos los presentes.

—Esto es una vergüenza —espetó—. Una vergüenza absoluta. No tienen derecho a retener a mis clientes aquí ni un minuto. He leído la denuncia. Es una sarta de disparates sin ningún fundamento.

—Vamos, vamos, letrado, nadie está reteniendo a nadie —dijo el capitán Samuels. Los labios de Ben esbozaron una media sonrisa sombría. El capitán andaba con pies de plomo. El hombre del fiscal, advirtió Ben, se había replegado a una esquina de la sala, dejando que Samuels terminara la función.

—Solo los trajeron por una denuncia —continuó el capitán—. El señor Martin afirma que él y su familia recibieron amenazas de agresión.

—Ridículo —tronó el *consigliere*—. Mis clientes realizaban una visita completamente legítima para explicar los servicios de una organización de comerciantes recién constituida. Sus comentarios fueron malinterpretados deliberadamente.

El capitán Samuels no alteró su expresión de paciencia tolerante. —Habrá una audiencia formal —dijo—. Se les informará de la fecha.

—Presentaré una moción para la desestimación inmediata de cualquier audiencia —dijo Vincent Astarti—. No hay aquí materia ni siquiera para eso. —Se volvió y sus ojos se clavaron en los de Ben, una mirada altiva y penetrante. Los ojos de Ben se tornaron de granito al instante. El hombre, pese a toda su palabrería y su barniz de refinamiento, carecía de principios tanto como el resto, diferente por fuera, igual por dentro.

—Y presentaré una demanda por agresión contra usted —le ladró el abogado.

—Hágalo —respondió Ben con calma. El hombre se detuvo un instante y luego se alejó, consciente de que Ben Martin sabía que aquello era pura palabrería. No habría cargos por agresión. No habría nada que mantuviera el asunto vivo en los tribunales. Ben dejó de prestar atención mientras Vincent Astarti ultimaba los detalles con el capitán. La obra había terminado, el telón caía. Se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO SEIS

Ben está en la puerta cuando los dos hombres pasan con el *consigliere*. Busca la mirada del hombre con la mano vendada y se comunican en silencio. Recuerda, dicen. Recuerda, escoria apestosa y podrida. Recuerda lo que dije, recuerda lo que pasó.

El otro aparta la mirada y se apresura tras el abogado. Llamam a Ben para que firme un formulario, le hacen unas últimas preguntas, y luego se marcha, caminando despacio. Regresa a la calle, al aparcamiento de la esquina para recoger su coche. Pedro ya ha cerrado y no va a la tienda. Pero percibe las miradas, los saludos de Bartolucci en la tienda de comestibles de la esquina, Sam Rosen en la ferretería, el viejo limpiabotas en su tienda del tamaño de un armario. La noticia de lo que ha pasado se ha extendido, por supuesto. Todo lo que sucede se propaga por la calle con la velocidad del agua de las bocas de incendios abiertas. Hay una excitación en la calle ahora. Flota en el aire, tan intensa que casi puede saborearla. Pero él no actuó por eso. No cree que el valor pueda verterse en uno como el vino de una botella. Sin embargo, quizás pueda derramarse, reflexiona, lo suficiente para probarlo y, una vez probado, convertirse en algo que se busca. Sería bueno verlo, piensa. Pero no fue parte de sus razones para lo que ha hecho. Actuó por sí mismo, porque era la única manera de responder, la única manera correcta. Y porque no podía hacer otra cosa.

Recoge el coche y conduce por la West Side Highway que bordea la ciudad, gente apresurada a un lado, agua apresurada al otro. Gira en la última salida de Manhattan y aparca en la zona reservada para los inquilinos del edificio. El pequeño Ben lo espera en el apartamento, como todos los días, y se apresuran hacia el parque infantil a la vuelta de la esquina. A veces Donna viene, como hoy, y se sienta al margen, observando el intercambio de amor que

envuelve a padre e hijo. Es algo especial en sí mismo, este amor, hecho de delicadeza y fuerza, rudeza y ternura, niño y niño, hombre y hombre, y es hermoso de contemplar. Ben, sin observar sino participando, vuelve a ser consciente de los puntos cardinales de su mundo: la tienda, Donna y el pequeño Ben.

—Hazme girar otra vez —exige el pequeño Ben, y el hombre grande levanta al niño en un amplio círculo, haciéndolo girar casi en horizontal, y el niño se aferra a esa fuerza, sin dudar nunca de su existencia. Después vienen los toboganes, gritos salvajes de placer y risas agudas. La mayoría de los demás ya se han ido, y Ben y el niño tienen el parque infantil prácticamente para ellos solos. Ben observa el rostro del niño, los ojos profundos y oscuros, la belleza de sus mejillas suaves, dejando que cada pequeña expresión se grave en él para recordarla más tarde, al día siguiente cuando se siente solo y tranquilo en la oficina.

—Muy bien, vosotros dos, hora de volver —llama finalmente Donna, levantándose del banco donde ha estado sentada observando, y las pequeñas protestas también son parte del ritual. Pero en unos minutos, el niño corre por delante y ella camina junto a Ben.

—¿Qué te preocupa hoy? —pregunta ella, y él la mira rápidamente, ocultando la sorpresa con una risa. Considera negarlo todo, pero ella corta el pensamiento antes de que pueda echar raíces.

—Algo pasa, lo sé —añade—. Se nota en la forma en que has estado jugando con el pequeño Ben, hay cierta tensión.

Él mira al frente mientras responde, eligiendo las palabras con cuidado.

—Nada importante —dice—. Te lo contaré después de cenar.

Ella asiente en silencio. Después de cenar, mientras el pequeño Ben se baña, suelen hablar de las cosas del día. Regresan al apartamento y ella ha dejado la cena casi lista, de modo que en veinte minutos están en la mesa.

—Todas estábamos tan molestas hoy, Ellie Schwerd, Toni Prall, la madre de Chester y casi todo el mundo —le cuenta mientras corta la carne del niño—. ¿Conoces esa pequeña calle sin salida al final de

la colina, donde vamos a dejar que los niños usen sus triciclos y juguetes grandes?

Ben asiente y ella continúa, sentándose ahora ante su propio plato.

—Pues un grupo de motociclistas simplemente se la apropió, arreglando y reparando sus máquinas, haciendo un ruido terrible, dando vueltas para probar sus motos. Simplemente la cerraron a cualquier otra persona.

—No tienen derecho a hacer eso. Ni siquiera deberían estar allí. Es una vía privada —dice Ben frunciendo el ceño.

—Discutimos con ellos y se rieron de nosotras. Nos dijeron que podíamos dejar jugar a los niños si queríamos.

—¿Y llamasteis a la policía?

—Supongo que deberíamos haberlo hecho. Lo hablamos y al mediodía se fueron.

—Y no se hizo nada.

—No. Supongo que ninguna quería causar problemas. Tenían una pinta muy ruda, y dieron a entender que volverían cuando les apeteciera hacer otra sesión de reparación.

Ben hace una mueca.

—Y lo harán, ahora que ninguna de vosotras reaccionó con suficiente dureza o rapidez —dice—. Nadie quiere causar problemas. Todo el mundo se aparta de ellos. Solo que eso nunca evita los problemas. Solo los fomenta.

Él la observa ayudar al pequeño Ben y ve cómo se encoge levemente de hombros.

—Se fueron. Quizás nunca vuelvan. No hubo ningún problema real, así que tal vez lo manejamos de la mejor manera —responde ella. Ben niega con la cabeza y aprieta los labios.

—No —dice rotundamente—. Al dejarlos salirse con la suya, fomentasteis que lo hagan de nuevo. Quizás tengas razón. Quizás no vuelvan aquí, pero irán a otro lugar, y tal vez allí algún niño resulte herido.

—Ahora me estás haciendo sentir culpable.

—No es mi intención. Lo que digo es que todo está conectado. Alguien se sale con la suya y la cosa crece, siempre crece. Nadie

escapa. Pero la gente sigue apartando la mirada constantemente. No sé por qué.

—Creo que la gente no quiere problemas. Vivimos con suficientes miedos, de ese tipo sombrío que siempre nos acompaña. Tememos que el mundo explote en nuestras caras algún día. Tememos que nos asalten o nos roben en las calles. Tememos las crisis económicas y perder todas las cosas buenas que tenemos. La gente no quiere tener miedo de nada más. Prefiere apartarse de los posibles problemas.

—Eso es estúpido. Así es como se provocan los problemas.

—Tener miedo no es pecado —dice Donna en voz baja.

—No estoy tan seguro —responde él—. Quizás lo sea. Quizás sea el peor pecado de todos.

El pequeño Ben se desliza de la mesa, apresurándose sobre piernas robustas, suaves y duras a la vez, y Donna lo sigue. Ben escucha cómo ella llena la bañera del niño. Es un buen sonido. Hay calidez y orden y la satisfacción de lo doméstico en él, de que las cosas sean como él quiere que sean. Siempre entra al baño cuando el pequeño Ben está en la bañera y observa la pequeña forma brillante y mojada de pliegues sin arrugas, y un sentimiento especial y muy íntimo lo envuelve. Lo siente comenzar mientras piensa en el niño, y luego Donna regresa, trayéndole café y sentándose frente a él, el cabello castaño cayendo suelto sobre un ojo.

—¿Qué ha pasado hoy, Ben? —pregunta ella. Él había esperado que lo dejara correr, pero no lo ha hecho y debería habérselo imaginado, se da cuenta. Donna tiene una tenacidad silenciosa.

—Solo una visita de dos matones de Joe Colardi —le dice, y ella espera, sabiendo que hay más y que él tiene que seguir—. Están montando un negocio de extorsión, a todo el vecindario.

—Joe Colardi. —Le da vueltas al nombre—. Me suena de algo.

—En los periódicos, probablemente. Es de la Mafia, de la familia Gennosanti. Está metido en el transporte de larga distancia, por lo que tengo entendido, además de las apuestas locales y algo de usura. Quiere expandirse.

—¿Y qué les dijiste?

—Los eché. —No añade más. Con las líneas generales bastará, decide. Ella lo mira, lo estudia.

—¿Fue prudente?

—Fue exactamente lo que había que hacer —responde él.

—Quizá deberías haberlos escuchado, al menos, Ben.

—¿A esos chupasangres hijos de puta? ¿Para qué?

Donna se encoge de hombros. —No lo sé, quizá solo para oír su precio, quizá solo para no provocarlos sin necesidad.

—Maldita sea, eso es justo lo que no hay que hacer —exclama Ben—. Son chacales, y los chacales atacan cuando huelen el miedo. Tienes que dejarles claro que no vas a tragar ni una maldita cosa de ellos. No puedes ceder ni un centímetro. Es el único lenguaje que entienden: la dureza.

—Parece que oigo a tu madre —dice Donna—. Con el mal no se negocia. El bien es el bien y el mal es el mal.

—¿Y eso está mal? —Oye el tono defensivo en su propia voz y le irrita—. Mi madre era una mujer muy moral. Hoy en día nos haría falta más gente que pensara como ella.

—Lo sé. Intentó vivir según los preceptos de la Iglesia, y creo que lo consiguió —dice Donna—. Pero nunca tuvo que poner esos principios a prueba de verdad. La mayoría nunca tenemos que hacerlo, y menos mal. Creo que cuando nos toca, descubrimos que no es tan sencillo.

—Es sencillo. Es tan sencillo que nos da miedo.

—Está bien, pues tengo miedo, Ben. No quiero que te pase nada. Esa es mi sencillez.

—No pasará nada, créeme. No pasará nada porque reaccioné rápido y duro.

Ve que el miedo sigue en sus ojos mientras ella se levanta y recoge los platos. Lo ha escuchado y comprende que tiene razón. Pero no logra convencerla, eso lo ve claro. Los que tienen miedo nunca se convencen hasta que los hechos les demuestran que estaban equivocados. Ella no es distinta. Malditos sean Joe Colardi y sus asquerosos matones, piensa Ben, y su odio por ese hombre se hace más profundo. Su negocio es el miedo y sus armas son el miedo. Cada acto, cada paliza, cada atentado, cada amenaza, cada

asesinato, está pensado para sembrar el miedo, el miedo que destruye la voluntad de los hombres y sustituye el bien y el mal por la mera supervivencia. Maldita sea toda esa podredumbre.

Se levanta y va a la cocina, donde ella está junto al fregadero. La envuelve con sus brazos gruesos y le transmite seguridad y fuerza. Siente que ella se aprieta contra él, respondiendo a su abrazo. Ella entiende lo que ese abrazo le dice, y solo cuando el pequeño Ben llama la suelta. El niño ya está harto del baño, y Ben va a buscarlo, sacando de la bañera aquel cuerpecito mojado y desnudo, y hay risitas y pataleos y carcajadas, y se pregunta cómo algo tan pequeño puede absorberlo todo.

Donna lo sigue, coge al niño y lo prepara para acostarlo. Ben va al salón, donde la ventana da a toda la extensión de la isla de Manhattan, una masa oscura salpicada de luces titilantes. Entrecierra los ojos, como si pudiera distinguir la calle y la tienda, perdidas en el extremo más lejano de aquella red de luces. Espera que mañana haya señales de que todo ha terminado. Son hombres despiadados, amorales, lo sabe, pero tienen cierta inteligencia. Hasta el animal más codicioso evita al enemigo que da demasiados problemas. Se aparta de la ventana, convencido de que ha hecho lo correcto.

CAPÍTULO SIETE

Pasaba de medianoche, pero las luces de la casa amurallada brillaban con intensidad. La verja se abría una y otra vez conforme llegaban los coches, y había casi un aire festivo. En el interior del apartamento, en la cocina moderna, Annette Colardi llevaba un delantal de plástico con flores rojas mientras preparaba lasaña, suficiente para diez personas. Los chicos siempre tenían hambre a altas horas de la noche, le había dicho Joe una y otra vez, y ella estaba acostumbrada a estas reuniones de medianoche que a menudo se prolongaban hasta las tres de la madrugada.

Pero a pesar de las luces brillantes, no había verdadera festividad. En la biblioteca había siete hombres además de Joe Colardi. Joe estaba sentado tras el escritorio, hablando por teléfono. Una botella de bourbon, una licorera con whisky de centeno y una botella de escocés descansaban sobre la mesa central. Cada hombre sostenía un vaso y bebía con una especie de hosquedad silenciosa. Uno, con el rostro más sombrío que los demás, usaba la mano izquierda, pues la derecha la tenía vendada. Cuando Joe Colardi colgó el teléfono, el rostro sombrío del hombre cobró vida con una expresión agresiva.

—¿Y qué dijo Vince? —preguntó con tono agresivo.

Joe Colardi cogió su vaso y se reclinó en el gran sillón.

—Dijo que tienes mierda por cerebro, Matty —respondió Joe—. Dijo que tienes la misma delicadeza que una excavadora.

El rostro del otro hombre se convirtió en una máscara sombría.

—Quieres entrar a saco —continuó Joe—. Ahora todo es personal para ti, pero esto no es personal, es negocio. Tenemos que hacer lo mejor desde el punto de vista empresarial. Este tipo es desagradable, pero también es listo. Ha puesto a la policía sobre aviso. Si dejas que lo revientes ahora, te detendrán tan rápido que no sabrás ni qué te ha pasado.

—¡No pueden probar nada!

—Puede que no consiguieran que prosperara. Pero serían un coñazo y estarían encima de nosotros demasiado tiempo. No, simplemente cargárselo sería demasiado burdo, Matty, demasiado burdo.

—Tenemos que hacer algo —murmuró Matty mirando su vaso.

—Le tiramos una bomba a esa tienda suya, o a uno de sus camiones.

Era Tony Guardi quien hablaba, y Joe observó cómo Frankie el Vigilante removía su cuerpo largo y delgado en la silla.

—Eso no funcionará —intervino Frankie—. No con este.

—Funcionará —respondió Tony—. No hay nada como que te vuelen el local. Captará el mensaje.

Frankie seguía negando con la cabeza.

—Él no, este no, Tony. Es diferente —dijo Frankie con terquedad.

Los ojos de Joe Colardi se volvieron negros y duros de repente mientras miraba a los hombres que tenía delante. Todos eran sus lugartenientes, y sintió una oleada de asco. Se dirigió a todos ellos, pero clavó la mirada en Frankie.

—Joder, miraos, os tiene a todos acojonados —soltó Joe—. ¿Diferente, por el amor de Dios, Frankie? ¿En qué? Vale, es un poco más duro que la mayoría, pero los duros acaban cediendo cuando les das donde les duele.

Frankie seguía negando con la cabeza, mirando fijamente su vaso.

—Muy bien, entonces dime en qué es diferente —dijo Joe—. No más duro, no más fuerte, sino *diferente*.

Frankie se encogió de hombros.

—No sabría decírtelo, Joe —dijo—. Tienes que ver al hijo de puta tú mismo. Pero estoy de acuerdo con Matty, tenemos que hacer algo. En todos los sitios a los que fuimos hoy, de repente todos se mostraban desafiantes.

Joe dio un trago a su copa.

—Tenéis que entender qué mueve a la gente —les dijo a los demás, sintiéndose un poco como un padre que enseña a sus hijos.

Era una buena sensación. Le hizo pensar en cómo el Don debía sentirse así a menudo.

—Ahora, puede que este cabrón se crea una especie de cruzado —continuó Joe—. Si lo atacamos de frente, podríamos convertirlo en un mártir, y eso podría volverse en nuestra contra. Incluso sin que la policía nos persiga, podría volverse en nuestra contra. La gente puede volverse impredecible. Tenemos que demostrarles que podemos hacerlo entrar en vereda como a todos los demás. ¿Y cómo lo hacemos? Dándole donde más le duela, en el punto adecuado para él, y el punto adecuado puede ser distinto para cada persona. Tenemos que darle en las tripas, donde duela y donde los demás lo vean entrar en vereda y portarse como un buen chico.

Sonó el teléfono, la extensión interior. Lo cogió y escuchó la voz de Annette. Asintió y colgó.

—Mi mujer ha hecho lasaña. Está todo listo en el comedor. Entrad y servíos —dijo mientras se levantaba.

—¿No vienes, Joe? —preguntó Traffico.

—Luego. Quiero pensar un rato primero —dijo Joe con una sonrisa.

Observó a los hombres salir en fila de la habitación. Traffico, el último, cerró la puerta tras de sí. Estaban hoscos, inquietos, impacientes. Querían contraatacar de la manera habitual, pero aquel cabrón era listo. Había avisado a la policía precisamente para evitarlo. Joe se sirvió otra copa, whisky de centeno, y se la bebió casi de un trago mientras se recostaba en la silla. Pensó en las palabras del *consigliere* por teléfono. Evita al cabrón, le había dicho. Olvídate de él por ahora. Empieza por otro lado y vuelve a él más tarde. Eran palabras razonables, se daba cuenta Joe. Pero para otros tiempos. Vince no conocía todas las circunstancias. No sabía todo lo que estaba en juego. Joe dio otro trago, terminándose la copa, y sostuvo el vaso vacío en la mano mientras hacía girar la silla en pequeños semicírculos, moviendo las caderas de un lado a otro.

Don Gennosanti le había dado carta blanca para actuar. Si la cagaba, estaba acabado. El Don lo había escuchado, le había dejado convencerlo. No podía haber errores de gestión, ni cabos sueltos. El Don nunca lo toleraría. La mandíbula corta de Joe se tensó al pensar

en cuánto dependía su futuro de lo que hiciera ahora. No cometería ningún error. Había pasado demasiados años viendo a su padre cometer errores. El viejo era dado al trabajo duro y a los errores, abriendo sus miserables tiendecitas de comestibles siempre en los sitios equivocados, haciendo las inversiones equivocadas en personas y en negocios. El trabajo duro, solía decir el viejo, eso era lo que hacía que una vida mereciera la pena. Joe escupió en silencio, los labios retraídos con desprecio. El viejo nunca tuvo agallas para apostar fuerte. Siempre preocupado por hacer lo correcto. Joder, menuda mierda. Hacer lo inteligente era lo que importaba.

Joe pensó en cómo Don Gennosanti había accedido a dejarle hacer las cosas a su manera, con un consentimiento teñido de reservas que encerraba una amenaza tácita.

—No es nuestra forma habitual, Joe —había dicho el Don en voz baja—. Pero quizá necesitemos nuevos enfoques. Si da resultado, si funciona, Joe, te esperan cosas más grandes.

La familia siempre se había organizado por sectores: los muelles, el transporte, la construcción, el juego, la industria cárnica, cada uno centrado en un negocio concreto. Su plan era diferente. Diversificación, lo había llamado, y había visto cómo los ojos del Don sonreían ante el término, aceptándolo enseguida, complacido por el tono de legitimidad que tenía. Organizaría zonas, había explicado Joe, primero barrios, luego zonas más amplias, primero una, luego otra, no un sector, un chanchullo concreto o un solo sindicato, sino a todos los de la zona. Así tendrían una tajada del negocio de cada uno, una tajadita al principio, claro, y luego una tajada mayor. ¿Por qué limitarse a un sector o un solo trapicheo?, había argumentado. Si se tuerce, sales perjudicado. De esta manera, se protegen. Nada se va al garete de golpe.

—Una vez que estemos dentro, será fácil —le había dicho al Don—. Todos los negocios andan justos de dinero. Podemos ir comprando participaciones mayores poco a poco, y podemos usar unas para apalancar otras. Será exactamente lo que hacen los grandes conglomerados: protegerse por todos los flancos.

El Don había sonreído de nuevo; también le gustaba la palabra. —Empieza a pequeña escala, con la protección —había dicho—. Los

muchachos están familiarizados con eso. Veamos cómo va.

Y ahora, el Don estaría observando cada detalle, se recordó Joe. Vigilaría para asegurarse de que todo lo que surgiera se manejara como era debido. Joe giró en la silla. El *consigliere* se equivocaba en esto, se dijo. No podía esquivar a este estúpido cabrón. Mostrarle al Don que era indeciso, incapaz de manejar a este maldito idiota, sería malo, muy malo. Joe oyó los ruidos de los demás a través de la puerta cerrada. Ben Martin. Escupió el nombre entre dientes. Hijo de puta estúpido. Frankie había tenido razón en una cosa, eso sí. Unas cuantas bombas, un camión volado por los aires, esas cosas no bastarían. Tenía que ser algo que atravesara ese caparazón duro y le llegara a las entrañas.

Joe se levantó y empezó a dar vueltas alrededor del escritorio, nervioso y cabreado. Una cosa sabía con certeza. Ningún maldito imbécil con ínfulas iba a arruinar sus planes. Ningún cabrón testarudo iba a hacer que quedara mal a ojos del Don. Joe golpeó el escritorio con el puño. Tenía que haber una manera de llegar al bastardo. Había una manera, siempre la había. Resopló con desprecio. Entornó los ojos, que le brillaron, y concentró sus pensamientos en Ben Martin. No sabía nada de ese hombre, salvo que era duro y bastante listo. Y que podía cabrearse, cabrearse de verdad. De repente se le escapó una risa, un sonido agudo en la habitación. Claro que había una manera. El cabrón se la había señalado él mismo, le había mostrado el camino al cabrearse tanto con Matty.

Solo que no estaba cabreado, reflexionó Joe, no de verdad. Estaba asustado. ¿Cómo llamaban a un perro que muerde porque en realidad está asustado? Un perro que muerde por miedo. Eso era el hijo de puta, un perro que muerde por miedo. Matty le había tocado el nervio, la fibra sensible. Joe Colardi echó la cabeza hacia atrás, estirando los músculos del cuello, y se rio mirando al techo de vigas. Esa era la manera, sin duda, se dijo, y el imbécil se la había mostrado él solito. Se enderezó, abrió la puerta de un tirón y se dirigió al comedor a toda prisa.

—¿Queda lasaña? —bramó—. Tengo hambre.

Annette apareció en el umbral, con sus pechos redondos y generosos tensando la parte superior del delantal casi en ángulo recto. Esta noche, le dijeron los ojos de él, esta noche otra vez, nena. Una leve sonrisa asomó a los labios de ella. Joe cogió un plato y se sentó a la cabecera de la mesa. Le habían dejado el sitio vacío. Eran buenos muchachos. Sabían lo que había que hacer. Se llenó el plato y Frankie le pasó la botella grande de Bardolino.

—Miren a Joe —dijo Solly—. Se le ha ocurrido algo.

Joe se rio. —Por supuesto. ¿Pensaban que no lo haría? Por eso soy el *caporegime* aquí.

—¿Cuál es el plan, Joe? —preguntó Tony—. ¿Lo enfrentamos directamente o lo rodeamos?

—Ninguna de las dos. Pero el señor Bravucón de Mierda Ben Martin nos va a suplicar que le pateemos los huevos.

—Yo primero —dijo Matty, y todos rugieron de risa.

—Solo tienen que ir con cuidado y hacer exactamente lo que les diga —dijo Joe entre bocado y bocado.

CAPÍTULO OCHO

Habían pasado tres días sin más visitas, ni a él ni a nadie en la calle. Ben se permitió una sombría satisfacción. Había visto al de la mano vendada, Matty, y a su compañero pasar en coche frente a la tienda, pero habían seguido de largo. Vigilaban su local, era obvio, pero estaban demasiado bien disciplinados para actuar por su cuenta. Pedro asomó la cabeza en la pequeña oficina interior para decir que se marchaba, y Ben cerró la puerta con llave tras él y volvió a las hojas de pedidos. Era jueves, su único día de trabajo hasta tarde. Los jueves tocaba preparar las entregas del viernes, y normalmente también las del sábado: envíos más pesados de lo habitual, siempre con provisiones para más de dos días. Casi había terminado y hacía unas últimas llamadas para verificar cambios de última hora mientras modificaba las hojas de facturación y corregía sus propios registros. Herb Cowan, uno de sus conductores, se había quejado de encontrarse mal, así que estaba preparado para coger el camión por la mañana si hacía falta.

Acababa de introducir las últimas correcciones cuando sonó el teléfono. La voz de Donna le llegó tensa a través del cable, soltando las palabras a borbotones.

—Le ha pasado algo al pequeño Ben —dijo—. Por favor, ven a casa. Enseguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con el cuerpo en tensión instantánea, cada fibra alerta, la piel tirante, como le ocurría cuando estaba en misión en Vietnam.

—No lo sé. No volvió a casa en el autobús escolar —dijo ella.

—¿Llamaste a alguno de sus amigos?

—Sí, sí —respondió con impaciencia contenida—. Los llamé a todos. Nadie lo vio subir al autobús.

—¿Y nadie lo vio quedarse en la escuela?

—Janie Schwerd recuerda haberlo visto en el camión de helados que siempre está fuera de la escuela cuando salen. Siempre le doy dinero para un cono pequeño. Todos los niños compran uno antes de subir al autobús.

—¿Y nunca subió al autobús?

—No. Nadie recuerda haberlo visto después de eso. Llamé a la compañía de autobuses. Tienen otro autobús, después de ese, para niños un poco mayores. Tampoco estaba en ese.

—Salgo ahora mismo —dijo Ben, poniéndose de pie—. Dios, no puede haberse esfumado así como así.

—*¡Ben!* —su grito lo retuvo un momento más.

—¿Sí?

—Llamé a la policía. Llevan casi una hora buscándolo.

—Voy para allá enseguida. —Dejó caer el auricular en su soporte y salió de la tienda en media docena de zancadas. Condujo a casa con el nudo apretándole el estómago, y ante sus ojos veía la carita redonda, las mejillas suaves y el cabello de rizos suaves, la belleza que para él no tenía igual en este mundo. No era propio del pequeño Ben irse por ahí solo, y sin embargo los niños hacen cosas raras, inesperadas. Pero sabía que el autobús estaba esperando para llevarlo a casa. No se habría ido así. Ya estaba demasiado acostumbrado a la rutina del autobús escolar. Algo tenía que haber captado su atención.

Ben mantuvo el pie firme en el acelerador, deslizándose con fluidez entre el tráfico, todavía escaso, de la West Side Highway. ¿Se habría alejado el niño y se habría perdido, cada vez más asustado y más desorientado? Ben dejó que su mente repasara el terreno cerca de la escuela, en la punta misma de Manhattan. Había zonas boscosas, pequeñas pero lo bastante espesas para que un niño se perdiera en ellas, o quizás cayera y se hiciera daño. Y era escarpado, lo bastante escarpado para una caída que dejara inconsciente a un niño. Se aferró a esa línea de pensamiento con una determinación que no dejaba espacio a nada más en su mente. Las zonas boscosas no eran demasiado grandes, se dijo, y no había tantas. Se podían peinar con relativa facilidad. Y, por supuesto, siempre estaba el peligro de una alcantarilla abierta, un desagüe, y la imagen del

pequeño Ben siendo arrastrado por uno le revolvió el estómago y sintió que se le helaba la piel.

Llegó al edificio, dejó el coche frente a la puerta y subió corriendo los tres pisos sin esperar a que bajara el ascensor. La puerta del piso estaba abierta y entró a toda prisa, oyendo voces. Un policía de uniforme y un detective estaban en el salón, hablando con Donna, y vio a otro hombre con chaqueta a un lado, de pie junto a una de las ventanas. Donna, al verlo entrar, corrió hacia él y se apretó contra su cuerpo. Él le puso la mano en la parte baja de la espalda, cubriéndola casi por completo.

—Todavía no lo han encontrado —dijo al fin, con la voz quebrada, mientras se apartaba. Señaló al detective—. Este es el detective Harris. —Ben lo saludó con un gesto de cabeza. Tenía cara joven pero ojos viejos.

—Lamento que aún no tengamos buenas noticias para ustedes —dijo el detective Harris—. Tenemos cincuenta hombres rastreando toda la zona alrededor de la escuela. Todavía no han encontrado nada. Quizás eso sea una buena noticia, en cierto modo.

Ben asintió de nuevo. El hombre intentaba ser reconfortante. Alguien entró por la puerta principal, y Ben se volvió para ver a un hombre mayor, de paisano, con cara cuadrada, pelo canoso y duros ojos azules sobre un cuerpo fornido. Le tendió la mano y Ben se la estrechó. —Donaldson, jefe de detectives del norte de Manhattan —dijo el hombre—. Disculpe un momento. —Se apartó y llevó al hombre más joven del brazo hacia un rincón, donde hablaron en voz baja. Al cabo de un momento, el jefe Donaldson se volvió hacia Ben y Donna.

—Hemos interrogado a casi todos los niños de la escuela —dijo—. Empezando por los que estaban allí cuando su hijo debía coger el autobús. Una niña cree recordar haber visto un coche parado un momento junto al camión de helados. Cree recordar a dos hombres dentro.

Ben miró a Donna. Ella fruncía el ceño mirando al jefe de detectives. —¿Qué está diciendo? —preguntó.

—No estoy *diciendo* nada, señora Martin. Solo les cuento lo que hemos averiguado, por poco que sea. Es difícil precisar lo que ven

los niños. E incluso si había un coche allí, podría no tener ninguna conexión con la desaparición de su hijo.

—¿Pero podría tenerla? —lanzó la pregunta Donna.

Donaldson se encogió de hombros. —Cualquier cosa es posible —comentó.

Donna miró a Ben y él le sostuvo la mirada, incrédula, y vio en ella el miedo y la ira mezclados con la conmoción. En su estómago, el nudo de plomo crecía, provocándole un malestar sordo.

—¿Crees que podrían haberlo secuestrado? —preguntó Donna, mirando ahora a Donaldson. El hombre no respondió. Volvió a mirar a Ben—. Eso es ridículo —dijo—. No somos ricos ni famosos. ¿Por qué iba nadie a llevárselo?

Las preguntas iban dirigidas al detective, pero ella no apartaba los ojos de Ben. Él oyó la voz del hombre respondiendo mientras sus miradas seguían cruzadas. —A veces hay mujeres que se llevan a un niño que les atrae solo para satisfacer algún impulso. El mundo está lleno de neuróticos. Pasa con bastante frecuencia.

—¿Mujeres dando vueltas en coche? —preguntó Donna, sin dejar de mirar a Ben—. Además, su informe decía que eran dos hombres en un coche.

—Mire, Sra. Martin, solo tenemos la palabra de una niña pequeña sobre lo que cree recordar haber visto. Cualquier coche podría haberse detenido un momento —estaba diciendo Donaldson—. No hay ninguna pista sólida de momento.

El detective se volvió hacia su ayudante más joven, y Ben sintió que el nudo de plomo frío en su estómago seguía creciendo, extendiéndose hasta hacerse imposible de ignorar. Donna seguía mirándolo fijamente.

—Ben...

Una sola palabra cargada de autoridad, de ira y de hielo. Hizo un pequeño gesto de incertidumbre con las manos.

—No sé qué decir, Donna. Solo nos queda esperar —respondió.

—No juegues conmigo, Ben —dijo ella, y ahora había un filo en el hielo—. No me ocultes nada, Ben.

—No lo hago, Donna. No sé qué pensar. —El maldito nudo de plomo ya lo llenaba por completo, y sentía cómo sus miedos se

transformaban también en ira, aunque estaba demasiado inseguro para sacar conclusiones todavía, reacio, vacilante.

—¿Qué te dijeron, Ben? —Había una furia imperiosa apenas contenida en su voz, y él la miró fijamente.

—Nada directo. Nada que pueda demostrar —le espetó.

Se dio cuenta de que los demás en la habitación estaban escuchando.

—Amenazaron al pequeño Ben y a mí, ¿verdad? —le lanzó ella.

—Siempre amenazan, es parte de su juego —respondió él—. Pero no dejé que se salieran con la suya. Incluso presenté una denuncia formal.

—Y pensaste que con eso bastaría.

—Sí, maldita sea —le espetó, herido por el desprecio en sus palabras y por el miedo que acompañaba sus propios pensamientos y se enquistaba dentro de él. Ella le había obligado a enfrentarlo, y se volvió hacia el detective.

—Quiero que traigan a Joe Colardi —dijo con voz serena. Vio que el hombre buscaba cómo responder.

—¿Con qué cargo? —preguntó Donaldson en voz baja.

Ben se encogió de hombros con rabia. —Sospecha de secuestro. Interrogatorio. Lo que sea.

La voz de Donaldson intentó ser amable y logró ser razonable. —Sé que tuvo problemas con dos de sus matones. Leí su denuncia formal. Pero no podríamos traerlo por esto, aunque existiera tal cargo, cosa que dudo. Necesitaríamos algo sólido en qué apoyarnos. Aquí no tenemos nada.

Donaldson tenía razón, por supuesto, Ben lo sabía, y miró a Donna. Ella estaba taladrando al detective con la mirada.

—Mire, Sra. Martin, si intentáramos traer a Joe Colardi por esto, su abogado nos acusaría a todos de detención ilegal. Alegaría coincidencia, acoso, persecución —dijo Donaldson—. Nos crucificarían. Sea honesta consigo misma. No hay pruebas, al menos por ahora. Si recibiera una llamada de él, o de uno de sus hombres, sobre esto, bueno, quizá podríamos intentar algo, pero ahora mismo sería un suicidio legal.

Donna miraba fijamente sus propias manos, y Ben apartó la vista. A pesar de las certezas furiosas y asustadas de ella, a pesar de su propio miedo frío y enfermizo, no había nada que vinculara a Colardi con la desaparición del pequeño Ben. Quizá las probabilidades no apuntaban en esa dirección, se dijo.

—Dejaremos a un agente uniformado en su puerta para garantizarles privacidad —estaba diciendo Donaldson, y Ben se volvió hacia él—. Hemos emitido un informe sobre la desaparición del niño, y los periódicos lo publicarán. Estamos monitorizando su teléfono desde el sótano. Rastreamos cualquier llamada de inmediato. —Se volvió hacia Donna, que apenas lo miró.

—Debo decirle que ese tipo de madres rara vez llaman. Simplemente acaban apareciendo con el niño —dijo.

—Y suelen llevarse niños mucho más pequeños, bebés por lo general —le espetó ella, cobrando vida de repente, resentida ante cualquier intento de calmarla con palabras vacías. Donaldson asintió a regañadientes. —Eso es muy cierto, Sra. Martin —lo intentó una vez más—. Pero no siempre.

Ben vio que Donna ya lo había desconectado, y el hombre se alejó. Se detuvo en la puerta junto al detective más joven. —Mantendremos el operativo de búsqueda hasta que estemos completamente seguros de que no está atrapado o herido en algún lugar —dijo—. Los mantendremos informados.

Se hizo un silencio incómodo, que Ben cortó cerrando la puerta. Se volvió hacia Donna y se encontró con su mirada clavada en él.

—Es Colardi, ¿verdad, Ben? Lo sabes, ¿no? —exigió ella, y él sintió que la ira le estallaba por dentro al instante.

—No lo sé —estalló—. Puede que sí y puede que no. No lo sé, ahora mismo no.

Sintió remordimiento al instante, casi automáticamente, y fue hacia ella, rodeándola con los brazos, queriendo compartir el malestar que ambos sentían, queriendo fundir su dolor con el de ella. Pero estaba rígida como una tabla, tensa e inflexible.

—Llámalo, Ben —dijo con voz tensa—. Llámalo ahora mismo. Dile lo que quiera oír.

—¿Llamar a Colardi?

—Sí, llámalo.

Dejó caer los brazos y se apartó un poco de ella. —No puedo hacer eso, Donna. Dios, ahora no. Puede que no tenga nada que ver con esto. No puedo sacar esa conclusión todavía.

—Yo sí puedo. Puedo hacerlo. Lo siento aquí dentro.

—No, tú tampoco puedes. Te aferras a lo que sea.

—¿Y si no encuentran al pequeño Ben? ¿Qué pasará entonces?

Ella lo fulminaba con la mirada y él retrocedió, el dolor desgarrándolo por dentro.

—Maldita sea, no sé qué pasará entonces —gritó—. Dame tiempo para pensarlo.

Se alejó, se detuvo, se volvió y vio que ella seguía mirándolo, acusadora.

—No sabemos qué demonios ha pasado, pero me echas la culpa, ¿verdad? —le gritó.

Lentamente, ella apartó el rostro, y las palabras le salieron rígidas, como si le costara hablar.

—Lo sé, y no debería hacerlo. Quizá esté perdido en algún sitio, o herido —dijo—. Pero no dejo de pensar que no es así.

—Sería mejor que lo tuvieran los matones de Colardi —dijo Ben, y ella se volvió al instante, mirándolo con incredulidad.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque sabríamos que no está tirado en algún sitio, herido, o atrapado, o muerto en algún agujero. Sabríamos que está vivo.

Casi había añadido la palabra «a salvo», pero se contuvo y se alegró de haberlo hecho.

—¿En manos de un mafioso despiadado? —lo fulminó con la mirada—. ¿Eso es mejor?

—Sí, porque no le harán nada. Solo se lo habrían llevado para presionarme —respondió.

Los ojos de Donna lo retuvieron un largo y frío momento, y luego ella se volvió y entró en el dormitorio, quitándose la blusa, después los pantalones, después el sujetador y las bragas en la oscuridad. La luz del salón le permitió ver su silueta en sombras difusas. La vio tenderse en la cama y dudó si entrar a abrazarla. Decidió que no. Más tarde, quizá, se dijo. Apagó la luz del salón y se

sentó en el gran sillón frente a la ventana, sumergiéndose en la oscuridad que ya lo envolvía todo. A esas horas el agua de la bañera estaría corriendo, y él estaría viendo jugar al pequeño Ben. Enseguida los bracitos fuertes estarían rodeándole el cuello, negándose a soltarse, pidiendo a gritos que los arrancara de allí en una prueba de fuerza entre risitas. Pero ahora solo había oscuridad y silencio. Y el dolor por dentro, desgarrándolo, y una vez más sintió náuseas. Cerró los ojos.

Pensó en las palabras de Donaldson. Si uno de los matones de Colardi lo llamaba, tendrían algo con lo que trabajar. Pero no sería así. Si Colardi estaba detrás de esto, no era un secuestro en el sentido habitual. No habría demanda de rescate, ni llamadas repentinas exigiendo un tributo. La exigencia ya estaba ahí, tácita, no escrita, pero absolutamente presente. Simplemente se sentarían a esperar a que él llamara, a que suplicara. Y si llamaba, el trato quedaría sellado, el acuerdo cerrado. No harían falta más palabras entre él y Joe Colardi. Ambos conocerían el significado y las condiciones. Y el pequeño Ben aparecería en alguna esquina y lo encontrarían.

Los cabrones. Los malditos, podridos, asquerosos cabrones. No lo entendía. Les había respondido de la única manera que entenderían. Debería haber bastado con creces. Esto era ir demasiado lejos, asumir riesgos que superaban las probabilidades, y ellos siempre sopesaban las probabilidades frente a los riesgos. Aquello no tenía sentido, de ninguna manera. Incluso había un aire de desesperación en todo ello. Ben abrió los ojos un momento. Los malditos cabrones. Todavía les quedaban unas cuantas lecciones por aprender.

Se levantó con un sabor amargo en la boca. Era repugnante tener que esperar el mal menor cuando ambas opciones eran despreciables. Pero no le quedaba otra. No podía permitirse imaginar al pequeño Ben muerto, quizá en una alcantarilla abierta en algún lugar. Lo volvería loco, lo sabía, loco. No podía elegir qué pensar. Tenía que aferrarse a Joe Colardi o perdería la cabeza.

En el dormitorio se desvistió hasta quedarse en calzoncillos y se tumbó junto a ella, el bulto oscuro de su cuerpo quieto, inmóvil.

Pero estaba despierta, lo notaba, y su distanciamiento envolvía su cuerpo desnudo como un muro invisible. Se negaba a compartir el dolor con él porque temía que él no compartiría las soluciones con ella. Ahora, por primera vez en su vida juntos, ella le tenía miedo, y él intentó comprenderlo. Cerró los ojos, sin querer enfrentarse a todo aquello ahora. Había demasiadas heridas abiertas, y cerró los ojos sin intentar dormir, sabiendo que era imposible. Pero en las selvas de Vietnam había aprendido a inducirse algo parecido al sueño que al menos le restauraba el cuerpo. Aquellas noches sofocantes regresaron de golpe con una viveza que no habían tenido en mucho tiempo.

También eran siempre tiempos de espera, y quizá por eso habían resurgido ahora. Esperando, avanzando centímetro a centímetro, siempre alerta, siempre en misión especial, infiltrándose tras las líneas enemigas en busca de objetivos especiales, individuos seleccionados. Se vio arrastrándose de nuevo por las noches, un especialista survietnamita a su flanco, quizá otro detrás como refuerzo. Vietcong a la derecha, justo delante ahora, luego en el cuadrante izquierdo. La choza apareció de pronto, el hombre en su punto de mira, o pronto en la mira indiferente del rifle. Comprobaría la salida, dos vías si era posible, siempre prepara tu salida. Las palabras, las lecciones, la espera paciente de todo aquello volvieron a él como una marea. Allí había aprendido a tener más paciencia que el enemigo. Allí había aprendido a pasar de presa a cazador.

Permaneció absolutamente quieto y se abandonó a la espera del amanecer. Llegaría pronto. Siempre llegaba. Y el pequeño Ben estaría a salvo, se dijo.

Con la luz gris se levantó, echó una mirada al cuerpo desnudo de la chica junto a él, de costado, dándole la espalda, una pierna estirada, la otra doblada. Se contuvo para no coger aquel cuerpo ágil, tan pequeño e indefenso, y apretarla contra él. Sería un error, lo sabía, con el rencor y el distanciamiento aún envolviéndola. Preparó café y ella entró en la cocina con una bata puesta y se hizo cargo de la tarea. Desayunaron en silencio y él dudó entre gritarle o intentar abrazarla y, por supuesto, no hizo ni lo uno ni lo otro.

El policía apostado en la puerta les trajo el periódico de la mañana, y Ben encontró la pequeña noticia sobre un niño desaparecido que pedía cualquier información que pudiera ser útil. Era solo un recuadro, pero generó un montón de pistas falsas y llamadas de perturbados, todas interceptadas rápidamente por la unidad de escucha. El agente uniformado de la puerta mantuvo a raya a vecinos y amigos bienintencionados, y finalmente llegó el jefe de detectives Donaldson. Habían registrado toda la zona y estaban convencidos de que el niño no estaba en ninguna parte. Pidió una foto del pequeño Ben, y Donna le dio una instantánea que le había sacado en la playa hacía solo un mes. Solo podían esperar y seguir buscando, les dijo Donaldson. Ya se había emitido una orden de búsqueda del pequeño Ben.

—Si lo tiene alguna chalada, podría estar en cualquier barrio a estas alturas —dijo Donaldson—. Los agentes de los coches patrulla tendrán una copia de la foto esta tarde. Lo buscarán por todas partes.

El hombre se marchó con una disculpa en la mirada por no poder decir ni hacer más, y Ben dejó que sus propios ojos la aceptaran. Pero los ojos de Donna fueron una fría despedida, y en cuanto se cerró la puerta se volvió hacia Ben.

—¿Cuánto tiempo más vas a esperar? —le espetó con dureza—. Sabes la respuesta, sabes lo que le ha pasado al pequeño Ben.

Él miró más allá de ella, sin decir nada, refugiándose en el silencio. Había esperado toda la noche este momento, esperado y deseado que no llegara, y ahora estaba aquí y seguía sin tener una respuesta.

—Ben, itú *lo sabes!* —siseó ella.

Él sintió que los músculos de la garganta se le movían, el paladar respondía, las palabras se formaban, pero ningún sonido le salía.

—Por el amor de Dios, Ben, ¿qué estás esperando?

—casi gritó, y él miró los tendones de su cuello, ahora marcados, tensos, rígidos, como si fueran a estallar bajo la piel.

—Dios mío, ¿qué te pasa? —exigió con aspereza.

Ben Martin sintió la garganta áspera, seca; las palabras que le salían eran sonidos arrancados, estrangulados.

—No, ahora no. Eso es lo que él quiere.

Los ojos de Donna lo miraban con incredulidad. Él le sostuvo la mirada. ¿Acaso no veía su angustia, su dolor?, se preguntó.

—Llámallo, Ben. *¡Llámallo!*

Las palabras fueron estridentes, al borde de la histeria.

—La vida de tu hijo está en juego —dijo, la voz alzándose mientras luchaba por controlarse.

Sintió que las entrañas se le retorcían, se le desgarraban mientras recuperaba la voz para responder.

—No, no está en juego —dijo con terquedad—. No le harán daño, aunque eso es lo que quieren que pienses.

—Muy bien, entonces han ganado. Lo pienso, lo sé —le devolvió ella.

Los ojos de él le suplicaban, diciendo más de lo que podía expresar con palabras.

—Donna, no pueden ganar si no se lo permitimos. Soltarán al pequeño Ben, lo sé. Si pensara que estoy arriesgando su vida, ya habría llamado.

—¿Lo habrías hecho? —exigió ella, y él frunció el ceño y se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ya no estoy segura de nada contigo, Ben. No cedes, no te dobliegas, ni siquiera ahora. No lo entiendo, nada de esto. Creo que es una pesadilla.

—Cederé, me doblegaré cuando sea necesario. Quiero resistir por el pequeño Ben. Quiero que tenga un mundo mejor cuando crezca, un lugar donde este tipo de cosas ya no ocurran porque la gente no cederá ante ellas.

—Tú y tu bien y tu mal. Al diablo con el mundo de mañana. No habrá ningún mañana para mí si algo le pasa al pequeño Ben. ¿No lo entiendes, maldita sea? ¿No lo entiendes?

—Ceder ahora significará que me tendrán bajo su control por el resto de mi vida. Significará que han ganado una vez más con sus métodos, y seguirá y seguirá y seguirá.

—Significará recuperar al pequeño Ben, y eso es todo lo que me importa. Llámalo, Ben, llámalo ahora. Prométele lo que quiera oír. Después podemos hacer las maletas y mudarnos a otro lugar, irnos muy lejos.

—Ceder y luego huir —dijo Ben, sintiendo que la amargura lo invadía—. ¿Renunciar a todo lo que he construido, por lo que he trabajado?

—¿Preferirías renunciar al pequeño Ben?

La desesperación se apoderó de él. No servía de nada. No será así, quería decirle. No tendremos que ceder ni huir si resistimos ahora. Eso es todo lo que necesitan ver. Entonces se echarán atrás. Pero no le dijo ninguna de esas cosas. No servía de nada. No había argumentos que pudiera esgrimir contra el miedo que la dominaba, el terror desesperado que se había apoderado de ella. Y en sus ojos vio algo que lo asustó, algo al borde mismo de un odio que envenenaría para siempre la vida de ambos. Una vez cruzado ese límite, lo sabía, nunca desaparecería. Nunca. Maldito Colardi. Malditos parásitos chupasangre. Sus verdaderas armas no eran pistolas ni garrotes. Sus verdaderas armas eran las emociones humanas decentes y normales. Las tomaban y las usaban en su beneficio. Amor, esperanza, miedo: tomaban todo eso y lo retorcían para sus propios fines. Cabrones, malditos cabrones podridos.

Se dio la vuelta. Encontró las palabras, pero no pudo mirarla y decirlas.

—Llamaré —murmuró—. Pero no desde aquí, no desde un teléfono intervenido. Eso es lo primero que preguntará Colardi, desde dónde estoy llamando.

—Solo recupera al pequeño Ben —respondió Donna—. ¿Sabes cómo localizarlo?

—Tiene una oficina, una tapadera en Carroll Street. Lo intentaré allí —dijo, y salió por la puerta.

Sintió la mirada de ella clavada en su espalda mientras salía a la luz del día. Caminó deprisa para alejarse de las voces alegres y las risas que venían del patio de recreo, y reparó en los coches patrulla camuflados, dos de ellos, aparcados discretamente en extremos opuestos de la calle. Dobló la esquina deprisa y encontró la pequeña

tienda de golosinas con la cabina telefónica. La operadora le dio el número de Colardi Enterprises en Carroll Street y lo marcó, respirando hondo. El teléfono sonó y sintió cómo se ponía rígido, el odio creciendo en espiral dentro de él. La mano con la que sujetaba el auricular se le puso blanca, los dedos agarrotados en torno al aparato. Por fin respondió una voz áspera.

—Joe Colardi —dijo Ben, oyendo el sonido desgarrado de su propia voz.

—¿Quién lo busca? —respondió la voz.

—Ben Martin.

El silencio fue breve pero definitivo, y la voz volvió a la línea.

—Está en casa. Aquí tiene el número —dijo.

Era un número de Jersey, advirtió Ben, y se lo grabó en la memoria. Colgó y volvió a marcar enseguida. La voz que respondió esta vez era más suave, pero más fría.

—Habla Ben Martin. Quiero hablar con Joe Colardi —dijo Ben.

—Soy Joe Colardi.

La voz adoptó al instante una cordialidad gélida, una seguridad absoluta.

—Vi lo de tu hijo en el periódico esta mañana, Martin. Qué mala suerte. ¿Desde dónde llamas?

Los labios de Ben se tensaron en una línea recta. —Una cabina telefónica —dijo—. Colardi, quiero recuperar a mi hijo.

Apretó los labios para contener el torrente de otras palabras que pugnaban por salir.

—Por supuesto que sí, Martin. Ojalá pudiera ayudarlo —dijo Joe Colardi.

Ben cerró los ojos y luchó consigo mismo, reprimiendo la rabia que amenazaba con estallar en furia demoledora. Sintió cómo le temblaba la mano con el teléfono mientras sofocaba las palabras que querían brotar de él.

—Colardi, les dije a sus hombres lo que haría si le pasaba algo a mi familia —comenzó de nuevo, hablando en tono mesurado.

—Sí, lo sé, Martin. Es usted un cabeza caliente, ¿sabe? Me gustaría ayudarlo, pero no sé qué podría hacer.

—Quiero a mi hijo.

Las palabras salieron estranguladas, surgiendo de una garganta contraída, medio susurradas en el teléfono.

—No lo sé, Martin —dijo Joe Colardi, tiñendo su voz de cansancio—. Mis muchachos se mueven por muchos barrios. Podrían conseguir alguna pista en algún sitio, nunca se sabe. Pero parece que tiene algo contra mí. Su actitud no es la correcta, Martin. Me gustaría ayudarlo, pero no sé si mis muchachos estarían dispuestos.

Ben presionó la frente contra la caja del teléfono, sintiendo el borde metálico duro clavársele en la piel, empujando con tanta fuerza que la oyó crujir sobre sus soportes. Tenía los labios retraídos mientras luchaba por encontrar palabras de nuevo.

—Mi hijo, Colardi —logró decir finalmente—. Mi hijo. Ahora. Primero mi hijo, ¿me oye?

—Martin, hablaré con algunos de mis contactos —dijo Joe Colardi, con voz ahora teñida de magnanimidad benévola—. Quizá estén dispuestos a echar un vistazo. Después de todo, un niño es un niño, ¿verdad? Pero llámeme de nuevo, Martin, hoy más tarde. Hágame saber que ha cambiado su actitud hacia nosotros y sé que mis muchachos harán todo lo posible por ayudarlo. Depende de usted, Martin.

El teléfono se cortó y Ben permaneció en la cabina, dándose cuenta de que todo su cuerpo temblaba. Finalmente, tras respirar hondo hasta llenarse el pecho de aire, se enderezó y salió de la cabina telefónica, caminando deprisa de regreso al apartamento. Había dado el primer paso. Había querido hacerlo como Donna le había exigido, pero las palabras se habían negado a salir. Pero había dado el primer paso. Tendría que llamar de nuevo, eso le habían dicho, y decir lo que debía entonces. Tendría que hacerlo, lo sabía. Ya estaba hecho, sin vuelta atrás. Llamaría más tarde y esta vez encontraría las palabras.

Donna estaba en la puerta, abriéndosela mientras él se acercaba, y vio la esperanza asomando en sus ojos.

—Tendré que llamarlo de nuevo —dijo, dejándose caer en una silla.

La derrota pesaba sobre él como una manta sofocante.

—¿No le dijiste lo que quería oír? —indagó Donna, con alarma inmediata en los ojos.

—Le dije que quería recuperar al pequeño Ben —dijo él—. No pensarías que iba a admitir que lo tiene, ¿verdad? Pero quiere estar seguro de tenerme a mí. Quiere asegurarse de que admito que ha ganado. Así que tengo que volver a llamarlo.

Los ojos de ella lo atravesaban, tratando de decidir si creerle o no, y tiró del pañuelo que sostenía hasta convertirlo en una cuerda de tela.

—¿Cuándo? —preguntó.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo tienes que volver a llamarlo, maldita sea? —explotó.

—Más tarde. En cualquier momento. Cuando esté listo.

Vio que las pequeñas líneas en las comisuras de su boca se tensaban y supo que estaba insatisfecha, de algún modo consciente de que aún no había encontrado las palabras adecuadas para decirle a Colardi. La vio estremecerse de hombros, enderezar el cuerpo y temblar, la vio darse la vuelta y levantar la barbilla con determinación, y supo que ella, no Joe Colardi, lo había derrotado, y por un brevísimo instante, la odió por ello.

CAPÍTULO NUEVE

Joe Colardi colgó el teléfono y saboreó la satisfacción y la victoria. Y con ellas, algo más: anticipación y certeza. Oyó abrirse la puerta de la habitación y giró en la silla para ver a Annette, con una pequeña bandeja de café en las manos. Cuando ella entró, vio la sombra de preocupación en su rostro, los labios carnosos apretados con fuerza. Conocía esa expresión: obstinada, de disgusto callado, siempre presente cuando algo la atormentaba por dentro.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó mientras ella le traía el café, dejando la bandeja sobre el escritorio y sacando la taza. Ella le lanzó una mirada rápida, intentando leerle el rostro —él lo sabía—, decidiendo si se atrevía a responder—. Vamos, suéltalo, nena —la instó.

Con los labios aún apretados, respondió sin mirarlo. —No pude evitar oír hace un momento —dijo—. Y te oí hablar con Frankie y Tony sobre este asunto. —Alzó la vista para mirarlo directamente—. Sabes que nunca me meto, Joey, pero no me gusta lo del hijo de ese hombre. No me gusta.

Los ojos de ella, incómodos bajo su escrutinio, revelaban que sabía que estaba fuera de lugar incluso al mencionarlo, y Joe Colardi la miró con frialdad. Pero dejó que su expresión se suavizara. Estaba ganando, como sabía que pasaría. Podía permitirse ser indulgente, magnánimo.

—No hay nada de qué preocuparse, muñeca —dijo, rodeándole la cintura con el brazo y atrayéndola hacia él—. Nadie va a hacerle daño al niño.

—Es rastrero, Joey —murmuró ella—. Quiero decir, ¿cómo te sentirías si Stella desapareciera sin más?

—Ella no va a desaparecer, y no me preocupo por esas cosas —respondió—. Te lo dije, el niño está bien. Lo montamos para meter en vereda a ese cabrón duro de pelar, y ya ha funcionado.

Vio que la desaprobación seguía en su rostro redondo, la duda aún en sus ojos. Le había permitido entrometerse, y ahora tocaba ponerla en su sitio.

—Sé lo que hago —dijo, y su voz se había vuelto gélida, cortante. Annette Colardi miró a su marido de reojo, asintió y salió apresuradamente de la habitación. Joe Colardi dio un sorbo al café. Ella entendía. Conocía su lugar. Se reclinó y siguió bebiendo mientras esperaba otra llamada. Miró el reloj. Debía llegar en cualquier momento.

Las calles de la zona portuaria de South Brooklyn tienen muchos nombres: President Street, Carroll Street, Summit, Browne, Delavan, Visitation, King, Sullivan, Wollcott, y muchas más, cada una atestada de edificios viejos, muchos de ellos naves abandonadas ocupadas solo por ratas, arañas, gatos y algún borracho ocasional. En estos lugares oscuros y desiertos, a un hombre podían pegarle un tiro y nadie lo oiría. Una mujer podía gritar pidiendo ayuda, o un niño podía llorar toda la noche, y ningún sonido traspasaría aquellas plantas cavernosas. En este cementerio de edificios, cierta nave vieja y decrepita estaba parcialmente ocupada en el último piso por tres inquilinos temporales: dos hombres y un niño pequeño. Y en diagonal, frente a aquel almacén abandonado, había una cabina telefónica pública en la esquina, destrozada y llena de cristales rotos, pintarrajeada y apestando a orina, en perfecta sintonía con su entorno. Pero, curiosamente, el teléfono funcionaba, y desde allí llegó la segunda llamada que Joe Colardi esperaba.

Joe habló en voz baja, casi sin tensión. Frankie el Vigilante se quejaba, pero eso ya se lo esperaba.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos aquí? —preguntó Frankie—. Este maldito lugar me pone los pelos de punta, y el niño lloró toda la noche.

—Ya ha llamado —respondió Joe—. No será mucho más. Llámame esta noche, tarde, ¿me oyes?

—Joder, sí —dijo Frankie el Vigilante—. Aquello es un horno en el último piso. El maldito techo debe de haber perdido todo el aislamiento.

—Vale, aguanta ahí y llámame esta noche más tarde —repitió Joe, y colgó el teléfono. Se recostó en la silla, la satisfacción calentándolo como un buen brandy. Había que saber manejarlos, se dijo. Había que saber dónde golpear. A este le había costado, eso sí. Se notaba en cómo las palabras parecían arrancársele, tensas y torturadas. Pero había llamado, y eso era lo que importaba. La mujer lo estaba presionando, claro, Joe sonrió. Pero con eso también había contado. En un día más, la noticia habría llegado a la calle. El Sr. Ben Martin iba a cooperar. Y los motivos también se sabrían. Todo volvería a su sitio.

Se permitió un pequeño suspiro de alivio. El Don no habría dado su visto bueno a esto, lo sabía. El Don era un hombre cauteloso. Se habría echado atrás con lo de secuestrar al niño. Demasiado arriesgado, habría dicho. Pero los resultados eran lo que contaba para el Don, como para todos los demás. Quizás lo reprendería un poco, pero lo admiraría; a regañadientes tal vez, pero lo admiraría. Reconocería la audacia, la osadía, la capacidad de golpear donde más duele, y lo más importante: los resultados.

Los pensamientos de Joe se vieron interrumpidos por pasos ligeros y apresurados, risas agudas, y la puerta de la biblioteca se abrió de golpe. La niña cruzó la habitación dando saltitos hacia él, y Joe la alzó en brazos, globo incluido, que ella agitaba ante su cara. La tía Constanta había llevado a Stella al zoo, y ahora las palabras brotaban a borbotones de aquellos labios pequeños y carnosos, los labios de su madre, mientras los ojos negros y brillantes centelleaban, los ojos de él. La niña irradiaba energía, sacudiendo los rizos negros mientras le soltaba nombres de animales y le hablaba de paseos en poni y en camello.

Annette estaba en la puerta, acercándose a ellos, con un leve asomo de preocupación en los ojos. Sabía que la niña no debía entrar corriendo en la biblioteca cuando la puerta estaba cerrada, pero Stella había sido demasiado rápida y estaba demasiado emocionada para detenerse a tiempo. Joe le hizo saber con una mirada que no estaba molesto esta vez, pero Annette tomó la mano de Stella con firmeza. Ella ya se había pasado de la raya una vez hoy, lo sabía, y él lo había dejado correr. No quería que fueran dos

veces seguidas. Joe sonrió para sus adentros. Era una buena mujer. Conocía bien a su hombre. Le lanzó a Stella medio dólar y vio a la niña soltarse de Annette para perseguir la moneda por la alfombra, chillando y riendo, las piernecitas saltando ágilmente. Joder, qué muñequita, pensó. Annette finalmente recogió a la niña y la sacó de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

A solas, Joe descorchó una botella de brandy, se sirvió un chupito en un vaso que tenía a mano y se lo bebió de un trago. Caminó hacia la pared de libros y se quedó mirándolos. A menudo pensaba en empezar por una esquina y leerlos todos, uno por uno, hasta el último. ¿Cuánto tiempo le llevaría?, se preguntaba. ¿Y saldría ganando algo? ¿Le servirían para lidiar con un tocapelotas como Ben Martin? Resopló con desdén. Y una mierda. No necesitaba ningún puto libro que le dijera cómo actuar. Lo que contaba era lo que llevabas dentro. Tenías que ser capaz de ir a la yugular, de clavar donde doliera. Pero había que moverse con cabeza. No podías dejarte llevar por lo personal, como Matty, ni ablandarte como Annette, ni quedarte paralizado como Frankie y Traffico.

Se apartó de la pared de libros sintiéndose invencible, con el destino de su lado, y se preguntó si así se sentían todos los grandes hombres cuando iban camino a la cima. Se dirigió hacia la puerta, decidido a ver a Stella de nuevo. Ya debería haberse cambiado y puesto su ropa de estar en casa. El timbre estridente del teléfono lo detuvo en seco y casi se echó a reír en voz alta. Todo estaba sucediendo incluso más rápido de lo que había esperado. Ganaba con tanta facilidad que casi se sentía decepcionado. Pero haría que ese cabrón grandullón y despiadado se arrastrara, con el tiempo, con el tiempo. Levantó el teléfono.

La voz al otro lado le escupió palabras entre jadeos, la voz de Frankie sin hacer ni puto sentido. Escuchó las palabras, palabras imposibles, palabras ridículas.

—¿Qué coño estás diciendo? —se oyó preguntar.

—El niño está muerto —oyó que repetía Frankie.

—¿Qué quieres decir con que está muerto? ¿Cómo puede estar muerto? ¿Qué clase de mierda es esta?

—No es ninguna mierda, Joe. Está muerto. Tony lo dejó solo un minuto mientras yo volvía a subir. El maldito niño no tenía adónde ir, pero encontró un sitio: una escalera que subía a un tragaluz en el tejado.

—¿Y llegó al tejado?

—Sí, fuimos tras el pequeño cabrón de inmediato. En cuanto nos vio venir echó a correr y se precipitó por el borde.

—Y está muerto.

—Joder, sí.

Joe Colardi sintió cómo el sudor le cubría de pronto la frente y le resbalaba por las sienes. Las tripas se le revolvían, una mezcla de miedo y furia y algo más que no quería reconocer como pánico.

—¿Dónde estás ahora? —dijo al teléfono.

—Cerca del puente. Nos largamos de allí cagando leches. Alguien lo encontró casi en cuanto se estampó contra la acera.

El pánico y el miedo dieron paso a una rabia ciega y Joe Colardi oyó cómo su voz se elevaba hasta un tono agudo que odiaba oír pero que no podía evitar cuando perdía los estribos.

—Estúpidos, estúpidos hijos de puta. Os dije que no dejarais al niño fuera de vuestra vista. Os lo dije, maldita sea, os lo dije —gritó al teléfono—. Malditos idiotas. *Testa vuoto imbecille*.

Hizo una pausa, la respiración agitada, y sintió que el brazo con el que sostenía el teléfono le temblaba. Se obligó a calmarse, tragó saliva y agarró el auricular con más firmeza.

—¿Dejasteis algo en el almacén que os pueda delatar, estúpidos imbéciles? —preguntó con tono gélido.

—No, no, Joe, solo una caja de galletas saladas y algo de salami —respondió Frankie.

—Escondeos en la oficina —dijo Joe—. No vengáis aquí. Ya os haré llegar un mensaje, malditos cabrones.

—Joe, lo sentimos. Son cosas que pasan.

—¿Cosas que pasan? —le gritó Joe, estallando de nuevo—. Lo sentís y lo vais a sentir mucho más cuando acabe con vosotros.

—Joe, no pueden relacionarte con esto. No hay ni una puta cosa que te relacione.

—No me vengas con cuentos, cabrón. Eso ya lo decidiré yo. Manteneos alejados hasta que os llame.

Joe Colardi colgó el teléfono de un golpe y se dio cuenta de que tenía la camisa empapada de sudor. Maldita sea, maldita sea, maldijo en silencio. Todo había sido tan fácil, tan limpio, lo tenía todo en el bote, y ahora, malditos fueran esos estúpidos imbéciles. Joder, ya no se podía confiar en nadie para que hiciera nada bien. Se sentó en la silla y sus dedos tamborilearon furiosamente sobre el escritorio mientras sus ojos se volvían negros y pequeños, concentrado. Se preguntó si debería llamar al *consigliere*, solo para tenerlo al tanto. No, decidió, todavía no, no hasta que lo necesitara de verdad. No involucraría a nadie a menos que fuera necesario. ¿Y el Don?, se preguntó. Joder, no, el Don no. Los labios de Joe se curvaron en una mueca silenciosa. Maldita sea, tendría que decírselo al Don. El Don vería la noticia en los periódicos y pensaría que había mandado matar al niño a propósito. Quedaría como un gilipollas integral. Mierda, tendría que llamar al Don y contarle lo que había pasado.

Pero no ahora, decidió Joe. Eso podía esperar hasta mañana, después de que salieran los periódicos. Joe Colardi se recostó en la silla y respiró hondo. Joder, no había querido que mataran al niño, y por un instante vio el rostro de Annette frente a él. Pero, maldita sea, había pasado y quizá no fuera tan malo después de todo. Frankie había tenido razón, por supuesto, no había forma de relacionarlo con la muerte del niño. Los polis vendrían husmeando llenos de sospechas, pero podían meterse las sospechas por donde les cupieran. Y Ben Martin quedaría reducido a un despojo. Su parienta podría perder la cabeza del todo. Seguro que cerraría el negocio y se largaría. Y en las calles, en el barrio, correría la voz de lo que había pasado y los demás se cagarían de miedo. También tendrían sus sospechas.

La respiración de Joe se fue normalizando. No era como lo había planeado, ni siquiera como lo había querido, pero pensándolo bien, podría resultar lo mejor después de todo. Si los polis se pasaban de listos e intentaban llevárselos a todos a comisaría con algún cargo inventado, el *consigliere* se encargaría de eso. Y le haría

ver al Don que el error, la cagada, había resultado beneficiosa. El Don vería que no había entrado en pánico, que sabía manejar los errores y convertirlos en victorias.

Joe se tiró de la camisa, despegándosela del cuerpo con los dedos. Todavía estaba húmeda, pero había dejado de sudar.

CAPÍTULO DIEZ

Todos se habían marchado hacía horas: Donaldson, sus patrulleros, los de la investigación de accidentes. Habían rellenado y firmado todos los formularios, cumplido con todas las obscenas formalidades legales. Ahora ella permanecía acurrucada, como una extraña figurita oriental, con los brazos largos y esbeltos rodeándole las rodillas levantadas. Estaba en el suelo, la espalda contra el borde del sofá, silenciosa e inmóvil. Desde el gran sillón, él la miraba de vez en cuando, abandonando sus propios pensamientos por un momento.

Él tampoco había hablado, pero sus ojos no se perdían en el vacío como los de ella, dos pozos redondos y vacíos. Al principio había intentado acercarse, pero ella lo había mirado como se mira a un desconocido, y él comprendió que ahora eran exactamente eso: dos extraños separados por un abismo que jamás podría cruzar.

Había querido encontrar palabras para ella, pero ¿cómo iba a hacerlo si no las encontraba ni para sí mismo? Había querido envolverla en ternura, pero ¿cómo, si solo sentía su propia rabia glacial y las acusaciones tácitas de ella? Así que permaneció sentado en silencio junto a ella, pensando en lo extraño que era no poder llorar, no poder exteriorizar lo que sentía. Ya no estaba hueco ni vacío. Eso había venido primero, pero había dado paso a otra cosa: una promesa suprema e imponente. Había sido destruido y, en la destrucción, como el fénix, había renacido para enarbolar el espíritu de la venganza.

El día se desvaneció y la habitación se oscureció. Se inclinó, encendió la pequeña lámpara y vio que ella aún no se había movido. Abrió y cerró los dedos repetidamente, como si aplastara algo entre ellos. Finalmente se levantó y se volvió para quedar frente a ella, con los brazos colgando a los lados y las manos haciendo pequeños gestos impotentes.

—Lo siento —dijo finalmente. Palabras tan tontas. Tan insuficientes. Estaba más allá de sentirlo, más allá de cualquier emoción humana semejante. Para sentirlo había que existir como ser humano, como hombre, como organismo sensible y vulnerable, y él ya no existía como ninguna de esas cosas. Era un recipiente dotado de un propósito inquebrantable, con la misión de enmendar el más terrible de todos los males. Volvió a mirar a Donna.

—¿Qué harás ahora? —preguntó, y ambos se dieron cuenta de que no había preguntado qué haremos *nosotros* ahora. Ya no existían, tampoco, como marido y mujer, como amor, como vínculo, como familia. Ella levantó la cabeza y volvió hacia él los ojos vacíos. Su voz sonó plana, sin vida.

—Quedarme aquí un tiempo, de todos modos. Luego tal vez ir a la granja —dijo—. No lo sé.

La granja. Asintió. La finca del padre de ella en Pensilvania. Al pequeño Ben siempre le había encantado aquel lugar. La observó desplegarse y levantarse con gracia flexible, como una flor que se abre de repente. Ella se quedó de pie en silencio, mirando al suelo.

—Ya no queda nada para nosotros —dijo, casi como si fuera una pregunta.

—¿Crees que lo hay? —respondió ella sin levantar la vista, y él negó lentamente con la cabeza. El veneno estaba allí, entre ellos, y nunca desaparecería. Ella alzó la mirada, los ojos redondos clavados en él—. ¿Por qué? —dijo, dejando que la palabra quedara suspendida en el aire.

—¿Por qué qué? —preguntó él a su vez.

—¿Por qué sucedió? Dime por qué —dijo, y de repente su voz adquirió un filo cortante.

—¿Quieres que diga que fue culpa mía? —preguntó en voz baja.

—No, no puedes decir eso. Todavía crees que tenías razón. Todavía lo piensas, maldito seas, Ben Martin —siseó ella.

Él se volvió hacia ella y la palabra pugnó por salir de sus labios, un sonido áspero y ronco.

—Sí —jadeó—. Sí, sí, *isí!*

Llenó la habitación con aquel sonido, ya no un simple grito sino un clamor de angustia y rectitud.

—Algo salió mal —le gritó—. Algo salió mal. No sé por qué ni qué ni cómo, pero algo salió mal.

—Mi pequeño Ben está muerto, eso es lo que salió mal. Y yo estoy muerta, y nosotros estamos muertos. Todo está muerto.

Ella se volvió y entró en el dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Ben se dejó caer pesadamente en el gran sillón; sus ojos grises ardían con una luz fría, fluorescente. El veneno estaba allí, desde luego, y nunca desaparecería, e incluso si lo hiciera, no cambiaría nada. Ahora tenía otra misión en la vida. Se nos dan misiones, propósitos en este mundo, razones para existir. Él había tenido una razón así, y ahora tenía otra. Recordó los sermones del padre Donatello sobre aquello, cuando de niño iba a la iglesia con su madre. A veces la misión de un hombre cambia, solía decir el padre Donatello. A veces un hombre tiene más de una misión en la vida. Ben reclinó la cabeza contra el respaldo del sillón. Recogería algunas cosas más tarde, solo unas pocas.

Se quedó allí, pensando, retomando sus pensamientos donde los había dejado, y finalmente se levantó y salió del apartamento sin hacer ruido. Eran casi las diez, comprobó en su reloj mientras caminaba por las calles oscuras hasta encontrar una cabina telefónica en una esquina. Cerró la puerta a pesar del calor de la noche y marcó un número como si lo hubiera sabido toda la vida. Una voz de mujer contestó.

—Joe Colardi —dijo en voz baja—. Ben Martin quiere hablar con él.

Creyó oír una leve inhalación brusca y luego hubo un largo silencio. La voz que finalmente llegó al otro lado era la de Colardi, con esa confianza suave al instante reconocible. Pero esta vez el hombre habló deprisa, atropellando las palabras.

—Mira, Martin, me enteré de lo del niño. Una cosa terrible —dijo—. ¿Desde dónde llamas?

—Desde una cabina telefónica —dijo Ben en voz baja.

—Fue un accidente —dijo Colardi—. Conozco a alguien que lo vio caer. Fue un accidente, ¿entiendes?

—Voy a matarte, Colardi —dijo Ben, con la voz aún suave, tranquila. Hubo otro momento de silencio.

—Mira, Martin, te estoy diciendo que fue un accidente —repitió Joe Colardi.

—Voy a matarte, Colardi. A ti y a todos y cada uno de vosotros, hijos de puta.

Joe Colardi perdió los estribos. La ira por lo que había sucedido, sus propias incertidumbres sobre el Don, lo hacían más irascible de lo habitual.

—Escucha, pedazo de mierda. Te estoy diciendo la verdad. Sé lo que pasó. Fue un accidente —gritó al teléfono—. ¿Entiendes, pedazo de mierda? *¡Un accidente!*

—No habría habido ningún accidente si hubiera estado en casa, en su cama. El resultado es el mismo —respondió la voz calmada y tranquila—. Estás muerto, Colardi. Puedes estar seguro. No le harás nada a nadie nunca más, ni tú ni ninguno de vosotros.

—Joder, ¿con quién coño crees que estás hablando? —gritó Joe Colardi—. Tienes que estar mal de la cabeza.

—Hasta el último de vosotros —oyó que la voz se imponía sobre sus gritos, con un tono definitivo, una certeza absoluta y total. El teléfono enmudeció y Joe Colardi se quedó mirando el aparato un momento antes de estrellarlo contra el escritorio. Estúpido hijo de puta, se dijo. Como si tuviera la más remota posibilidad de matar a nadie. Joder, había que ser imbécil. Pero Frankie había tenido razón en una cosa. Era más que un cabrón testarudo. Había algo en él, incluso solo en su voz al teléfono, algo frío como el mármol. Joe sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. El cabrón estaba enfermo, loco. Pero que lo intentara, pensó Joe. Que el muy hijo de puta lo intentara. Eso acabaría con él de una vez por todas y todo el asunto quedaría zanjado.

Joe salió de la habitación dando un portazo y se dirigió al dormitorio. Annette ya estaba en la cama. Joder, tenía ganas de follársela duro esa noche, pero ella había estado retraída y tensa, callada como un puto ratón todo el día, desde que se enteró de lo del crío. Se quitó la ropa de un tirón. A la mierda, se dijo. Podía ser dos personas diferentes, pues que lo fuera. La hizo girarse en la

cama y se dejó caer sobre ella. Annette se quedó quieta un momento y luego sintió que sus muslos se movían obedientemente y que sus manos ascendían hasta encontrar su nuca. Empezó a moverse debajo de él. Esa noche no perdió tiempo en preliminares. Podía hacerlo como le diera la gana. Era el jefe, ¿no?

CAPÍTULO ONCE

Las alfombras del suelo eran suaves y gruesas, las vitrinas repartidas por la enorme sala estaban pulidas y sus tapas de cristal relucían impecables. En las paredes colgaban cabezas de trofeos: oso, ciervo, antílope y tigre. El ambiente era tranquilo y solemne, como correspondía a la sala de armas de la tienda de artículos deportivos más importante del país. A la derecha, en un largo mostrador junto a los ascensores, el hombre corpulento de ojos grises sostenía un rifle Winchester, un Model 70 Varmint, y lo examinaba con detenimiento antes de devolvérselo al vendedor. Había llegado, dado su nombre y dirección, y desde el primer momento supo exactamente lo que quería; el vendedor lo respetó tras los primeros cinco minutos. El hombre corpulento de ojos grises nunca sonreía, observó el vendedor, pero conocía sus armas, sabía con precisión lo que podían y no podían hacer, y tenía claro qué se ajustaba a sus necesidades. Siempre daba gusto atender a clientes así.

—Demasiado ligero —dijo el hombre corpulento refiriéndose al rifle de caza menor—. Cazaremos distintos tipos de presas en distintos terrenos, pero todas requerirán algo más potente. Déjeme ver un .300 Weatherby Magnum. Querría una mira telescópica.

—Está de suerte. Tengo una mira que un cliente decidió no llevarse, 1X por 4X variable —dijo el vendedor mientras se dirigía a otra vitrina y sacaba el rifle, pulido y reluciente. El hombre de ojos grises lo cogió y recorrió con la mirada la línea de la culata, el corte afilado y profundo del peine —más profundo que en la mayoría de las armas—, la delicada precisión de la mira, hasta llegar a la línea recta del guardamanos. Sopesó el arma, la giró, se la llevó al hombro y apuntó a un blanco imaginario, moviendo el rifle en arcos cortos de no más de siete centímetros.

—¿Cabra montés? —preguntó el vendedor con una sonrisa. Era el arma perfecta para eso, lo sabía, y también para el uapití y el alce, con mucho alcance y lo bastante ligera para seguir al objetivo con rapidez. Ben Martin bajó el rifle y se lo devolvió al vendedor.

—Dos de estos, una caja de cartuchos y un estuche de transporte para cada arma —dijo con sequedad—. Me llevaré solo una mira. Quiero un estuche donde quepa el arma con la mira montada.

El vendedor asintió y Ben se dirigió hacia un estante horizontal donde descansaba una colección de rifles aún más pesados. Allí quietos, meros objetos inanimados de acero y madera, parecían irradiar un poder, una autoridad que imponía respeto ante el propósito único de su existencia. Levantó el de arriba, un Remington 742 semiautomático.

El vendedor lo siguió y observó al hombre corpulento. —Caza mayor esta vez, ¿verdad? —aventuró. El hombre de ojos grises bajó el rifle y asintió, siempre serio.

—Quiere alta velocidad, gatillo rápido y máxima potencia a larga distancia —dijo el vendedor, demostrando con tacto que conocía sus armas y podía ser de verdadera ayuda—. Yo diría que difícilmente encontrará un arma más perfecta para lo que busca —añadió.

Ben volvió a dejar el arma en el estante. —Quizá demasiado buena —dijo—. Déjeme ver un 760, es un poco más ligero.

El vendedor se alejó y volvió enseguida con el rifle. El hombre de ojos grises lo cogió, se lo llevó al hombro y lo bajó. Se lo devolvió al vendedor con un asentimiento seco y brusco.

—Muy bien, dos de estos —dijo—. Déme tres cajas de cartuchos del calibre .308. Estuches separados también.

El hombre sacó una pequeña libreta y anotó mientras los ojos grises inspeccionaban la sala hasta detenerse en las filas de escopetas del otro lado. Se dirigió hacia ellas y el vendedor se apresuró tras él. Los ojos de Ben se entornaron mientras se detenía ante las escopetas. Su mente repasaba probabilidades, situaciones, necesidades. No podía estar seguro. Era mejor estar preparado, equipado con las herramientas necesarias. Las escopetas no eran su

especialidad, aunque había aprendido a usarlas. Podrían tener sus usos y no tendría tiempo de volver a hacer otro pedido, ni tiempo ni forma.

El vendedor, que observaba su silenciosa reflexión, lo vio apartarse de las armas. —¿Aves acuáticas? —sugirió con cautela.

Ben frunció los labios mientras sus pensamientos volvían a dar vueltas. Aves acuáticas, repitió en silencio, patos, gansos, mayor alcance y más precisión, tiro de paso. No, decidió para sí, sus aves serían de caza en monte, presas que se levantan del matorral de golpe, un disparo rápido, preciso y letal.

—No, caza menor —dijo al empleado que esperaba—. Déjeme ver escopetas de doble cañón y también semiautomáticas.

El hombre se volvió y lo condujo hasta un Winchester Model 21 y un Browning Superposed. Mientras Ben examinaba las armas, sacó un Fox B-St y dos semiautomáticas, un Remington 878 y un Winchester 59 con cañón de fibra de vidrio.

—El ochocientos setenta y ocho es de calibre doce. Solo pesa tres kilos —comentó el vendedor. Ben levantó el arma. Serviría.

—Muy bien —dijo, y se la devolvió.

—¿Dos cajas del cuatro? —preguntó el vendedor, y Ben Martin asintió con la mirada dura e impasible.

—¿Se las enviamos? —preguntó el empleado.

—No, me las llevaré conmigo. Me las arreglaré —dijo Ben—. Pagaré en efectivo.

El vendedor no pudo ocultar del todo su sorpresa mientras escribía el pedido y el hombre corpulento contaba casi mil quinientos dólares en billetes nuevos y crujientes. Pocos clientes llevaban tanto efectivo encima hoy en día.

—¿Ninguna arma corta, Sr. Martin? —preguntó cortésmente.

—Tengo dos —respondió Ben. Tenía otro rifle, un Mauser que había conseguido de un pequeño traficante de armas semilegal en Jersey City, junto con dos revólveres Smith & Wesson del calibre .38. Se volvió y se entretuvo examinando el resto de las armas mientras esperaba, hasta que finalmente el vendedor regresó con un mozo del almacén y los estuches. Ben los recogió con sus grandes manos, asintió y entró en el ascensor cuando este se detuvo en la planta. Un

tipo sombrío, reflexionó el vendedor mientras las puertas del ascensor se cerraban. Educado, pero sombrío. Ni siquiera había esbozado una sonrisa. Miró los formularios que había rellenado para las compras, como exigía la ley. Ben Martin, leyó de nuevo. No había visto a ese hombre antes por allí, estaba seguro. Pero conocía bien sus armas. Era evidente que le habían enseñado bien. Bueno, el mundo estaba lleno de expertos de los que uno nunca había oído hablar, reflexionó mientras se dirigía hacia un cliente que esperaba.

Abajo, en el aparcamiento, Ben Martin depositó sus paquetes en el pequeño coche que había alquilado. Había ido al banco a primera hora, cuando abrieron, y había retirado lo que necesitaba de su cuenta comercial. La siguiente parada había sido la agencia de alquiler de coches, y ahora conducía de vuelta a la que había sido su primera parada del día antes de la tienda de armas: la pequeña habitación destartalada en el Lower East Side de Manhattan. Había recorrido las calles despacio, buscando un sitio así, y había visto el letrero escrito a mano en la fachada de una vieja casa de arenisca en mal estado. Había pagado el alquiler de un mes por adelantado, y la mujer, de pelo gris y rostro ceniciento, gruñó satisfecha. Había guardado sus pocas cosas en un armario y puesto su propio candado en la puerta, y ahora aparcó y llevó sus compras a la pequeña habitación.

Cerró la puerta con llave tras de sí, se sentó en la cama y abrió los estuches uno por uno. Pasó las siguientes cuatro horas examinando, cargando y desmontando cada rifle, engrasándolos, guardándolos en sus estuches y sacándolos de nuevo una docena de veces, hasta que cada movimiento fue fluido e impecable. Luego guardó las armas en el armario y encendió la lamparita cuando la noche empezó a colarse en la habitación. En una esquina había un hornillo; había comprado café, queso y pan, y se preparó algo de comer. Llevaba fuera casi dos días. Por la mañana se cumpliría el segundo, y pensó en Donna, en cómo la había dejado. Ella lo había oído y se había levantado. Cuando él salió de la habitación con la bolsa en la mano, estaba de pie en el umbral, observándolo.

—¿Adónde irás? —le había preguntado. No por qué, solo adónde; la pregunta nacida de un hábito vestigial.

—A cualquier sitio. Ya te avisaré. Quizá —dijo. Se había marchado entonces, dejándola allí plantada, porque no había razón para quedarse más. Había querido decirle que la amaba, pero no dijo nada. De algún modo le había parecido —no que careciera de importancia, quizá— pero sí totalmente falto de sentido ahora. Solo una cosa tenía sentido para él ahora, solo una cosa. Se quitó la ropa, se tumbó en la cama y puso el despertador barato que había comprado a las cuatro de la madrugada. Cerró los ojos enseguida y se durmió de inmediato, profundamente: el sueño de un hombre cuya vida se había vuelto singular y simple.

La luz del día teñía las calles aún quietas cuando dejó la habitación y cruzó a toda prisa hacia el West Side. La isla de Manhattan era estrecha en esa zona y había decidido ir a pie. El frescor de la madrugada aún no había dado paso al calor del día, pero la ciudad ya palpitaba y desprendía un olor rancio, como a melón pasado. Al acercarse a la calle, su calle, donde lo esperaba la tienda, se desvió hacia el callejón que discurría por detrás. No abriría hoy, como tampoco lo había hecho ayer. Había llamado a Pedro para decirle que permanecería cerrado un tiempo y le había dejado el salario de un mes en el banco. Ahora, esquivando un cubo de basura volcado, se detuvo ante la puerta trasera de la tienda de Art Gennaway. La puerta estaba cerrada con llave, pero sacó un destornillador del bolsillo y forzó la única ventana que había junto a ella. No había alarma, lo sabía. A Art lo habían robado, pero no las veces suficientes como para instalar una. La calle estaba demasiado concurrida hasta bien entrada la noche, y el callejón tenía su ración de amantes refugiados en las sombras, manos que buscaban carne a hurtadillas, lejos de miradas curiosas y padres protectores. Así que no había alarma, y los que vivían en la calle no tocaban las tiendas del barrio: una especie de pacto tácito entre vecinos.

Ben pasó una pierna larga por encima del alféizar de la ventana abierta, entró en la trastienda, avanzó hacia el frente y esperó detrás de una pila de cajas de embalaje. Art, como él, era madrugador, y no tendría que esperar mucho. A los pocos minutos oyó que abrían la puerta principal, y esperó hasta que el hombre mayor entró en la tienda, cerró la puerta tras de sí y encendió uno

de los aires acondicionados. Entonces lo llamó en voz baja, salió a la luz y vio el asombro en los ojos de Art Gennaway, luego la lástima y la compasión aflorando de golpe; Ben las rechazó todas con brusquedad.

—Quiero información, Art —dijo con brusquedad—. Eres uno de los viejos pilares de la calle. Sabes todo lo que hay que saber por aquí. —Observó cómo los ojos de Art Gennaway aguardaban, con un leve destello de alarma en su mirada redonda—. Quiero saber todo sobre Colardi y sus chicos, Art. Sé lo de la oficina de Carroll Street, pero quiero saber el resto.

—Si se enteran, estoy muerto, ya sabes, Ben —dijo el hombre.

—No se enterarán, te lo prometo —respondió Ben casi sin mover los labios—. Me lo debes, Art.

El hombre asintió, se encogió de hombros. —¿Qué quieres saber, Ben? —dijo.

—¿Dónde comen?

—¿Por la noche? El Veneto.

—Muy bien, pero durante el día, ¿bocadillos y café?

—Por aquí, en la cafetería de la esquina de Barclay. En Carroll Street tengo entendido que hay un pequeño local de comida para llevar a unas puertas de la oficina de allí.

La mente de Ben absorbió la información, grabándola al instante como un ordenador. —¿Dónde se van a los colchones? —ladró.

—A cuatro manzanas de aquí, una casa en Columbia Street, número veintidós.

—¿Has estado allí alguna vez?

—Sí, les instalé unos ventiladores especiales una vez, con paneles laterales que encajaban en las ventanas para que pudieran ver a través de ellas. —El hombre se detuvo; sus ojos se oscurecieron al mirar a Ben.

—Continúa —ordenó Ben. Art Gennaway negó con la cabeza.

—Ben, estarías cometiendo un suicidio. Lo que sea que estés pensando, olvídalo. Vete, llévate a tu esposa y sal de aquí —dijo el hombre mayor.

—La casa en Columbia Street, háblame de ella —dijo Ben. Art Gennaway suspiró y su rostro se alargó.

—La puerta da a un hueco de escalera. Las habitaciones están en el segundo y tercer piso. La planta baja es solo un almacén —dijo.

—¿Cuántas habitaciones en el segundo piso?

—Dos, justo al salir del rellano de la escalera, una a cada lado. El tercer piso es igual.

—¿Escaleras de incendios?

—Bajan por la fachada, pasando por las ventanas de la habitación delantera donde puse los ventiladores. Nadie puede subir ni bajar por ellas sin que lo vean. Es un lugar muy cerrado, como una fortaleza, Ben.

Ben asintió. Ya había descartado a medias el escondite, a menos que se convirtiera en una necesidad absoluta. Había otras formas de actuar.

—Dame cualquier otra cosa que puedas, Art, cosas personales —dijo.

—El que llaman Solly, ¿lo conoces? Bueno, tiene una tía en Mulberry, solo para él, pero a escondidas.

—¿Dónde en Mulberry?

—Ciento tres. Le instalé un aire acondicionado en su apartamento.

—¿Sabes su nombre?

—Florence Langer, segundo piso. Tiene un apartamento de una habitación, de esos que llaman estudios. Se pasa el día tumbada esperando a que Solly venga a tirársela cada noche, o casi.

—¿Ella no es una de ellos?

Art Gennaway negó con la cabeza. —No, no, es solo un juguete para Solly. Seguro que sabe que él es uno de los chicos de Joe Colardi, pero supongo que eso es todo lo que sabe. Mi primo vive en el edificio. Dice que es buena chica, que le tiene el apartamento listo a Solly y se porta bien. Cree que está enamorada de Solly.

—Será mejor que piense en alguien nuevo.

Ben se apartó y frunció los labios. Su mente no dejaba de trazar planes: encajaba piezas, descartaba, ajustaba, evaluaba.

—¿Dónde guardan los coches? —preguntó casi con indiferencia—. Sé que Colardi guarda el suyo en su casa de Englewood. ¿Y los sicarios?

—En el aparcamiento junto a Raffallo's, ya sabes el sitio. Allí aparcan los coches del sindicato.

—Un Cadillac largo azul oscuro y uno negro. ¿Qué más?

—Un Lincoln gris. Son los únicos coches de la organización que conozco. Los demás son coches particulares.

Ben se dirigió hacia la puerta trasera. —Gracias, Art. Nunca hablé contigo. Puedes contar con ello. —Desapareció antes de que el hombre mayor pudiera volver a llamarlo; se movía como una sombra. Quería alejarse de allí antes de que la calle despertara. Recorrió el callejón a paso rápido, salió por el extremo más alejado y cruzó las calles a grandes zancadas, aminorando el paso cuando estuvo a varias manzanas de la zona. Tenía toda una mañana por delante. Había mucho que hacer, mucho que preparar. Tenía que ser minucioso, cuidadoso. Así llegaría el éxito; la chapucería solo traía fracaso. También había aprendido bien esa lección. Aquí no había exploradores que trajeran información sobre posibles escondites, lugares ocultos y senderos. Tendría que hacer su propio reconocimiento, pero eso tampoco era nuevo. Lo había hecho muchas veces en las junglas oscuras y húmedas. Lo haría de nuevo ahora. Esta era simplemente otra clase de jungla.

CAPÍTULO DOCE

Es primera hora de la tarde y la muchedumbre del almuerzo ya ha vuelto al trabajo. Las calles devuelven al aire los vapores de calor, saturados de humos de gasolina, monóxido de carbono y el olor de demasiados seres humanos hacinados en un espacio demasiado pequeño. La pequeña cafetería de la esquina de Barclay Street está más vacía que llena; las dos camareras del mostrador y un hombre aprovechan para hacer una pausa, fumar un cigarrillo, tomar aliento tras el ajetreo del mediodía. Fuera, el ritmo de la calle se ha acelerado: trabajadores que empujan carretillas cargadas de cajas, camiones que retroceden y maniobran junto a los bordillos como si una marea invisible intentara arrastrarlos hacia la acera.

Enfrente de la cafetería, los viejos edificios tienen un pequeño desnivel en la fachada, una zona hundida junto a cada escalinata donde se amontonan cubos de basura metálicos. Detrás de un grupo de cuatro cubos se agacha un hombre, invisible para todos excepto para el gato cuyo lugar ha usurpado. Sus ojos, de un gris pizarra, escudriñan a través de una abertura entre los cubos que le ofrece una vista perfecta de la fachada de la cafetería. A su espalda, la puerta del sótano del edificio está entreabierta apenas unos milímetros, imperceptible para cualquiera que pase por la acera, un palmo más arriba. La puerta conduce a la sala de calderas del edificio y de ahí a una salida lateral. El hombre la ha inspeccionado con meticulosa precisión. Junto a él, apoyado contra uno de los cubos, hay un estuche de rifle abierto, con los soportes para el cañón y la culata vacíos. El arma ensamblada está en manos de Ben Martin, que se recoloca ligeramente al ver a dos hombres que se acercan a la cafetería. Uno es el que conduce el coche largo azul oscuro; el otro, el narigón al que llaman Traffico.

Ben Martin los ve entrar en la cafetería y levanta el cañón del .300 Weatherby. Ha traído el que no tiene mira telescópica. Desliza

el esbelto cañón de metal por el hueco entre los cubos y espera. Sabe esperar: con paciencia, con calma, con confianza. Sin embargo, una punzada de decepción le recorre el cuerpo. Esperaba encontrar a tres. Se mueve, ve las siluetas a través del cristal de la cafetería. Se incorpora sobre una rodilla y apoya la mejilla contra el frío metal del rifle. La sensación es buena: tan desprovisto de emoción como él mismo, firme, inquebrantable, a la espera. Los dos hombres salen de la cafetería con bolsas de papel en las manos, llevando pedidos para otros. Se detienen un momento, uno junto al otro, y el narigón, Traffico, lleva un pepinillo en la boca a modo de puro.

Ben Martin apunta al pepinillo y tira del gatillo. La cabeza de Traffico parece salir volando del cuerpo cuando el pepinillo estalla en verde y rojo y el hombre se arquea hacia atrás contra la entrada de la cafetería. La cabeza del segundo hombre escupe hueso, sangre y tejido antes de que tenga tiempo de reaccionar a la muerte de Traffico. Los gritos desgarran el aire denso. Hombres y mujeres se lanzan hacia cualquier refugio: un poste, una barandilla, la acera. Dentro de la cafetería, una de las camareras se ha desplomado y la otra, junto con el hombre, se ha refugiado detrás del mostrador; los pocos clientes que quedaban se esconden bajo mesas y sillas. Durante un largo instante los gritos continúan, luego cesan y dejan tras de sí un silencio incrédulo.

Pero Ben Martin ya ha desaparecido de detrás de los cubos. Ha dejado el rifle junto al estuche y atraviesa la sala de calderas con pasos rápidos y ligeros. Al llegar a la puerta lateral que da a la calle contigua, se sitúa tras ella y recoge el otro estuche de rifle que dejó allí. Sale a la calle por la puerta lateral, cruza al otro lado y camina con calma por la avenida. A su espalda, el momento de quietud ha dado paso al murmullo de voces y al sonido de gente que corre hacia la escena. Ben Martin sigue caminando hasta que, junto a un edificio recién encalado, gira bruscamente y entra en el sótano. Sube los escalones de dos en dos hasta el tercer piso, gira y se apresura por un pasillo estrecho hacia una ventana solitaria que da a la calle y linda con otra escalera. La ventana da al local comercial de Colardi Enterprises, una división local de la tapadera de Carroll Street en Brooklyn.

Ben se arrodilla junto a la ventana y esta vez tiene en las manos el Remington de corredera de largo alcance, con el cañón apoyado en el alféizar. Abajo, en diagonal al otro lado de la calle, reina un frenesí sombrío en Colardi Enterprises. Hombres con trajes caros entran y salen apresuradamente por la estrecha entrada de la oficina, sus rostros adustos más adustos aún de lo habitual. Se detienen en la entrada y justo fuera de ella, hablando en pequeños corrillos de dos y tres; en sus rostros duros y curtidos, la ira pugna con la incertidumbre. Ve salir a uno con la blancura de los vendajes todavía en la mano, y se echa el rifle al hombro. Matty se ha detenido a hablar con un hombre más bajo y corpulento, a un paso de la entrada.

Ben dispara de nuevo, solo dos tiros, perfectamente apuntados, certeros. Solo dos. Nunca dispaes más de lo necesario. Nunca te quedes para seguir disparando cuando deberías estar huyendo. La cabeza de Matty estalla como un géiser rojo mientras su cuerpo sale despedido hacia la acera, y el segundo hombre cae medio encima de él. Casi forman una cruz tosca donde yacen. Pero Ben Martin no lo ve. Ya baja por la otra escalera y sale del edificio.

Hombres con las armas desenfundadas salen corriendo de la oficina de Colardi Enterprises; miran a un lado y otro de la calle mientras se agachan, giran sobre sí mismos, atentos al chirrido de neumáticos o al rugido de un motor acelerando. Pero no hay nada, claro está, salvo los gritos de miedo de los transeúntes aterrorizados.

El pequeño coche de alquiler espera a solo una manzana, y cuando Ben Martin se acomoda tras el volante, el sonido de las sirenas policiales flota en el aire. Se aparta lentamente del bordillo y dirige el pequeño coche de vuelta al otro extremo de la ciudad, hacia la pequeña habitación sórdida. Sus labios esbozan lo que podría tomarse por una sonrisa. Una promesa ha empezado a cumplirse. El proceso de la justicia se ha puesto en marcha. Será más difícil, lo sabe, cuando se den cuenta de lo que ha pasado. Todavía no están seguros. Entonces se replegarán y vigilarán cada uno de sus movimientos. Y reaccionarán, y vuelve a sonreír. Su reacción será predecible, y él la usará en su contra. También lo han entrenado

bien para eso. Golpear, saber cómo reaccionará el enemigo y usar esa reacción en su contra. No es difícil, solo cuestión de mantener el control absoluto. No dejarse sorprender nunca y que el enemigo no sea más que un sorprendido.

Aparca el coche a dos manzanas de la pequeña habitación y recorre a pie el resto del camino, sube el único tramo de escaleras y deja el estuche del rifle en el suelo. Se quita los zapatos y la camisa y se tumba en la cama. El día ha sido largo y la noche aguarda algo concreto. Descansará hasta entonces. Un cálido resplandor lo envuelve. Habrá victoria, por todo lo justo y bueno, por un rostro risueño de mejillas suaves, por una pequeña vida apenas vivida. Pagarán aquellos que han convertido su sucia podredumbre en una parte aceptada de la sociedad. Y todos los que observan aprenderán, porque verán que la enfermedad rastrera, reptante y viscosa puede detenerse. Pero no mirando hacia otro lado, no con platitudes, no con debilidad, sino solo con ira, una ira imponente y devoradora que se niega a convivir con la injusticia.

Se deja deslizar hacia el sueño y cierra los oídos a los sonidos de la ciudad que se filtran en la habitación. Duerme, y cuando llega la oscuridad, con la humedad nocturna rozándole la piel, se despierta de inmediato. Prepara café y lo bebe a sorbos mientras se viste; luego, con el estuche del rifle en la mano, abandona la pequeña habitación. La casera está en los escalones de fuera cuando sale a la noche, y él la saluda con un gesto de cabeza.

Camina hasta Mulberry Street; va mirando los números descoloridos de las casas, por el lado de los pares, hasta que divisa el 103. Se mete en un portal unas casas más abajo, se funde con la penumbra y espera. Puede ver la casa y la ventana del segundo piso, y mientras observa, la ventana se abre y una chica asoma la cabeza y mira calle abajo con impaciencia. Solly llega tarde, por lo visto. La chica es joven, de cara redonda, guapa de una manera corriente, y él decide que su juventud es su mayor atractivo. Retira la cabeza, el cabello castaño hasta los hombros balanceándose hacia un lado, y cierra la ventana. Ben Martin se apoya en el portal. Ambos esperan a Solly, por razones distintas y con distinto grado de paciencia. Casi vuelve a sonreír.

Son las diez cuando Solly llega por fin, y Ben, alerta al instante, se yergue de inmediato. Ve que el rostro del hombre refleja problemas, preocupación, y los labios de Ben esbozan una sonrisa. Solly entra en el edificio y los ojos de Ben se desplazan hacia la ventana. Observa con una diversión distante, pero sus ojos siguen siendo de un gris pizarra, y ve a la chica aparecer un momento mientras baja la persiana. La luz de la habitación se apaga, pero queda un resplandor azulado: una lamparita de noche o una lámpara con pantalla de color, reflexiona. Bien. Así será mejor, más preciso. Ben cruza hasta el edificio en seis largas zancadas, entra en el pasillo del primer piso, que huele a rancio y está surcado por una red de grietas en el yeso. Se sitúa tras el hueco de la escalera, abre el estuche y monta el rifle. Espera un poco más. Quiere asegurarse de que Solly está completamente absorto. No está allí para enzarzarse en tiroteos. Está allí para dar un paso más hacia el final.

Finalmente sube los escalones de dos en dos, sigiloso como un gato. La puerta del apartamento queda a su izquierda; se agacha, saca una tarjeta de celuloide de la cartera y la desliza con cuidado por el borde de la puerta. No intenta forzar la cerradura: el ruido podría ser sorprendentemente fuerte. Pero al retirar la tarjeta ha averiguado lo que quería saber. La puerta solo tiene echado el pestillo automático. Una buena patada la abrirá de par en par. Pega el oído a la puerta, escucha un momento y oye la voz de la chica en jadeos rítmicos. Echa la pierna hacia atrás, apunta justo debajo del pomo y patea con fuerza demoledora.

La puerta se abre de golpe y ya está dentro, en la habitación bañada por la luz azul de una lamparita con bombilla de color. Solly sigue dentro de la chica, encima de ella, y Ben le ve la cara: miedo instintivo, automático, y asombro. Dispara a la desnudez carnosa del hombre, tres veces, mientras las piernas de ella aún lo aprisionan. Solly estalla en una lluvia roja cuando los potentes proyectiles lo destrozan, y la chica queda cubierta al instante de pedazos de carne desgarrada y vísceras derramadas, y grita, patea con furia, intenta apartarse. Pero Solly está encima de ella, literalmente un peso muerto, reteniéndola en un último abrazo, un último polvo mientras su cuerpo se estremece en los espasmos de la muerte.

—¡Quítenmelo de encima! —oye Ben gritar a la chica—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Solly, Solly! —Las palabras se funden en un largo grito histérico, ensordecedor, hecho de puro terror y repulsión. Ben tira el rifle al suelo, se aparta de los cuerpos desnudos, más rojos que blancos ya, y baja las escaleras. Otros corren hacia el edificio y se detienen al verlo. Él se encoge de hombros, señala con el pulgar hacia el segundo piso y pasan corriendo a su lado. Los gritos de la chica siguen desgarrando la noche mientras él sale a la calle, gira a la izquierda y se aleja sin prisa, con el sonido de más pasos precipitándose hacia el edificio. Se mete en un callejón, lo cruza hasta la calle siguiente y sigue su camino.

En poco tiempo la policía tendrá el rifle en sus manos, y por la mañana habrán localizado dónde lo compró y sabrán que él fue el comprador. El vendedor les dará una lista de todo lo demás que adquirió allí. A estas alturas, Joe Colardi ya ha hecho sus propias averiguaciones. Ya sabe que sus hombres no murieron en un ataque de una Familia rival. Ya está bastante seguro de quién mató a sus hombres, y ahora, con el rifle abandonado, la certeza será absoluta. Joe Colardi no podrá mirar hacia otro lado, y sentirá muchas cosas, Ben lo sabe. Primero, incredulidad. Su arrogancia se encargará de eso. Luego rabia, rabia furiosa, explosiva. Después tendrá que reaccionar, y lo hará con determinación despiadada. Pero además de todo eso, Joe Colardi sentirá algo más, algo que no se atreverá a admitir ni ante sí mismo, pero que estará ahí. Joe Colardi sentirá miedo, y con cada hora que pase ese miedo crecerá hasta que tenga que reconocerlo por lo que es. Y Ben no lo querría de otra manera, sonríe, de ninguna otra manera.

Cuando llega a la pequeña y sórdida isla que ha convertido en su hogar, su base de operaciones, se desnuda y se tumba en la cama sin poder dormir, bebiendo el café que ha preparado. Mañana la policía también lo buscará, pero no contarán con la ayuda de Joe Colardi. Aunque su miedo llegue a ser abyecto, el hombre no recurrirá a ellos. Eso va contra el código, la ley dentro de la ley, y siempre se aferrará a la esperanza de poder salvar la situación de algún modo. Además, Joe Colardi tenía sus propios amos. Siempre estaba Gennosanti, el Don. Él jamás permitiría que Colardi pidiera

ayuda a la policía. Pero, reflexiona Ben en la oscuridad de la pequeña habitación, ahora debe andarse con más cuidado con la policía. Con cuánto empeño lo buscarán es una incógnita. Donaldson se presentará en el apartamento a primera hora, a hablar con Donna. Ella no podrá ayudarlo, claro, pero él lo intentará con todas sus fuerzas. Querrá encontrar a su Ben por el bien de todos. Es un buen hombre, Donaldson. Aún es capaz de sentir. No ha dejado que el trabajo le embote la sensibilidad. Pero tiene un trabajo que hacer y lo hará, aunque sea a regañadientes.

Y Donna, ¿qué sentirá cuando lea los periódicos de la mañana? Puede entender, si se lo permite. Pero solo entender, nunca estar de acuerdo. Esa no es su forma de ser. Nunca podría serlo. No va con ella. Posee un tipo diferente de fuerza: la fuerza de soportar un dolor insoportable, la fuerza de quedar destrozada y vacía y aun así seguir adelante. Es una fuerza defectuosa, se dice. Se nos pide ser más que portadores de injusticia, guardianes del dolor. Se nos pide empuñar el escudo y la espada, la única defensa contra los carroñeros de esta tierra. ¿No podía ella verlo? Quizás, en algún rincón de la amargura en que se había convertido Donna, esa verdad seguía ahí, y ella lo sabía, y algún día la sacaría a la luz y la reconocería por lo que era. Pero ahora solo podía ver que nada de esto habría ocurrido si él hubiera cedido ante los hombres de Colardi aquel primer día que fueron a buscarlo. Así de simple. Era tan fácil escudarse en el amor y la preocupación. La más fácil de todas las evasiones.

Cierra los ojos y en el vacío negro ve una pequeña figura que se retuerce, que ríe, que corre hacia él. Hasta el último de ellos, murmura en silencio antes de que el sueño lo arrastre. Eso es lo único que importa ahora. Hasta el último de ellos.

Duerme hasta que el sol, que se filtra por la ventana cubierta de mugre, le toca el rostro, y entonces se levanta de inmediato, se afeita y se viste deprisa. Baja a comprar un periódico y se lo lleva a un restaurante. Los asesinatos, todos, son noticia de primera plana. La muerte de Solly recibe atención especial en los tabloides y no se agrupa con los demás. Hay especulaciones sobre un triángulo amoroso. Ben pide huevos y café, y esboza una sonrisa dura, fina.

Que los periódicos especulen para sus lectores. Joe Colardi ya sabe la verdad a estas alturas. Sabe que Solly fue asesinado por la misma persona que mató a los otros cuatro de sus hombres, y a estas alturas su reacción ya ha tenido tiempo de asentarse.

Ben aparta el periódico y ve que la chica está en el hospital, tratada por histeria. Quizá esto la haga más prudente a la hora de elegir amantes, reflexiona. Y Colardi estará dando instrucciones a sus hombres ahora mismo, cada una de sus acciones totalmente predecible. De hecho, no puede hacer otra cosa. Está prisionero de su falta de imaginación y de patrones arraigados que solo le dejan ciertas opciones. Incluso la guerra entre familias es una serie ritualizada de maniobras. Sorpresa, engaño, informantes, emboscadas: todos estos recursos son permisibles dentro del marco, la forma establecida de represalia: reagruparse, irse a los colchones, salir a hacer incursiones y, la más clásica, la emboscada, el puesto de vigilancia. Dentro de una hora, los hombres de Colardi estarán en la calle, haciendo preguntas, observándolo todo. Tendrá a los que vigilan y a los que preguntan, y todos se concentrarán en la calle, en aquellos junto a quienes Ben Martin había trabajado, los que conocen su cara.

Ben termina la tostada y los huevos, apura el último sorbo de café y deja el dinero en el mostrador. Echa un vistazo en busca de coches patrulla al salir del restaurante. Donaldson podría haber conseguido una foto suya para distribuir entre los agentes. Pero solo ve los camiones y taxis de siempre, y camina hasta una cabina telefónica. Los hombres de Colardi buscan pistas, y él va a darles el gusto. Les dará exactamente lo que quieren. Lo demás vendrá solo.

Marca el número de Art Gennaway, oye el jadeo de reconocimiento cuando habla, el deje de miedo en su voz. Art Gennaway no quiere verse involucrado de ninguna manera, lo sabe. Pero Art Gennaway es producto de su entorno. Sabe que es mejor involucrarse un poco que ganarse una enemistad innecesaria, y ahora, a ojos de Art, él es un elemento impredecible y peligroso.

—Ben, ¿qué quieres? —suelta Art, incapaz de contener la pregunta que se ha apoderado de él al instante.

—Hoy tengo que ir de un lado a otro, Art —dice Ben—. No siempre estaré cerca de un teléfono. Llama a Pedro de mi parte, a su casa, ya sabes el número. Dile algo por mí, Art.

—¿Decirle qué?

—Dile que compre un bolso de viaje pequeño y que lo lleve a la tienda, justo antes de que oscurezca. Dile que deje la puerta de entrada sin echar el cerrojo. ¿Entendido, Art?

—Ben, no querrás venir por aquí —protesta Art.

—Solo haz que Pedro haga eso por mí, Art. Estaré bien, créeme.

—Lo que tú digas, Ben. Lo llamaré —responde Art, y Ben percibe el alivio en la voz del hombre, alivio de que no le pida nada más.

—Gracias, Art —dice Ben y cuelga rápidamente. Camina desde la cabina telefónica hasta el pequeño coche de alquiler. Todavía tiene que recoger algunas cosas en una tiendecita de un callejón de Newark. El dueño había sido soldado de infantería en Vietnam, uno problemático, pero Ben le había ayudado a salir de varios apuros y el hombre había mantenido el contacto. Como era de esperar, se había metido en algo que rozaba la ilegalidad, casi siempre del lado equivocado: un comerciante de todo tipo de artículos, vendidos sin hacer preguntas. Mientras conducía por el Túnel Holland, Ben pensó en la llamada de Art. Pedro haría exactamente lo que le habían dicho, y Colardi tendría al menos a dos de sus matones vigilando la tienda. Verían a Pedro entrar con el bolso de viaje justo antes del anochecer y salir sin él, y lo verían dejar la puerta sin cerrar. Se les iluminarían los ojos de emoción y pedirían refuerzos de inmediato. Era evidente que su presa tenía intención de pasar por la tienda a recoger el bolso. Sería sencillo, perfecto. Solo tenían que esperar como buitres. Y en algún momento antes del amanecer, llamarían a Colardi a su casa para decirle que Ben Martin había sido acribillado. Ben esbozaba una sonrisa amarga al salir del túnel por el lado de Jersey. Tenía todo lo que necesitaba para esa noche, pero después de esa noche no habría más tiempo para recoger nada, no habría más tiempo para nada salvo cumplir una promesa.

CAPÍTULO TRECE

Joe Colardi acababa de hablar por teléfono con todas sus oficinas y sus lugartenientes cuando llegó la llamada del Don. Cerró la puerta de la biblioteca y descolgó el auricular con los labios apretados. Tras el accidente del niño, había llamado al Don para contarle lo sucedido. El Don se había mostrado muy callado, con un desagrado inconfundible, un tono gélido en sus escasas palabras.

—Una pésima decisión desde el principio —había dicho el Don—. Deberías haberte asegurado de que nada saldría mal.

Joe recordaba cómo había respondido de inmediato, echándole la culpa a Frankie el Vigilante y a Tony. Al fin y al cabo, era la pura verdad. La incompetencia había sido de ellos. El Don no había dicho nada, ni a favor ni en contra, y él se había apresurado a continuar, usando los mismos argumentos que se había repetido a sí mismo. Había irradiado confianza por teléfono, asegurándole al Don que, pese al desafortunado accidente, todo les había salido bien al final.

—Espero que tengas razón, Joey —había dicho el Don con voz plana, sin emoción—. Pero no estoy contento. Todo este asunto huele a problemas. Mantente en contacto.

Joe no había mencionado la llamada de Ben Martin. Era mejor no sacar el tema, y ahora, al descolgar el teléfono, notaba la boca seca.

—Esto no pinta bien, Joey —dijo el Don tras un saludo seco—. Nada bien. Este hombre es un problema.

—El tipo está loco —dijo Joe.

—No lo has calado bien desde el principio —dijo el Don con voz gélida—. El *consigliere* me dijo que te aconsejó mantenerte alejado de este hombre.

—Don, el tipo tiene que estar loco. O sea, ¿enfrentarse a mí, a todo el *régimen*? ¿Qué otra cosa puede ser sino un loco?

—Creo, Joey, que hay mucho que no sabes sobre la gente, demasiado —dijo el Don, de nuevo con aquella voz gélida.

Joe Colardi sintió que se le tensaba la mandíbula y que el estómago se le hacía un nudo. —Mira, el tipo está prácticamente muerto —dijo—. Tengo a todos buscándolo. Lo encontraremos.

—Creo que lo encontrarás cuando él quiera que lo encuentres —dijo el Don con suavidad, la voz gélida. «¿Qué demonios quiere decir con eso?», se preguntó Joe, guardándose la pregunta.

—Qué va, lo encontraremos —respondió.

—Estate preparado cuando lo hagas —dijo el Don—. Mávalo, Joey, y rápido. Espero que puedas hacerlo, por tu propio bien.

Joe notó que los dedos se le agarrotaban alrededor del teléfono y se obligó a abrir la mano y relajar los músculos. —¿Dónde está Annette? —preguntó el Don—. ¿Y Stella?

—Las metí en un avión a Miami. A casa de Russo —dijo Joe rápidamente, esperando aprobación. El Don estaría complacido. Siempre había que cuidar de la familia, especialmente de la sobrina favorita de un Don.

—Esperaba algo así de ti —dijo el Don, y no había aprobación en su voz, ni siquiera satisfacción, ni en las palabras ni en el tono. Joe notó que se le encendía el rostro, cada vez más oscuro.

—El tipo está loco. Podría haber ido a por Stella por lo que le pasó a su hijo, ¿no? —soltó Joe.

—No.

La palabra quedó suspendida en el aire, cargada de condescendencia, casi de sombría decepción. —Cuando esto termine, tú y yo tendremos que hablar, Joey —dijo el Don, y Joe oyó cómo se cortaba la línea. Colgó de golpe y maldijo en voz alta. Joder, siempre era más fácil criticar a toro pasado. Ya le demostraría al viejo cabrón. Nada parecía satisfacerlo, pero se lo demostraría. Pondría a los muchachos a cazar a Ben Martin las veinticuatro horas hasta que lo atraparan.

Fue a la cocina y llamó a Louie, su chófer. Louie también hacía de cocinero cuando tocaba, y Joe le pidió un sándwich de jamón y queso y un café. Se acercó a las ventanas, con las cortinas medio corridas. Solo había dos guardaespaldas junto a la verja. Había

mandado a todos los demás a peinar las calles de Nueva York en busca de Ben Martin. Al mirar por las ventanas, sintió una punzada de inquietud y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, donde guardaba el Smith & Wesson .38 Centennial de cañón corto. DiGrasso y Carli eran los dos hombres en la verja, dos de los mejores. Detectarían a cualquiera o cualquier cosa fuera de lo normal. Se dio la vuelta, se sentó junto al teléfono y empezó a llamar a algunos de los números de contacto en South Brooklyn. Eso lo mantendría ocupado durante horas. Nunca se le había dado bien esperar. Si los muchachos no conseguían nada, tendría que salir él mismo a hacerse cargo.

Era media tarde y había tomado demasiado café. Tenía el estómago revuelto y amargo. Estaba pensando en qué otra cosa podría beber cuando sonó el teléfono. Era Frankie el Vigilante, que llamaba desde la cabina de Barclay Street. Estaba alterado, y Frankie no se alteraba fácilmente. Martin iba a ir a su tienda a recoger una maleta, le contó Frankie, poniéndolo al día de lo que habían visto. Lo único que tenían que hacer era esperar, solo esperar, y sería pan comido. Joe Colardi se recostó tras colgar y lo invadió una abrumadora sensación de alivio. A solas, en la intimidad de la biblioteca, podía permitírselo, y se echó a reír, despacio al principio, luego más fuerte. Llamaría al Don. Pero no hasta que todo terminara, no hasta que pudiera servirle a Ben Martin en bandeja. Esa llamada la iba a disfrutar. Le había dicho a Frankie a quién poner de vigilancia con él y le había dado instrucciones precisas. Para esto solo quería gente curtida y de confianza. Iban a llenar al cabrón de plomo hasta que tardaran una semana en vaciarlo.

—¡Louie! —gritó a través de las puertas cerradas—. Prepárame algo de comer, comida de verdad. Tengo hambre.

CAPÍTULO CATORCE

El día está llegando a su fin, pero las calles de la ciudad se aferran al calor con una posesividad vengativa, negándose a dejar que la noche disfrute de la frescura. En los tejados viejos y desgastados de los edificios estrechos y torcidos, el alquitrán se ha derretido hasta volverse pegajoso en algunos lugares, y en todas partes está blando al tacto. Los canalones metálicos y las viejas piezas de baldosas del borde aún queman, pero en el tejado de un edificio concreto hay un pequeño oasis rectangular de frescura. Es una lona empapada en agua fría en una bañera, y un hombre yace sobre ella. Se está secando rápido, pero ha cumplido su propósito durante la última hora del calor del sol.

Ben Martin yace con la cabeza en el extremo mismo de la lona, casi al borde del tejado, desde donde puede asomarse por encima del alero. El edificio es bajo, de solo cuatro pisos, pero está perfectamente situado, y lo ha elegido porque desde el tejado puede ver toda la calle. La tienda está algo más allá de la mitad de la calle, contando desde las esquinas más cercanas a él, y su campo de visión abarca ambas esquinas del extremo opuesto. Nada queda fuera del alcance de su rifle, nada puede escapar de él. Incluso las esquinas casi directamente debajo de él no suponen una trayectoria demasiado pronunciada. Observa cómo el crepúsculo desciende y se convierte en oscuridad, cómo se encienden las farolas, y se acerca más al borde del alero. Las luces ayudarán, por supuesto, pero ya ha grabado todo lo que hay abajo en su mente. Podría disparar y dar en sus objetivos en la oscuridad.

Abajo, los buitres estaban todos posicionados y esperando, ya allí cuando él subió al tejado y se tumbó bajo el sol de la tarde.

A mitad de camino hacia la esquina, en diagonal a la tienda, una figura está sentada en la acera, con la espalda contra el edificio, vestida con los harapos de un vagabundo. Pero permanece

demasiado tiempo en un solo lugar incluso para el vagabundo más borracho, y mira con demasiada fijeza en una sola dirección. Frente a él, en un portal, una segunda figura permanece oculta salvo por alguna mirada furtiva ocasional hacia la calle. Pero el grueso de los asesinos que esperan está en el coche aparcado en la esquina del fondo, un sedán negro y discreto. Hay cuatro hombres en él, el alto y delgado llamado Frankie el Vigilante al volante. Han llegado temprano para no arriesgarse a perder a su presa. Los ojos grises de Ben Martin se entrecierran. No lo perderían. Sabrían que estaba allí.

Sus ojos recorren la calle de un extremo a otro. Su emboscada seguía el patrón clásico. Los dos vigías esperarían hasta que él entrara en la tienda. Habían comprobado que no había puerta trasera, así que harían señales a los demás y esperarían a que reapareciera. El coche se lanzaría calle abajo, una escopeta disparando desde él. Los dos vigías mantendrían sus posiciones como refuerzo en caso de que tuviera la suerte de escapar de la ráfaga del coche. Ben se retira unos centímetros del borde, gira la cabeza y examina los dos edificios más altos a cada lado del tejado. Ya los ha investigado. Uno tiene los dos pisos superiores cerrados por un incendio, el otro se usa como taller de impresión de sobres y todas las ventanas laterales están pintadas. Nadie lo mirará desde ninguno de los dos edificios. Se vuelve de nuevo hacia la calle de abajo. Estará llena de gente hasta pasada la medianoche, gente que avanza lentamente, y observa el movimiento de la multitud, un patrón perezoso y letárgico no muy diferente de los arroyos lentos y estancados de Vietnam. Y en la esquina lejana, el sedán aparcado y los cuatro hombres dentro, esperando.

Y en el tejado, él espera. Un estribillo selvático pasa por su mente y apenas sonríe. Observará a los observadores y matará a los asesinos. Lo repite en su mente, saboreando el sonido, y estira el cuerpo mientras la noche avanza y las horas se funden unas con otras. No tiene hambre ni sed. Ha aprendido a controlar esos deseos, su mente y su cuerpo entrenados para postergar los placeres. Pero levanta el rifle de inmediato cuando ve que se abre una puerta del coche y uno de los hombres sale. El hombre se apresura y desaparece de la vista al doblar la esquina. Ben mantiene

los ojos en el coche hasta que el hombre regresa unos minutos después, haciendo malabares con tres recipientes de café. El hombre pasa los recipientes al interior del coche y luego sube él mismo. Ben baja el rifle a su lado. Tiene el gran .300 Weatherby Magnum, el que tiene mira telescópica, y lo acuna contra sus costillas. La calle empieza a vaciarse, las multitudes menguan. Es una noche calurosa, y habrá pequeños grupos de personas en algunos de los escalones de entrada durante toda la noche, lo sabe. No estarán en su camino.

Unos faros aparecen en la esquina del fondo, moviéndose lentamente, y observa el coche patrulla rodar por la calle. El coche gira en la esquina debajo de él, rodea la manzana, y ve sus faros de nuevo en la esquina lejana. Los dos policías que van dentro han dado la vuelta para echar un segundo vistazo a los ocupantes del sedán aparcado. Pero no harán nada, lo sabe. Hay muchas reuniones en coches aparcados en esta calle. El coche patrulla avanza lentamente, calle abajo, gira en la esquina cercana y desaparece de la vista. Ben Martin comprueba el reloj y se acerca al alero con el rifle de alta potencia. La calle de abajo se ha vaciado, dejando solo a las pocas personas agrupadas en los escalones descascarillados. Pronto habrá inquietud en el coche, lo sabe. No saben esperar como él. Nunca han esperado días enteros en una sabana sofocante y plagada de alimañas. Levanta el rifle, apoyándolo en el borde del tejado, estabilizándolo. Mira a través de la mira telescópica y el coche aparece de repente cerca, frente a él, los rostros de los dos hombres tras el parabrisas borrosos pero lo bastante claros para apuntarles. Mueve el rifle de derecha a izquierda y de vuelta, y luego lo gira rápida y bruscamente hacia abajo y a la derecha; el vagabundo en la acera se materializa en la cruz de la mira. Repite el procedimiento cuatro veces y luego, satisfecho, aparta el ojo de la mira y observa por encima del cañón del rifle.

De repente las dos puertas delanteras del coche se abren. Ben acerca el rostro a la mira de inmediato. Frankie el Vigilante y el otro hombre se estiran, mueven la cabeza en semicírculo, relajan los músculos del cuello agarrotados. La cabeza de Frankie está centrada

en la mira. Ben presiona el gatillo, una presión lenta y constante. Ve la cabeza de Frankie explotar como un tomate aplastado contra una pared. Mueve el rifle una fracción, dispara de nuevo. El segundo hombre fuera del coche recibe la bala en el cuello. Le abre un agujero enorme y la cabeza parece caerle de los hombros. Ben baja el rifle ahora. El vagabundo se ha puesto de pie de un salto, una pistola en la mano. Se agacha, gira presa del pánico, tratando de averiguar de dónde han venido los disparos, cuando la tercera bala lo alcanza. A través de la mira, Ben ve al hombre golpear la pared y quedarse clavado un largo momento, como si estuviera pegado a ella.

El motor del coche ruge al arrancar y Ben levanta la vista para ver el coche, las puertas que se cierran de golpe mientras sale disparado de la esquina. Se dirige calle abajo, hacia él; el conductor acelera furiosamente. Uno de los dos de atrás había trepado al asiento del conductor, y ahora el coche empieza a frenar, girando hacia la esquina, aún a toda velocidad, los neumáticos chirriando en protesta. Ben apunta hacia el lado del conductor del parabrisas. La oportunidad de disparar desaparecerá en segundos, en cuanto el coche llegue a la esquina y la tome derrapando. Dispara, bombea balas, ve el cristal del parabrisas hacerse añicos. Continúa disparando y ve el coche tambalearse, empezar a girar; su velocidad lo arrastra en un semicírculo. Rebota en el primer escalón de entrada, baja de él, se estrella contra la barandilla, golpea otro escalón, se inclina como un velero en una tormenta y se catapulta de lado por la calle hasta estrellarse de frente contra una farola. La explosión desgarró la noche con un resplandor amarillo y el sonido de metal aplastándose contra metal.

El hombre en el tejado ya está guardando el arma en el estuche, y en segundos baja la escalera y sale por la parte trasera del edificio. Cinco, cuenta, cinco más. Todavía quedan varios. Y todavía está Joe Colardi. Pero les ha dado un golpe duro. Están tocados. Y la noche aún no ha terminado. Pero ellos pensarán que sí. Pensarán que ha terminado por esta noche. Una vez más, es parte de su mentalidad arraigada. Cuando las familias están en guerra, cuando hay un ataque, un golpe, esa es la jugada del

momento. Siempre se deja tiempo para una respuesta, tiempo para gritar basta o para responder con un ataque similar. Así funcionan ellos, y una vez más él usará sus propias reglas en su contra.

Camina deprisa bajo el cielo gris del amanecer. Da un rodeo, atraviesa un callejón, pasa por otro edificio y llega a una vieja casa de vecindad. Allí recorre un pasillo estrecho hasta el fondo, donde hay una puerta pequeña que está abierta. Enfrente está la casa del número 22 de Columbia Street. La casa está en silencio, con las ventanas cerradas y las persianas bajadas. Ben espera, y la espera no se prolonga. Ve al hombre que había estado en el portal acercarse a medio correr, apresurándose hacia la casa. Tiene el rostro macilento y ceniciento, los ojos hundidos, la expresión de un hombre que ha rozado la muerte. Llama a la puerta: dos golpes cortos, silencio, y otros dos. Pasa un instante, y luego se oyen voces amortiguadas tras la puerta mientras Ben observa. La puerta se entreabre, luego se abre más y el hombre se cuela dentro. Ben saca el gran Weatherby de su funda, lo recarga y se lo apoya contra el pecho. Tiene el rifle apuntando a la puerta cuando esta se abre. Tres figuras salen de la casa: el que había estado en el portal y otros dos, con los trajes caros arrugados y las camisas desabrochadas. Bajan aprisa los pocos escalones, con rostros graves y ceñudos, hablando agitadamente.

Ya es de día cuando Ben apunta con la mira telescópica. A la luz del alba, piensa mientras aprieta el gatillo. Dispara una y otra vez, barriendo con el rifle de un lado a otro, y las tres figuras parecen ejecutar un extraño ballet moderno de giros bruscos y movimientos convulsos, hasta desplomarse sobre el pavimento en un final estremecedor. Ben Martin lanza el rifle fuera del portal, lo ve caer junto a las tres figuras inertes, y luego se esfuma hacia el pasillo, lo recorre con pasos cortos, rápidos y silenciosos, y en segundos está en la calle siguiente, alejándose a toda prisa. Ha sido una buena noche, reflexiona satisfecho. Ahora le toca a Joe Colardi, antes de que traiga demasiados refuerzos de fuera o huya. No espera que huya, pero tampoco lo descarta. Esta noche, Colardi ya no podrá negar el miedo, al menos no ante sí mismo. Y el miedo será su aliado, eso Ben lo sabe. El miedo se instalará en Joe Colardi,

un visitante indeseado del que no podrá librarse. Y tendrá que demostrarse a sí mismo que no tiene miedo. Y morirá por ello.

Ben llega a la pequeña habitación en el otro extremo de la ciudad. Se quita la ropa y se queda dormido casi al instante. Las promesas cumplidas son las mejores.

CAPÍTULO QUINCE

Joe Colardi se sentía pequeño en aquella habitación enorme, abrumado. El aparador de madera oscura lo observaba amenazante desde arriba, la cómoda tenía un aire implacable, y el gran escritorio resultaba pesado e inflexible. Un reloj de pie alto se alzaba en una esquina de la habitación, y en la esquina opuesta había esbeltas plantas de caucho en macetas. Las persianas estaban bajadas, y una pequeña lámpara proyectaba la única luz. Podría haber sido de noche, aunque apenas era mediodía. Había recibido la citación del Don para una reunión personal y había acudido de inmediato.

Se removió nervioso en la silla. En cierto modo, agradecía la reunión, incluso la necesitaba. Había intentado que Tony Gracchi le prestara a algunos de sus muchachos. Necesitaba más hombres para cubrirlo todo y seguir buscando a ese cabrón grandullón. Pero Gracchi se había negado. Sin el permiso del Don, no cooperaría. Así que la reunión era una necesidad, se dijo Joe. Oyó una puerta que se abría y se puso de pie de inmediato. El Don exigía respeto en todo momento. Joe vio al hombre entrar por una puerta lateral, y detrás de él, siguiéndolo paso a paso, su hombre de confianza, Lucianti. Mientras Joe observaba al Don dirigirse al escritorio, Lucianti se fundió en la esquina del reloj de pie. Don Gennosanti se sentó tras el escritorio y asintió a Joe, con el rostro serio. Su cabello gris parecía más oscuro bajo la luz tenue, pero el rostro arrugado resultaba ilegible, una máscara que no revelaba nada.

El Don era alto para ser siciliano, con unas manos aún capaces de estrangular a un hombre sin esfuerzo. La calma exterior — algunos la llamaban gélida— era su sello distintivo. Solo sus ojos revelaban la profunda intensidad del hombre, ardiendo con una llama azul que nunca se apagaba. Don Gennosanti cruzó las

enormes manos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante; su voz era suave, pero sus palabras eran espadas desenvainadas.

—Estoy muy descontento contigo, Joey —comenzó—. Tu manejo de este asunto va de mal en peor.

Joe Colardi contuvo la ira y endureció el gesto.

—Ese cabrón ha tenido suerte, eso es todo —dijo—. Lo atraparé.

—Sí, como tus muchachos lo atraparon anoche —dijo el Don. Joe empezó a protestar, pero cerró la boca cuando aquellos ojos de llama azul se clavaron en él—. Te tendió una trampa —dijo el Don—. Dejó que lo encontraras, dejó que creyeras que lo tenías. Y era él quien te tenía a ti.

—Es *pazzoide* —soltó Joe.

—¿*Pazzoide*? —repitió el Don, y Joe vio cómo apretaba ligeramente los labios. Un pequeño suspiro cansado escapó de aquel rostro arrugado e inmóvil.

—No, no, este hombre no, Joey. No está loco —dijo Don Gennosanti. Joe creyó ver un destello de compasión en los ojos de llama azul del Don. ¿O era lástima? Joe sintió que la ira lo invadía al instante.

—Solo necesito un poco más de tiempo y unos cuantos hombres más —fanfarroneó Joe—. Lo pillaremos en cuanto asome la cabeza.

—No lo creo, Joey —dijo el Don con suavidad—. Dime, Joey, ¿qué sabes de este hombre?

Joe se encogió de hombros. Se sentía como en la escuela, cuando debería haber tenido respuestas y no tenía ninguna.

—Otro operador de poca monta —dijo—. Un coñazo.

—Cuando clavó el abrecartas en la mano de tu muchacho Matty, ¿eso no te dijo nada? ¿Es esa la reacción habitual de un operador de poca monta cualquiera? —preguntó el Don.

Joe se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa, donde se le pegaba a la piel.

—Así que era un tipo duro —respondió, molesto por lo patético que sonaba de repente. El Don lo estaba haciendo quedar como un idiota. Una expresión de dolor cruzó fugaz el semblante gélido e

inmóvil, y el Don alargó la mano hacia una hoja de papel cuidadosamente colocada en una esquina del escritorio. Cogió la hoja y Joe distinguió los párrafos mecanografiados a un solo espacio.

—Me temo que es más que eso, amigo mío, mucho más —dijo el Don—. No es simplemente un operador de poca monta, ni un tipo duro sin más. Llamé a algunos contactos bien situados y conseguí información sobre este hombre. El señor Ben Martin fue soldado en Vietnam, un soldado especial, uno de quizás media docena de hombres como él. Era un especialista.

—¿Qué clase de especialista?

—Un especialista en asesinatos, en objetivos seleccionados a mano, siempre en lo más profundo del territorio enemigo o en lugares donde el trabajo resultaba complicado. No solo matar, entiéndeme, sino asesinar. La CIA y los muchachos de Inteligencia del Ejército elegían los objetivos: generales importantes, ciertos funcionarios, a veces incluso peces gordos de Vietnam del Sur que estaban causando problemas. Cada objetivo requería mucho cuidado para acercarse a él, y aún más para matarlo. Pero hacer el trabajo y salir limpio era quizás lo más importante de todo, y para eso lo entrenaron.

El Don dejó la hoja de papel sobre el escritorio.

—Un especialista, Joey, eso es lo que era: un especialista en asesinatos, en rastrear objetivos seleccionados, en aparecer y desaparecer como el viento de la noche. Me dijeron que hasta el Vietcong lo temía y lo respetaba.

—Se le puede atrapar —dijo Joe con obstinación.

—Con tiempo, cualquier cosa puede pasar. Mientras tanto, ha aniquilado el corazón de tu *regime*, trece hombres en dos días, Joey. Y seguirá haciéndolo.

—No, yo llegaré a él.

Don Gennosanti se recostó en la silla, y en sus ojos de fuego azul prendió una nueva llama.

—No puedes entenderlo, ¿verdad, Joey? —dijo—. Todavía crees que caerá en alguna trampa que le tiendas. Eres un necio, Joey. E incluso ahora sigues viéndolo solo como un coñazo. No entiendes a este hombre en absoluto, y nunca lo entendiste. Nunca viste que era

uno de esos a los que no podemos alcanzar. Ese era el verdadero peligro de este hombre entonces, y ese es su verdadero peligro ahora.

Joe Colardi se removió en la silla, notando cómo el sudor le pegaba los pantalones a la piel.

—Lo que está haciendo ya no te perjudica solo a ti y a tu *regime* —continuó el Don, con una brusquedad repentina en la voz—. Está perjudicando a todas las Familias. Ya he recibido llamadas de Antonio, de Emilio y también de los Gannotti. Los periódicos lo están convirtiendo en una especie de héroe del pueblo. Está demostrando que no somos tan fuertes, que no hay que temernos, y eso no es bueno, no es bueno en absoluto. Y todo es culpa tuya, Joey, todo.

—Dame diez hombres más y lo atraparé —dijo Joe Colardi; las palabras le salían a borbotones mientras pequeñas gotas de sudor le perlaban la frente—. Vendrá a por mí. Haremos que le parezca fácil, y cuando lo haga lo haremos pedazos.

—*iSchiocchezze!*

El Don descargó un enorme puñetazo sobre el escritorio. —Todavía no lo ves. Solo piensas de forma lineal, como una máquina. Se reirá de ti, y mientras se ríe matará a más de los nuestros. No, no más hombres, no ahora.

—Maldita sea, le dije que fue un accidente con el maldito crío. ¿Es que no puede entenderlo?

—Creo que él entiende mucho más que tú, Joey —dijo Don Gennosanti, y ahora había una tristeza profunda en su voz. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio y se quedó mirando al vacío durante un largo minuto. Exhaló un largo suspiro al volverse hacia Joe Colardi.

—Haz lo que quieras por ahora, Joey —dijo—. Voy a hablar con la esposa. Iré a verla.

—Los policías tienen vigilancia las veinticuatro horas en su apartamento. Creen que él podría aparecer allí —dijo Joe.

—Están perdiendo el tiempo. Pero que vigilen. Nada me impide visitar a la mujer. Quiero verla, a solas.

—Dame otras cuarenta y ocho horas y lo tendré —declaró Joe, aferrándose a un momento de confianza forzada. El Don se estaba levantando, despidiéndolo; la reunión había terminado. Su confianza se evaporó y la aprensión ocupó su lugar. Tenía que intentarlo de nuevo. —Déjame a mí —dijo—. Me encargaré de él.

—Está bien, Joey —dijo el Don, y Joe lo miró rápidamente a los ojos de fuego frío; la aquiescencia inesperada lo pilló por sorpresa. Era un hombre extraño, el Don, decidió Joe. Siempre había algo que no decía en sus respuestas. Se dio la vuelta —el Don ya salía de la habitación por la puerta lateral— y se apresuró a marcharse, aliviado de alejarse de aquellos ojos insondables.

En la pequeña habitación contigua, el Don se volvió hacia su guardaespaldas. —Vamos de inmediato —dijo—. Que venga Johnny con nosotros.

—¿Y la mujer? ¿Y si ha dejado el apartamento, si se ha ido? —preguntó el guardaespaldas.

—Está allí. Llamé al número y contestó ella. Colgué enseguida —dijo el Don. Se dirigió al pasillo con la espalda erguida; el hombre que iba detrás hizo señas a otro en el corredor y ambos se colocaron tras la figura de anchas espaldas. Afuera, el Don se detuvo y entrecerró los ojos ante el resplandor mientras el calor del día lo golpeaba. Su casa, en el barrio de Bay Ridge en Brooklyn, tenía una verja de hierro alrededor de la modesta propiedad, pero carecía de ese aire de fortaleza amurallada que tenía la casa de Joe Colardi. Sin embargo, si uno sabía qué buscar, podía ver las figuras, solas o en parejas, apostadas discretamente alrededor de la casa y, flanqueándola, una casita anexa. El coche se acercó y el Don subió atrás, solo. Mientras el coche se alejaba rumbo al norte de Manhattan, pensó en Joe Colardi. Casi sentía lástima por él, pero la compasión era un sentimiento que no podía permitirse en asuntos de negocios. Además, aborrecía la estupidez y la incompetencia. No, Colardi había sido un error, un intento de darle al marido de Annette la oportunidad de llegar a lo más alto. Joey podría haber manejado los problemas corrientes, reflexionó el Don; había sido bastante hábil en los asuntos rutinarios de la Familia. Pero, claro, cualquiera puede manejar lo corriente. Por supuesto, este Ben Martin era cualquier

cosa menos corriente. Pero un hombre realmente capaz, un *caporegime* con futuro, lo habría visto de inmediato. Habría actuado con cautela, habría pedido consejo, habría escuchado. Pero Joe había tenido demasiada prisa por llegar lejos sin tener con qué. El Don suspiró mientras el coche avanzaba por la autopista que bordeaba la ciudad. Problemas, siempre problemas. Este, sin embargo, le había dejado poco margen de maniobra, una situación que siempre le disgustaba.

Cuando el coche se detuvo frente al complejo de edificios de clase media, limpio y espacioso, notó el coche patrulla camuflado estacionado en el extremo más alejado de la calle. Otro estaría vigilando la entrada trasera del edificio, por supuesto. Informarían puntualmente de su visita, y los hombres del fiscal del distrito se quedarían a la espera de novedades. Siempre eran rápidos para actuar cuando podían, pero nunca rechazaban ayuda cuando les convenía. Para la policía, Ben Martin era un asesino, un loco homicida al que había que atrapar. Para Joey, era un lunático incomprensible. El Don sonrió con ironía. Ya lo habrían atrapado si solo fuera eso. De hecho, nada de esto habría sucedido si fuera tan simple. No entendían, ninguno de ellos comprendía de qué iba realmente todo aquello, la esencia misma del asunto. Pero este Ben Martin sí entendía, él entendía y sabía, y había que detenerlo. Deberían haberlo dejado en paz, una isla en el mar de los indecisos, los débiles, los que transigen. De esos había de sobra. Podrían haberlo aislado. Un riesgo calculado, por supuesto, pero uno que él habría asumido, reflexionó el Don. Pero ya era demasiado tarde para todo eso.

Salió y les dijo a sus dos guardaespaldas que se quedaran en el coche. Dentro del edificio, consultó el directorio, pulsó el botón del ascensor automático, y al momento estaba frente a la puerta del apartamento, tocando el timbre una vez, un toque ligero y cortés.

La mujer abrió la puerta y lo miró con ojos vacíos, agotados. Llevaba pantalones y una blusa blanca sin mangas. Tenía porte, incluso ahora con los ojos perdidos.

—Mi nombre es Gennosanti, señora Martin —dijo. Donna vio al hombre que tenía delante hacer una reverencia, una reverencia

cortés a la antigua usanza mientras se presentaba, e intentó recordar de qué le sonaba el nombre. Le resultaba vagamente familiar.

—¿Puedo entrar? —preguntó con voz suave, casi un susurro—. Quiero hablar con usted sobre su esposo.

Donna se encogió de hombros en señal de asentimiento y abrió más la puerta. Él volvió a hacer una media reverencia, un gesto automático, decidió ella, conservado de otra era, otro mundo. No era un hombre especialmente corpulento, pero irradiaba grandeza; tenía el rostro fuerte, con un atisbo de crueldad en la línea recta de los labios. Volvió a darle vueltas al nombre en la cabeza y una sospecha fue tomando forma, se hizo real mientras él hablaba.

—Quiero poner fin a estos asesinatos —dijo el hombre—. Las cosas se han hecho muy mal desde el principio, de manera inexcusable. Uno de mis hombres ha cometido un error terrible. Quiero intentar evitar que las cosas empeoren aún más.

—Señor Gennosanti —dijo Donna, saboreando el nombre—. Usted viene de parte de Colardi, ¿es eso?

El Don esbozó una sonrisa, una sonrisa irónica y paciente.

—Colardi, señora Martin, es un engranaje menor en mi organización, un engranaje que ha dado muchos problemas —dijo—. Me han dicho que todo lo que sucedió fue un accidente. Las cosas nunca debieron suceder como sucedieron. Pero, por supuesto, eso no significa nada. Sucedió.

Vio un cambio en los ojos de ella, vio la pregunta amarga que se formaba en ellos, y se apresuró a responderla antes de que la pusiera en palabras. Con las palabras a menudo venía un muro que impedía seguir entendiéndose, seguir comunicándose.

—No, no vine aquí solo para decirle eso, ni para pedir perdón. Sé que eso no serviría de nada. Vine aquí porque quiero ponerme en contacto con su esposo.

Donna dejó escapar una risa a medias. —La policía también ha venido por lo mismo —dijo—. Ben no vendrá aquí. Sabe que lo están esperando afuera. Y no tiene razón para venir. Ya no queda nada aquí para él, para nosotros.

El Don frunció los labios. —No estoy seguro de estar de acuerdo con eso, Sra. Martin —dijo con aire pensativo—. Creo que se pondrá en contacto con usted, probablemente por teléfono, pero lo hará.

—Aunque lo hiciera, no le serviría de nada. No me escucharía ni a mí ni a usted. Ya ha ido demasiado lejos.

—No, no demasiado lejos. Los tribunales harían lo imposible por ser indulgentes. La prensa defendería su caso: el hombre agraviado llevado al extremo por el dolor. Alegarían circunstancias atenuantes para todo. Y él podría negarlo todo. Nadie presentaría cargos.

—¿Nadie presentaría cargos?

—No. No es nuestra forma de actuar.

—Por supuesto. Su Colardi simplemente lo haría matar en cuanto apareciera. Esa es su forma de actuar.

—Tiene mi palabra de que eso no sucederá si él acepta cooperar conmigo, poner fin a esto. Le daré cien mil dólares en efectivo. Pueden irse, vivir el resto de sus vidas con comodidad. Dígaselo cuando él la llame. Dígale que quiero hablar con él al respecto.

—Ofrece dinero. Viene aquí y ofrece dinero. No le creo, Sr. Gennosanti. Me reiría si pudiera. Cree que todo tiene un precio, ¿verdad? Cien mil, diez veces cien mil, ¿cree que eso puede recomponer lo que se ha destrozado para siempre? ¿Cree que puede ponerle precio a la vida de un niño pequeño?

El Don negó lentamente con la cabeza. —Me juzga mal, Sra. Martin. No dije eso. Hay cosas que no tienen precio. Lo entiendo muy bien. Su esposo y yo, ambos lo entendemos, así como ambos entendemos dónde radican los verdaderos problemas. No le estoy ofreciendo un precio por nada. Le estoy ofreciendo el mañana, otra oportunidad de futuro.

Los ojos de Donna se encendieron. —¿Ofrece el mañana? Está ofreciendo algo que ya no existe. Ya no hay mañana. Solo hay días, uno tras otro, nada más. Mi esposo está más allá de mí ahora, más allá del mañana, más allá de usted, más allá de todo excepto una cosa. —Hizo una pausa, luchando por controlarse, obligándose a

mantener la compostura—. Su Joe Colardi hizo eso —dijo con voz tensa—. Ben diría que tuvo ayuda. No sé qué pensar al respecto. Solo sé que no queda nada.

—Siempre queda algo, Sra. Martin —dijo Don Gennosanti—. Siempre queda algo.

Clavó en la joven sus ojos de fuego frío, sosteniéndole la mirada con firmeza mientras la evaluaba y sopesaba sus palabras. Sacó del bolsillo una pequeña tarjeta blanca grabada. En la parte inferior figuraba su número de teléfono privado.

—Por favor, Sra. Martin, si tiene noticias de su esposo, dele este número. Pídale que me llame. Dígale que podemos llegar a un acuerdo. Si el dinero no le interesa, dígale que tengo algo más que ofrecerle que sí le interesará —dijo él.

Ella no extendió la mano para tomar la tarjeta, sino que permaneció en silencio e inmóvil ante él. Él dejó la tarjeta sobre la mesa.

—Ha sido muy amable al recibirme —dijo con suavidad—. *Buona sera.*

Se inclinó ante ella de nuevo mientras ella lo observaba, se dio la vuelta y salió del apartamento. Afuera, bajó en el ascensor que lo esperaba y se dirigió al coche. Ella había rechazado su oferta para su esposo, y había hablado del mañana desde su propio dolor. Pero era una mujer, y las mujeres nunca sueltan el mañana, no del todo. No pueden. Para un hombre, el mañana puede ser un sueño, una ambición, el momento de hacer algo que aún no ha hecho. Para una mujer, el mañana es su razón de ser. La mujer existe para el mañana.

Sus palabras permanecerían con ella. Subió al coche, que se alejó lenta y suavemente de la acera.

CAPÍTULO DIECISÉIS

De los diez hombres que custodiaban la casa amurallada, seis eran nuevos, mano de obra contratada que trabajaba por un sueldo, y Joe Colardi los miró sin poder ocultar su disgusto. Pero no estaba en posición de ponerse exigente. Había pedido refuerzos después de que el Don le negara más hombres de la Familia, y estos seis fueron los que aparecieron. Recaderos, corredores de poca monta, nada. Pero tenían ojos, oídos y armas, y eso era todo lo que podía esperar de momento. El Don cambiaría de opinión, le daría más ayuda, lo sabía, pero mientras tanto no pensaba quedarse sin protección. Este Ben Martin era capaz de intentar cualquier cosa.

Ese pensamiento hizo que Joe se volviera de inmediato hacia los operarios que tendían el cable en lo alto de los muros que rodeaban la casa. Miró a Sammy (el Mezclador) Shapiro, que supervisaba el trabajo. Había llamado a Sammy para que instalara el cable electrificado en lo alto de los muros. Las Familias siempre recurrían a Sammy para ese tipo de trabajo. Sabía lo que se necesitaba, nunca hacía preguntas y era hermético como una almeja. Además, era el experto en este tipo de cosas, un mago de la electricidad autodidacta, con mil atajos bajo la manga, maestro de lo improvisado. Joe recorrió con la mirada el cable que ahora coronaba los muros. Si el gran cabrón intentaba pasar por encima, acabaría frito para siempre. Sammy tenía a sus hombres dale que te pego para terminar antes del anochecer, que quedaban solo unas horas, y Joe lo vio bajando tramos de cable desde lo alto del muro, por donde más cerca quedaba de la casa.

Joe sonrió. Esperaba que Ben Martin viniera a por él. Si el hijo de puta conseguía burlar a los chicos de fuera, el cable se encargaría de él. Los chicos de adentro también le meterían unas cuantas balas. Aquí tenía todas las cartas, se dijo Joe Colardi. Aquí era el amo y

señor. Su némesis tenía que acercarse para atacarlo aquí, y eso sería su perdición. Joe echó una última mirada al cable mientras entraba en la casa. Cuando todo terminara, lo haría quitar, por supuesto. No quedaba bien en el vecindario tener el lugar coronado con cable electrificado. Entró en la casa sintiéndose seguro.

El poste de la luz estaba a dos manzanas de la casa de Colardi. De él colgaban líneas de teléfono y de electricidad. Era uno de una larga hilera de postes que se extendía por las calles arboladas. Desde cerca de la cima se tenía una vista despejada de la casa de Colardi. Se podía ver por encima del muro más cercano, el espacio abierto y la casa que quedaba al fondo, tras la verja. El hombre en lo alto del poste llevaba el mono de un operario, un casco de obra y gafas de seguridad. Con unos alicates grandes en la mano y el ancho cinturón de seguridad rodeándole la cintura y el poste, parecía ajustar los soportes del cable y revisar los cables colgados de los ganchos. Pero, mientras trabajaba, sus ojos grises escrutaban a través de las gafas de seguridad la casa amurallada, observando cómo tendían el cable sobre los muros. Unos pequeños prismáticos le ayudaban a distinguir los detalles. Sus labios se curvaban en una sonrisa sombría. Cable electrificado, gruñó para sus adentros. Sería un problema, pero no insalvable.

Lo retrasaría. Tendría que dedicar otro día a localizar los circuitos eléctricos principales de la zona, para asegurarse de identificar los cables correctos de la casa amurallada. Los hombres que instalaban el cable electrificado no tenían tiempo para montar circuitos complejos con interruptores automáticos y otros refinamientos propios de una valla electrificada en condiciones. Conectarían los cables a la red eléctrica de la casa en algún punto, lo sabía. Así que habría que cortar la electricidad desde fuera. Retrasos, gruñó de nuevo. Pero solo retrasos, no derrotas.

Había subido y bajado tres o cuatro veces por los pequeños peldaños metálicos clavados en el poste, quedándose arriba cada vez el tiempo justo para completar su plano mental de la casa y los probables puntos de vigilancia dentro y fuera de los muros. Pero ya no atacaría esa noche, y era mejor así. Había algo más que tenía que hacer primero. No había tenido intención de hacerlo, pero de

repente se había convertido en algo apremiante, una necesidad que surgía de lo más hondo de su ser. Ya no había intentado encontrar razones para ello. Estaban ahí, fueran las que fueran, y en el fondo daba igual. Todo lo que importaba era que tenía que hacerlo, tenía que verla una vez más.

Pero los ojos gris pizarra volvieron a examinar la escena de actividad febril, recorriéndola de un lado a otro tras las gafas de seguridad. Cuatro o cinco de los matones de Colardi holgazaneaban dentro del recinto amurallado. Otros dos estaban fuera, frente a la verja. Los del cable casi habían terminado de colocarlo todo. Ir a por Colardi quedaba descartado por ahora, hasta que encontrara la manera de quitarse el cable de en medio, pero le fastidiaba irse sin dejarle algo de qué preocuparse y sudar. Ben Martin examinó a los pistoleros de nuevo. Todos llevaban revólveres, por supuesto, inútiles para ellos a la distancia que necesitarían para alcanzarlo. Y su coche estaba justo abajo, esperando, con el gran rifle Remington de largo alcance —el otro que había comprado— metido bajo el asiento delantero. Reflexionó un momento, saboreando sus pensamientos. Dos disparos, decidió, dos más de ellos eliminados de una vez por todas. Y Colardi sabría que no estaba a salvo en ninguna parte, que nunca estaría realmente a salvo. Pero ¿podía hacerlo sin riesgo?, se preguntó de nuevo. Asintió con la cabeza, casi imperceptiblemente.

De nuevo, tenía todas las ventajas de su lado para lo que pretendía hacer. Él abriría fuego primero, nada de juegos suicidas de tiroteos con ellos. Pero los dos primeros disparos harían que todos se pusieran a cubierto, una reacción automática. Entonces se darían cuenta de que los disparos venían de lejos. Saldrían, con cautela, nerviosos, y acabarían abriendo la verja para desplegarse en su busca. Él ya estaría de camino a la ciudad mientras ellos siguieran a cubierto. Con rapidez y decisión, metió los alicates en el bolsillo del mono, bajó del poste y se desenganchó el cinturón de seguridad. Arrancó el motor del coche y lo dejó al ralentí un momento para que se calentara. Giró el coche para encarar la carretera de vuelta a la ciudad, sacó el rifle de debajo del asiento y volvió a subir al poste,

con el arma pegada al costado en vertical, hasta llegar cerca de la cima. Los dos que holgazaneaban fuera de la verja, decidió.

Levantó el rifle en un movimiento rápido y fluido, colgado del poste por el ancho cinturón de seguridad, con ambas manos libres. Disparó, dos veces, apuntando a través de la mira telescópica. Esperó solo lo justo para ver a los dos hombres salir despedidos contra la verja, como si, de un modo extrañamente grotesco, intentaran atravesarla a zarpazos. Se dejó caer medio deslizándose por el poste, se desenganchó el cinturón de seguridad, lo tiró al coche, y en cuestión de segundos estaba al volante, con el coche ya en marcha calle abajo, rumbo a la autopista que llevaba a la ciudad. Volvió a meter el arma bajo el asiento delantero para que quedara oculta. A su espalda, ya a varias manzanas de distancia, Joe Colardi estaba agachado junto a la ventana de la biblioteca, mirando hacia fuera, donde los demás se habían parapetado tras los árboles, pegados al muro o tirados en el suelo junto a la casa. Joe tenía el arma en la mano, esperando. Pero no hubo más disparos. Solo silencio, y un lento removerse. Desde la ventana podía ver las dos siluetas contra la verja, casi colgando de ella, tiñendo de rojo el hierro negro.

—¡Hijo de puta! —masculló, con la voz convertida en un ronco medio susurro—. Maldito hijo de puta.

Sería una pérdida de tiempo enviar a alguien a buscarlo, Joe Colardi lo sabía, una pérdida de tiempo. Fue a la puerta y la abrió de golpe.

—¡Metedlos dentro, joder! —gritó—. ¡Quitadlos de la verja!

Joe Colardi volvió a guardarse el arma en el bolsillo. Tal vez el cabrón no había visto que estaban tendiendo el cable, murmuró para sus adentros. Tal vez simplemente había pasado, soltado dos disparos y vuelto a tener suerte. Tal vez al hijo de puta todavía le esperaba una sorpresa. Descolgó el teléfono y llamó a Ionanti, el de la funeraria.

Cerca de la caseta de peaje en el lado de Jersey del puente George Washington, el pequeño sedán negro se detuvo sin prisa y luego siguió su camino hacia la ciudad.

CAPÍTULO DIECISIETE

Donna Martin se despertó de golpe, incorporándose en la cama. Llevaba solo la parte de arriba del pijama. Notó los pezones erectos, presionando contra la fina seda, y un hormigueo en la piel. Algo la había despertado, no un ruido, no un sonido, al menos no que ella percibiera, y su mirada fue a parar al reloj de la mesita de noche. Eran casi las dos de la madrugada. Se bajó de la cama, el suelo ligeramente frío bajo sus pies descalzos, y frunció el ceño en medio de la oscuridad. Sintió que no estaba sola y avanzó con cautela, aguzando el oído. Pero no se oía nada. Llegó a la puerta y pulsó el interruptor que había tras la esquina de la moldura, en la otra habitación. La luz, brillante y repentina, la deslumbró. Pero no había nada, y la apagó enseguida. Fue hacia la cocina con la garganta seca, olvidándose del incidente. Ya no existían noches de sueño, solo despertares bruscos y, a veces, gritos de angustia que brotaban de lo más hondo de sus sueños.

Al pasar por el baño, se detuvo al ver la ventana abierta. No recordaba haberla dejado tan abierta, y entró en el pequeño cuarto para cerrarla. Una mano surgió de detrás de la puerta y le tapó la boca, y al instante oyó una voz. El miedo que se había apoderado de ella se esfumó con la misma rapidez, y se quedó inmóvil mientras la mano seguía sobre su boca.

—Soy yo, Donna —dijo la voz, y ella vio la gran figura oscura salir de detrás de la puerta del baño mientras la mano se apartaba de su boca. Retrocedió hacia el salón y él la siguió. Había luna llena, y su luz azulada se filtraba por la ventana; ella vio el rostro fuerte, ensombrecido, como tallado en piedra.

—Ben —logró articular, un suave jadeo de su nombre—. ¿Cómo has entrado?

Él señaló la ventana del baño.

—Desde el tejado. Até una cuerda y descendí por la pared exterior.

—¿Pasando por delante de todos los apartamentos?

—A esta hora no había nadie despierto. Tuve suerte.

Se quedó frente a ella, con los ojos clavados en los suyos, y el silencio cayó entre ellos como un muro.

—No deberías haber venido —dijo ella al fin. Preocupación. Él sonrió con amargura. Un hábito, como todos los hábitos, que no se abandona tan fácilmente.

—Están vigilando las dos entradas —añadió ella—. Donaldson ha venido dos veces.

—Me lo imaginaba —dijo Ben.

—¿Por qué has venido?

La pregunta lanzada de soslayo, con el rostro apartado.

—Olvidé despedirme —respondió él. No era mentira, pero tampoco toda la verdad; era lo mejor que podía decir—. Quería verte una vez más —añadió.

La miró, vio cómo ella se volvía para sostenerle la mirada. Las piernas largas, de una belleza suave en la penumbra, la esbeltez flexible, una fuerza frágil en ella.

—Gennosanti estuvo aquí —dijo ella sin más—. Vino a verme. Parecía seguro de que contactarías conmigo.

—¿Eso dijo?

Ella asintió.

—Le dije que no lo harías. No estuvo de acuerdo conmigo.

Hizo una pausa y apartó la mirada un momento.

—Tenía razón.

—¿Qué quería?

—Quería que te dijera que lo llamaras. Me dio una tarjeta con su número. Está sobre la mesa.

Hizo una pausa de nuevo.

—¿Qué más? —insistió Ben.

—Ofreció dinero, cien mil dólares —dijo ella.

—Si paro.

—Sí.

—¿Qué le dijiste?

—Que te reirías de él.

—Tenías razón.

La miró, intentando descifrarla. Ella le sostuvo la mirada sin moverse.

—Dejarías que parara, ¿verdad? Dejarías que Colardi se saliera con la suya y siguiera como si nada —dijo Ben con amargura.

Donna se encogió de hombros.

—No porque no me duela —dijo—. No porque no me importe.

—Solo porque aún no puedes ver.

—No sé qué veo, qué entiendo. Pero ¿tanta muerte, tanta venganza, va a traer de vuelta al pequeño Ben? ¿Va a cambiar algo? ¿Va a cambiar lo que pasó?

—No, no puede cambiar el ayer, pero quizá pueda cambiar el mañana. Quizá no haya otro pequeño Ben en el futuro.

—Mañana —dijo ella, escupiendo la palabra—. Eso es lo que Gennosanti dijo que nos ofrecía: un mañana.

—No hay mañana. Lo sabes, Donna.

Ella mantuvo un silencio obstinado, sin asentir ni disentir. Él habló con voz neutra:

—Siempre estará entre nosotros, siempre estará ahí como ahora —dijo—. Para ti, podría haber habido otra salida, algún acuerdo, si yo no hubiera reaccionado así. Para mí, era la única manera. Pero el pequeño Ben está muerto, y para ti nunca me libraré de mi parte de culpa, sea mucha o poca.

El silencio se prolongó y ella le sostuvo la mirada sin vacilar. Finalmente, tras una profunda inspiración, habló, y él percibió la amargura en su voz.

—Puede que siempre esté ahí, pero lo estás usando como excusa —dijo—. Como excusa para lavar tu conciencia. Tendrás tu venganza y tu satisfacción. Y tu razón, también la salvarás.

—Quizá se aprenda algo de todo esto —dijo él en voz baja.

—¿De verdad? —preguntó ella con brusquedad—. ¿Puede salir algo bueno de tanta muerte y terror?

—Tiene que ser así —dijo él—. Tiene que ser así.

Ella se volvió, entró en el dormitorio y se quedó junto a la ventana. Él la siguió y se detuvo, contemplando los suaves

contornos de sus pechos bajo la camiseta del pijama, su dulce belleza mientras la bañaba la luz azul translúcida. Mañana volvería a lo que aún le quedaba por terminar, pero había venido por un último anhelo de tenerla, una forma de cerrar también. Habían empezado deseándose, luego poseyéndose, y había algo justo en que volviera a ser así ahora. Pero solo si ella lo entendía. Dio un paso hacia ella, la vio volverse y mirarlo, inmóvil. Se acercó más y ella siguió observándolo, y cuando estuvo aún más cerca, vio que lo esperaba, con los ojos oscuros, profundos pozos de dolor teñidos de un deseo terrible que apartaba todo lo demás. Extendió la mano hacia ella y ella se quedó completamente quieta mientras él le desabotonaba la camiseta del pijama y se la deslizaba de los hombros. Ella se quedó con las piernas juntas, distante, silenciosa, mientras él la volvía hacia sí, y entonces, de repente, como un dique que revienta, se lanzó contra él, con los labios sobre los suyos, la lengua una exigencia frenética en su boca.

—Ben, oh, Dios mío, Ben —suspiró contra él, y ya estaban en la cama, ella ayudándolo a quitarse la ropa, recorriéndolo con los labios. Él se dejó caer a su lado y le agarró las caderas con sus grandes manos, subiendo los dedos por el abdomen hasta los pechos menudos, y los sintió erguirse bajo su tacto, pequeños pezones erectos de deseo. Las manos de ella estaban en su espalda, atrayéndolo sobre sí, y arqueó el pecho izquierdo hacia él, queriendo que sus labios lo envolvieran entero, luego retirándose rápidamente, escapando de su boca solo para ofrecerle el otro. Él bajó los labios desde sus pechos, recorriendo el centro del vientre, y ella tembló; siguió bajando sobre la pequeña curva convexa del abdomen, y ahora ella se estremecía. Se detuvo allí, pasando la lengua por el borde de la pequeña elevación oscura, y la oyó gemir, oyó el deseo en sus pequeños sonidos animales, y los labios de ella se abrieron, invitando a los suyos, alzándose para mostrar su néctar como una flor que se abre rogando a la abeja que pruebe su miel.

Él respondió, y lentamente al principio, luego más rápido, la hizo retorcerse y arquearse y gritar, y entonces, de repente, casi con salvajismo, ella se apartó de él y giró el cuerpo para buscarlo con la boca, gritando en un éxtasis absoluto y total mientras lo hacía, y se

quedó con él, devoradora, insaciable, y luego, finalmente, subiendo para cerrar las piernas en torno a él. Atrapado en ella como en un torno, en su locura salvaje entre llanto y risa, él se dio la vuelta y entró en ella. —Dios mío, Dios mío —gritó ella—. Oh, Ben, Ben, por favor, por favor. —El largo cabello castaño de Donna caía en cascada sobre ambos mientras él le tomaba el pecho en la boca y volvían a ser uno, moviéndose como uno, retorciéndose como uno, acumulando instantes como uno hasta que él sintió que se expandía, fuera de control ya, la carne y la sangre al mando absoluto, y sintió cómo ella lo apretaba en respuesta. Ella se arqueó, se quedó quieta, tembló y jadeó, y la noche fue luz, oscuridad estallando, y todo lo que había y habría jamás quedó suspendido en ese único instante.

Ella se aferró a él después, se volvió contra él, los pezones apenas rozándole el pecho, pequeños toques de sensualidad que tensaban las terminaciones nerviosas justo bajo la piel, incluso ahora, en el agotamiento que siguió a su unión. Él la dejó yacer allí, con el brazo izquierdo debajo de ella, la mano en su espalda, y contempló su larga belleza de vara de sauce, esa eternidad de jarrón etrusco que era ella. Ella yacía en silencio con él y él quería aferrarse a la noche, hacerla atemporal, solo para ellos dos aquí y ahora, que no cambiara nunca, que no terminara nunca. Los poetas hablaban de capturar momentos para la eternidad. Él sabía que no era así. Los momentos te capturaban a ti para la eternidad.

Oyó sus piernas rozarse entre sí, un sonido suave, íntimo, y ella se movió, incorporándose a medias sobre un codo para mirarlo, el pecho izquierdo apretándose contra el de él, aplastándose deliciosamente. Él bajó la mirada hacia ella y vio que la oscuridad de sus ojos contenía una pregunta. Pero no preguntó nada. En cambio, hizo un comentario. —Llama a Gennosanti, Ben —dijo con suavidad. Él la miró fijamente y ella captó la pregunta que se formaba en sus ojos y respondió de inmediato—. No, no por el dinero. No lo tocaría. Pero escucha lo que tiene que decir.

—¿Por qué? —preguntó Ben.

—Quizás sea hora de terminar con la matanza, Ben.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Él se volvió, le tomó el rostro entre las manos, palmas enormes que casi lo ocultaban. —Es demasiado tarde, Donna. Lo sabes —dijo con suavidad.

Ella se liberó de sus palmas y sacudió la cabeza. —Eso no lo sé. Quizás él tenía razón, Ben.

—¿Sobre qué?

—Sobre que serían indulgentes contigo. Los periódicos estarían de tu lado. Nadie te vio directamente matar a nadie. —Le miró a los ojos—. Pero tú lo admitirías, por supuesto. Aun así, harían todo lo posible por ayudarte.

—¿Y nosotros? ¿Hay un mañana para nosotros? —preguntó él.

Ella le sostuvo la mirada un momento, luego la apartó. —No lo sé, Ben. Quizás. No lo sé. —Hizo una pausa—. Podríamos intentarlo.

—Intentarlo no funcionaría. Tendrías que saberlo, primero, desde el principio. Tendría que estar ahí de nuevo, como antes. No lo lograríamos si no fuera así.

—No tengo miedo de intentarlo.

—Sabes que nunca lo lograríamos solo intentándolo. Lo sabes. Tendrías que saberlo, primero. Y no lo sabes, Donna. No lo sabes y ambos lo sabemos.

—Y esta noche, ¿qué fue esta noche para ti, Ben?

Él se encogió de hombros, no con indiferencia sino con impotencia. —Un momento. Quizás intentaba decir que lo siento. Algo que tenía que pasar. Un punto final, quizás. No estoy seguro.

Ella mantuvo los ojos fijos en él y él supo que no tenía mejores respuestas que las suyas. —No quiero un punto final. Quiero que termine la matanza.

—Cuando Colardi esté acabado.

—¿Victoria?

—Pago.

—Está bien, pero no solo pago. El bien sobre el mal. Eso sigue siendo lo tuyo.

Él se encogió de hombros de nuevo y ella vio cómo la mandíbula se le endurecía. —Todo está conectado aquí —dijo.

Las manos de ella se movieron hacia su pecho, cálidas contra su piel. —Llama a Gennosanti, Ben. Escucha lo que quiere decirte. —

Lo dijo como una afirmación con una súplica oculta en alguna parte y entonces, de pronto, se incorporó y bajó la mirada hacia sus manos en el regazo, los pechos alzándose en las puntas, como los de una niña.

—¿Quieres oír algo terrible, Ben, algo que me revuelve el estómago y me avergüenza? —dijo—. Casi me cayó bien, Ben, casi me cayó bien. Parecía tener una especie de sabiduría que me hacía sentir casi protegida. Y parecía entenderte mejor de lo que yo te he entendido, conocerte mejor de lo que yo te conozco.

Los labios de Ben esbozaron una sonrisa tenue. —¿Gennosanti? Sí, él entendería. Gennosanti entendería, y ahora está dispuesto a perder sin perder realmente —dijo Ben.

—Y tú no puedes permitir que eso suceda.

—No voy a ganar sin ganar —dijo Ben—. Eso no es suficiente, no ahora.

—Y yo no sé si hay un mañana para nosotros. Quizás no lo haya. Quizás sea demasiado como para olvidarlo. Pero no lo sé y no quiero que ocurra nada más por ahora.

Ella se volvió hacia él de nuevo, extendió la mano, la posó sobre su muslo, la deslizó hacia arriba para acariciarlo, y se recostó, enterrando el rostro contra él, acunándolo con su cuerpo. Permaneció allí en silencio mientras él le acariciaba el cabello, y luego, al levantar la cabeza, miró el pequeño reloj de la mesita de noche. Era casi el amanecer. Tenía que irse antes de que la luz lo atrapara.

—Donna —susurró. Ella levantó la cabeza, comprendiendo al instante, y lo dejó apartarse. Él se vistió rápidamente bajo su mirada, el pequeño rostro de ella serio, los ojos profundos y oscuros llenos de dolor otra vez.

—¿Llamarás a Gennosanti? —la pregunta estaba llena de cansancio, envuelta en una angustia contenida.

—Sí —respondió. La miró y ella se levantó rápidamente; su cuerpo esbelto se deslizaba en la tenue luz. Fue a la otra habitación antes que él, tomó la tarjeta de la mesa y se la entregó. Él se la guardó en el bolsillo. Se volvió y avanzó con pasos suaves y felinos hacia la ventana del baño. La luz llegaría en cuestión de minutos. Se

acomodó de lado para pasar por la ventana y agarró la cuerda que colgaba con sus enormes manos. Ocupando por completo el marco de la ventana, agachó la cabeza y la miró. Ella permanecía de pie observándolo, su desnudez difusa, una blancura de contornos suaves en la oscuridad, como suspendida en la espera. Buscó palabras, no encontró ninguna, y se impulsó desde la ventana. El extremo de la cuerda osciló, llevándolo hacia fuera; levantó las piernas, apoyó los pies contra la pared y, tirando de la cuerda, trepó por la fachada vertical del edificio hasta perderse de vista en la oscuridad.

Creyó ver su rostro por un momento, asomado a la ventana, pero no estaba seguro.

Al llegar a la azotea se arrodilló un momento, con los brazos temblorosos por el esfuerzo, doloridos y protestando. Dejó la cuerda allí, cruzó las azoteas contiguas hasta llegar al otro extremo de la calle y desapareció en el interior del último edificio. Cuando la mañana tocó la ciudad, él ya se había ido.

Las persianas de la pequeña habitación estaban bajadas, pero el sol del mediodía se colaba por los bordes y proyectaba formas alargadas contra las paredes cuando se movió y despertó. Se levantó lentamente, se quedó en calzoncillos e hizo café, que bebió con calma. La mitad del día había pasado, pero aún tendría tiempo de empezar a buscar los cables eléctricos principales en los alrededores de la casa de Colardi. Sus ojos se posaron en los pantalones colgados sobre la silla. La pequeña tarjeta blanca estaba en el bolsillo, y un gesto sombrío le cruzó el rostro de inmediato. Le había prometido que llamaría y lo haría. Gennosanti había logrado llegar a ella. Con todo lo que había pasado, con todo lo que él representaba, había llegado a ella. La había alcanzado con sus palabras sobre el mañana. La oferta del dinero sería rechazada, y el hombre entendía demasiado como para no haberlo previsto. Pero había sido un catalizador, una fuerza para poner en marcha las ruedas de la esperanza, una expresión tangible de una necesidad intangible.

Gennosanti entendía, sin duda. Sabría que no había nada de qué pudieran hablar, reflexionó Ben. ¿Por qué quería el hombre que llamara? ¿Esperaba subir la apuesta hasta un punto que no pudiera rechazar? ¿Pensaba que ya se había hecho suficiente para llegar a un compromiso, con el dinero como puente? ¿O era su vanidad tan grande que creía poder convencerlo de que se rindiera? No era un pensamiento descabellado, pensó Ben. El hombre confiaría plenamente en sus habilidades para negociar; su vida estaba construida alrededor de dos polos, agresividad y negociación, un constante malabarismo entre ambos para lograr sus fines.

Ben se levantó, se afeitó y se vistió. Llamaría. Lo había prometido, y era momento de cumplir promesas. Cuando bajó las escaleras y salió al sol abrasador, se detuvo un instante para recorrer la calle con la mirada en busca de coches patrulla o agentes a pie. Precaución, siempre precaución. El entrenamiento seguía ahí, resurgiendo cuando la necesidad lo requería. Había creído que eso había quedado atrás, que era una parte acabada de su vida, y se había equivocado. Precaución, le habían inculcado, la diferencia entre la vida y la muerte. Lo habían elegido porque llevaba la precaución en la sangre, y la disciplina para no bajar nunca la guardia. Y ahora, aquí, volvía a ser la diferencia, entre promesas cumplidas e incumplidas, pago y no pago.

Caminó por la calle bajo el sol abrasador, que añadía ruido e irritación al ambiente. Pasó de largo las cabinas telefónicas de la esquina, que parecían saunas, y encontró un restaurante que se vaciaba tras el almuerzo. Se deslizó dentro y el frescor lo recibió con alivio. Un hombre sostenía un periódico en el mostrador de la caja, con los titulares proclamando que dos *mafiosos* más habían sido asesinados. Ben sonrió para sus adentros mientras localizaba la cabina telefónica y cerraba la puerta tras él. Sacó la tarjeta blanca e impecable del bolsillo y marcó el número. El teléfono sonó tres veces y oyó que descolgaban. La voz al otro lado era suave, cautelosa, contenida incluso en esa única palabra. —¿Sí? —dijo la voz.

—Soy Ben Martin —declaró.

—Ben Martin —repitió la voz suavemente, casi como si saludara a un viejo amigo—. Me alegro de que haya decidido llamar. Sí

contactó a su esposa. Le dije que lo haría.

—Lo prometí —dijo Ben.

—Quiero poner fin a este asunto —dijo Don Gennosanti.

—Está sufriendo y busca una salida —dijo Ben con brusquedad —. No hay salida.

—El dinero no le interesa, por supuesto.

—Así es.

—Duplíquelo. Triplíquelo.

—Está perdiendo el tiempo.

—Esperaba que no le interesara —dijo el Don, y Ben sonrió con amargura para sus adentros. La oferta había sido hecha a Donna por las razones que había supuesto.

—No hay nada de qué hablar —dijo Ben, impacientándose, harto de aquel juego obscuro.

—Espere, Martin. Soy un hombre razonable. Hay algo que podemos discutir —dijo el Don.

—No, no hay nada. Quiero a Colardi muerto. No me detendré hasta matarlo. Y quizás ni siquiera entonces. Pero no hasta que lo mate, a él y a tantos de ustedes como pueda.

—Has tenido demasiado éxito —dijo Don Gennosanti.

—No creo que lo entiendas —respondió Ben—. Ahora hay demasiado en juego. Está lo que siento por dentro, con eso habría bastado. Y ahora está lo que le ha hecho a mi vida. Ya no queda nada más que matar a Colardi.

—Martin, ¿crees que yo, un siciliano, no entiendo de venganza, honor y pago de deudas? Vamos, Martin, ahora eres tú quien no entiende.

—Entonces, ¿por qué hacerme llamarte? ¿Por qué esta pérdida de tiempo, esta charla de ofertas cuando no hay ofertas, de algo que discutir cuando no hay nada que discutir?

—Hay una cosa, Martin. Colardi.

Ben empezó a responder, luego hizo una pausa.

—¿Qué pasa con Colardi? —preguntó entonces.

—Quieres a Colardi. Puedo entregártelo —dijo Don Gennosanti.

—Quiero matarlo. Quiero verlo muerto. Quiero saber que nunca más va a hacerle nada a nadie.

—Tú eliges el lugar, la hora. Lo tendré allí para ti.

Ben dejó que la oferta flotara en su mente. Gennosanti estaba dispuesto a sacrificar a Colardi. Tenía el poder para hacerlo, Ben lo sabía. Pero la oferta era inesperada, y la examinó de nuevo.

—¿Por qué? —espetó.

—Es lo único que te satisfará, ¿no es así? —preguntó suavemente el Don—. Es tu precio, y estoy dispuesto a pagarlo.

Ben hizo una pausa, contuvo la respuesta. Lo inesperado de la oferta seguía inquietándole. Había más que una capitulación, más que una admisión de que le temían a él y a lo que les estaba haciendo. Gennosanti no sacrificaría a sus hombres de confianza tan fácilmente. No, reflexionó Ben rápidamente, el viejo lobo había decidido que Colardi no solo era ahora un lastre, sino que no valía la pena salvarlo. Y así, de un solo golpe, cerraría un acuerdo y se libraría de su dolor de cabeza. Ben casi sonrió para sus adentros. No le importaba hacer el trabajo sucio de Gennosanti en este caso. Merecía la pena. Pero quizás había algo más, algo que aún no había considerado.

—Quizás —dijo finalmente al teléfono—. Quizás. Déjame pensarlo.

—No debería hacer falta pensarlo mucho —dijo Don Gennosanti.

—No lo hará. Media hora. Te llamaré en media hora.

Colgó el teléfono y entornó los ojos grises, los labios convertidos en una línea dura. Salió del restaurante y se metió de nuevo en el portal al instante. Un coche patrulla estaba detenido en el tráfico justo allí. Lo observó desde el portal, y cuando se alejó, salió a toda prisa. Caminaba con gesto adusto. El coche de policía había jugado a favor de Gennosanti, avivando un miedo latente que siempre acechaba. Podían detectarlo en cualquier momento, atraparlo antes de que tuviera tiempo de llegar a Colardi. La idea fue cobrando fuerza mientras caminaba. Encontró una pequeña isla de hormigón con media docena de bancos, ancianos agrupados en ellos como tortugas en un tronco. Encontró un sitio y se sentó, ajeno al sol abrasador, envolviéndose en sus pensamientos y aislándose de la ciudad.

Gennosanti cumpliría, estaba bastante seguro de eso. Cómo lo hiciera no era asunto suyo. La idea de tener al hombre frente a él le provocó una oleada de emoción, como la del cazador que por fin avista la presa. No dudaba de que podía sortear el alambre electrificado y las armas que rodeaban la casa, y sin embargo cada incursión entrañaba la posibilidad, la remota posibilidad, de morir. Siempre estaba la posibilidad de lo inesperado, ese pequeño detalle que se le había escapado en su análisis. Nunca había sucedido, ni en las noches de la jungla profunda, ni en los pueblos de mil ojos, ni ahora en las calles ensangrentadas de la ciudad. Pero podía suceder, y esa idea nunca lo abandonaba. Y siempre estaba la policía, buscando, rastreando. También ellos podían tener suerte. Se le tensó la mandíbula. Tener a Colardi frente a él, sin más demoras, valía la pena. Todo habría terminado, la deuda saldada, los libros cerrados.

Nunca había pensado en enfrentarse a toda la estructura de los *mafiosos*. No había necesidad. Ya había demostrado que no eran invencibles. Pero lo más importante: había demostrado que había quienes no mirarían hacia otro lado, no retrocederían, no darían la espalda a la injusticia. Eso era lo que Gennosanti temía más que a todos los matones y tenientes muertos. A esos podían reemplazarlos, pero el clima que habían creado con tanto esmero, ese no podía reemplazarse una vez destrozado. Y él lo había destrozado, lo suficiente al menos como para infundir valor. La muerte de Colardi sería la prueba de que no podían ganar si se les plantaba cara sin miedo, con valor y determinación. Sería un símbolo, quizás incluso el principio del fin. Gennosanti conocía ese riesgo, sabía lo que la muerte de Colardi podía significar. Pero estaba dispuesto a apostar: sus métodos y las debilidades de la naturaleza humana contra el significado de lo que había sucedido. El tiempo estaría de su lado, por supuesto. La gente olvida, y las Familias usarían sus armas de miedo, terror y amenaza para robarle a la memoria su fuerza. Pero quizás la próxima vez sería diferente. La gente olvida, pero también recuerda. No harían falta muchos, solo unos pocos, los suficientes para mantenerse firmes y que otros pudieran tomar prestado su fuerza y su valor.

Se puso de pie, con la mente decidida. Terminar su trabajo era lo más importante. Después de todo, había hecho una promesa, y ¿de qué sirve una promesa si no se cumple? Aceptaría la oferta de Gennosanti. Se llevaría a Joe Colardi a cambio de dejar los rifles. Se apresuró a buscar otro teléfono, la mente bullendo de detalles. Tendría que asegurarse de que no había trampa, un lugar donde pudiera controlar la situación, lo bastante abierto para cerciorarse de que no le tendían una emboscada, pero lo bastante cerrado para que Colardi no escapara. Gennosanti le estaba dejando elegir el momento y el lugar, pero si elegía mal, el jefe mafioso no dudaría en aprovecharlo en su beneficio. Y Colardi aprovecharía cualquier oportunidad que se le presentara.

Ben siguió caminando, metiéndose en portales cada vez que pasaba un coche patrulla y reanudando la marcha después. Eligió sitio tras sitio y los descartó todos por defectuosos. No podía haber errores. Solo habría una oportunidad, un trato, un acuerdo. El East River estaba a solo unas manzanas de donde caminaba, y el silbido de un remolcador llegó hasta él, un sonido que de algún modo formaba parte de la ciudad y a la vez se distinguía de ella. Y de repente se detuvo, los ojos grises captando un destello azul; miró alrededor, divisó la cabina telefónica de la esquina y llegó a ella en tres largas zancadas.

Marcó el número rápidamente y la voz suave de Gennosanti respondió casi de inmediato.

—De acuerdo —dijo Ben—. Entregas a Colardi, solo.

—Y ese será el fin —dijo el Don.

—Ese será el fin —repitió Ben. Se preguntó qué mostraría el rostro de Gennosanti, si es que mostraba algo. Satisfacción no, de eso estaba seguro. Un gesto adusto, sospechaba, el gesto adusto de un hombre sacando el mejor partido de una mala situación. Se preguntó qué aspecto tendría el Don. No era un Colardi tosco y ególatra, eso lo revelaba su voz. Algo paternal en él, había insinuado Donna, cierta elegancia. Debería haberle preguntado qué aspecto tenía el jefe de una de las familias más poderosas. Daba igual, de todos modos. Estaba dejando que la curiosidad lo distrajera.

—¿Dónde? —escuchó la suave pregunta de Gennosanti—. ¿Y cuándo?

—El ferry de Staten Island —dijo Ben—. Debe tomar el ferry de las cuatro y media de la madrugada desde Manhattan.

—Entendido —dijo Gennosanti—. El ferry de las cuatro y media desde Manhattan.

Ben detectó la pausa de Gennosanti, percibió la reticente aprobación del hombre ante su elección del lugar. Sabía que Gennosanti captaría todas las razones de inmediato.

—Irás solo —dijo Ben.

—Por supuesto, tiene mi palabra.

—No necesito su palabra. Me aseguraré yo mismo —respondió Ben con frialdad—. Puede contar con ello.

—¿Algo más? —preguntó Gennosanti.

—Sí. Que no se quede atrincherado en un solo sitio. Que siga moviéndose.

—Estoy seguro de que seguirá moviéndose. ¿Le das una oportunidad justa, Martin?

—No, es una manía mía. Me gustan los blancos móviles.

Gennosanti sabría que estaba mintiendo y también sabría que era mejor no intentar indagar más. Pero le daría vueltas, gruñó Ben para sus adentros con gesto sombrío.

—Entonces nuestro acuerdo está cerrado —escuchó decir a Gennosanti—. Cumpliré mi parte. Colardi estará allí.

—Sabe que yo cumpliré la mía —respondió Ben. No había nada más que decir. Colgó rápidamente y se alejó de la cabina telefónica. Para cuando otro día acariciara la ciudad con sus dedos, la promesa final se habría cumplido. Promesas, repitió, pensando en lo que Donna diría de ellas. Ella preguntaría si las había hecho al pequeño Ben o a sí mismo, al dolor o a la culpa. Esbozó una media sonrisa mientras se apresuraba por la calle, sin ver a nadie, ajeno a todo. Ya no recordaba, y tampoco importaba mucho ahora. Todo estaba mezclado. Siempre sería así. Dolor y principios, nunca estaban separados, ni siquiera cuando eran solo posturas, palabras, conversación de salón. Siempre había un poco de uno en el otro.

Dobló hacia los pocos escalones y subió apresuradamente al vestíbulo destartado y a la pequeña habitación alquilada. Se quedaría allí hasta que cayera la noche, hasta que las horas de la madrugada lo sacaran de nuevo a la calle. Cuando las cosas están en su sitio, mantente siempre oculto, a cubierto, nunca arriesgues echarlo todo a perder en el último momento. Las lecciones volvían de nuevo, viejas amigas bienvenidas. Se quitó la camisa. La habitación estaba húmeda. Las persianas bajadas no conseguían frenar el calor, igual que Colardi no conseguiría frenar su muerte. Los ojos grises se volvieron duros como el pedernal. No parecía suficiente, solo matarlo, un pobre desagravio por lo que había hecho en su miserable vida. Pero tendría que bastar. Ben Martin cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La gran sala no parecía tan imponente, los muebles oscuros y pesados resultaban menos abrumadores. El Don lo había mandado llamar y él había acudido de inmediato, con una satisfacción engreída. El Don había visto a la esposa de Martin, había digerido los dos últimos asesinatos y se había dado cuenta de que la única manera de atrapar a ese salvaje era darle toda la ayuda que necesitaba: más pistoleros, más ojos, más oídos, más manos. La puerta se abrió, interrumpiendo sus pensamientos, y se levantó cuando entró el Don. Esta vez había cuatro hombres con él. Reconoció a Lucianti, y conocía de vista a otros dos, Maltarese y Sal Avvanno, todos del círculo íntimo del Don. El tercero también lo sería, supuso. El Don se sentó, con el rostro duro, las arrugas aparentemente más profundas de lo habitual. Señaló la silla con un gesto y Joe volvió a sentarse. Los ojos de fuego frío se clavaron en él.

—Las otras Familias me han estado llamando de nuevo —comenzó el Don—. Dos hombres más de los tuyos abatidos a las puertas de tu propia casa, Joey.

—Estoy preparado para él —fanfarroneó Joe de inmediato—. Ojalá venga a por mí.

El rostro del Don permaneció inmóvil, y sin embargo, de algún modo, dejó traslucir impaciencia. —Lo hará, puedes estar seguro. Pero a su manera y cuando él quiera. Mientras tanto, quién sabe a cuántos más se cargará.

—Eso no se puede evitar —replicó Joe.

—Se puede evitar y se evitará. Cada uno de los nuestros que mata nos perjudica a todas las Familias. Cada vez que se carga a otro de tus muchachos quedamos más en ridículo. Cada muerte que los periódicos convierten en titular diciendo: «Miren cómo un solo hombre puede plantarles cara a todos». —Hizo una pausa y se

inclinó hacia delante, entornando los ojos—. Y con cada uno, nos debilitamos. Esto no puede seguir así. Las Familias no van a esperar más mientras tú te sigues engañando creyendo que lo atraparás.

—Lo atraparé —casi gritó Joe Colardi. La reunión no era en absoluto lo que había esperado. Los nervios se le crisparon, a punto de estallar—. Dame algo de ayuda, maldita sea, y lo atraparé.

La boca del Don se redujo a una fina línea, un tajo de sable cruzándole el rostro. —¿Dices que él está *pazzo*? Yo digo que tú eres un *chiacchierone incoerente*. Nuestras guerras no se libran así. No podemos luchar a su manera, no estamos preparados para eso. Tiene que acabar ya. Se acabó. Todas las Familias están de acuerdo.

Joe Colardi notó los labios secos y se los humedeció con la lengua. Una sensibilidad vestigial se agitó en su interior y le recorrieron oleadas de miedo.

—Me llamó —continuó el Don—. Parará si te tiene a ti, Joey. Ese es su precio.

La furia y el miedo sacudieron el cuerpo de Joe Colardi.

—No vas a entregarme a ese cabrón loco —gritó.

—Me dio la hora y el lugar —dijo el Don con calma—. Estarás allí, Joey. Es la única salida. Todo esto es culpa tuya. Tendrás que acabarlo.

—¿Para que me cacen como a un pato en una caseta de feria? —protestó Joe—. No tendría ninguna oportunidad. Lo sabes de sobra.

El Don se encogió de hombros.

—Tendrás una oportunidad. Incluso podrías atraparlo, al fin. Eso depende de ti, Joey. Estarás en el ferry de Staten Island, el que sale de Manhattan a las cuatro y media de la madrugada. Irás solo. Esas son sus condiciones. Te moverás por el ferry.

—No puedes hacerme esto —dijo Joe con voz ronca.

—Estarás allí, Joey. He dado mi palabra.

Joe Colardi sintió que la desesperación se apoderaba de él. Sintió traición. Sintió furia. Sintió miedo. Lo sintió todo menos culpa.

—No lo haré —dijo—. Lo atraparé a mi manera, pero no pienso ser el puto cordero del sacrificio de nadie.

El Don se recostó en la silla, con una paciencia casi agotada en la voz.

—Te lo dije, Joey, he dado mi palabra —dijo—. Es la única salida.

—No —dijo Joe—. No.

Una impaciencia irritada asomó al rostro del Don.

—Joey, estarás en el ferry de las cuatro y media de la madrugada —dijo el Don, recalcando cada palabra con calma—. Subirás por tu propio pie o te subiremos muerto, pero estarás en ese ferry. Esa es tu única opción, Joey.

Joe Colardi notó el sudor cubriéndole el cuerpo, y las palabras del Don le calaron hondo, atravesando la ira, la traición y el miedo, y supo que eran la pura verdad. El Don se puso de pie.

—Mis muchachos irán contigo ahora, Joey —dijo—. Se asegurarán de que estés en el ferry. Sube por tu propio pie, Joey. Nunca se sabe. Podrías tener suerte. Esto ha sido cosa tuya, con todos sus errores y toda su estupidez. Acábalo. Todos debemos sacrificarnos cuando es por el bien de la Familia.

Que le den a la Familia, quería decir Joe. Que les den a todas las Familias. ¿Y qué pasa con Annette y Stella? Estás sacrificando al marido de tu propia sobrina, quería gritar. Pero se tragó las palabras. El Don ya habría considerado todo eso, lo habría repasado todo, sopesado cada detalle. Hablar era inútil. Observó aquella espalda ancha salir de la habitación, dejándolo con los cuatro hombres silenciosos. Se quedaron esperando en un silencio cortés. Joe se levantó. Sus opciones no eran opciones en absoluto, claro está; las palabras suaves del Don, pura mierda. Tal vez tendría suerte, se repitió con desprecio. Pero lo subirían muerto, lo sabía, si no subía a ese maldito ferry por su propio pie. Muerto, antes de subir o después. Joe se volvió y se dirigió hacia la puerta. Tal vez no sería ni lo uno ni lo otro. Tal vez subiría solo, pero quizá no estuviera tan solo. Y cuando bajara tendría algunas cuentas que ajustar, algunas exigencias propias que hacer valer. Aún no lo habían descartado, se dijo Joe Colardi. Incluso caminaba con cierta chulería mientras salía de la habitación y bajaba hacia el coche que esperaba. Los cuatro hombres lo siguieron; Lucianti se puso al volante del coche. Joe vio

a su propio hombre apartarse obedientemente. Todos sabían leer las señales. Todos sabían cuándo echarse atrás.

Se sentó en la parte de atrás durante el viaje de regreso a Englewood, trazando planes. Había tiempo, justo el suficiente. Chivo expiatorio, y una mierda. Él no. Joe Colardi no. Ya le enseñaría al Don. Ya les enseñaría a todos. Y sobre todo, ya le enseñaría a ese maldito loco de Ben Martin.

Cuando el coche cruzó las puertas de su casa y se detuvo, Joe ya tenía claro lo que iba a hacer. Los hombres del Don eran discretos, pasaban desapercibidos. Se mantendrían en segundo plano, eso lo sabía, pero siempre vigilantes, sin perderlo de vista ni dejarlo escapar de su control. Los demás los habían visto, sabían quiénes eran, sabían que el Don había metido mano en el asunto, y se mostraban respetuosos, quizá incluso algo temerosos. Joe se detuvo ante la puerta de la biblioteca, la abrió y comenzó a cerrarla tras de sí. Lucianti y Malterese se quedaron en el pasillo.

—Voy a llamar a mi mujer y a la niña —dijo Joe—. Luego me tumbaré aquí en el sofá.

Lucianti asintió. No les importaba tanto lo que hiciera como lo que dejara de hacer. Mientras supieran dónde estaba y pudieran echarle el guante en cualquier momento, estarían satisfechos. Cerró la puerta, se quitó la chaqueta y abrió el cajón inferior del escritorio con una llave pequeña. Sacó una agenda de direcciones, encontró el nombre que buscaba y, con el dedo sobre él, marcó directamente Chicago. El número correspondía al centro de Chicago, una zona semiindustrial todavía salpicada de edificios con inquilinos residenciales.

El teléfono sonó y sintió un nudo en la garganta. Si nadie contestaba, se le acababan las opciones. Casi dio un salto cuando oyó que descolgaban.

—Frank Ganz —dijo—. Soy Joe Colardi.

La voz al otro lado era plana, inexpresiva, fría. Ganz no pertenecía a la Familia, pero las Familias recurrían a él cuando tenían trabajos especiales. Era el mejor asesino a sueldo del país. Joe se había cruzado con él dos veces y había visto los resultados de su trabajo.

—He estado leyendo cosas sobre ti —dijo la voz con sequedad—. Tienes problemas.

—Más de los que te imaginas —respondió Joe—. Mira, cada minuto cuenta. Tengo un trabajo especial para ti, una especie de contrato, pero con trampa. Yo voy a ser el cebo.

—Sigue —dijo la voz.

—Pagaré diez mil ahora y otros diez mil la semana que viene —dijo Joe Colardi. Oyó un leve sonido, casi un silbido, al otro lado de la línea—. Vaya, de verdad quieres cargarte a este tío —dijo la voz.

—Tienes que venir ya. Está previsto para las cuatro y media de la madrugada —dijo Joe.

—¿Las cuatro y media en Nueva York? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Mira, te da tiempo de sobra. Son casi las seis. Coge un vuelo de las ocho, o de las nueve si hace falta. Son unas tres horas de vuelo. Llegarás aquí a medianoche, otros cuarenta y cinco minutos hasta la ciudad, y estarás en el sitio a la una.

—¿Y dónde tengo que estar a las cuatro y media?

—En el ferry de Staten Island, el de las cuatro y media desde Manhattan.

—El ferry de las cuatro y media, entendido. ¿De qué se trata y a quién hay que cargarse? Ponme al día.

—Te lo cuento cuando me llames desde el aeropuerto, después de aterrizar. Estaré aquí.

—Los primeros diez mil. ¿Cómo los cobro?

—Los meteré en un sobre y los mandaré a Kennedy, a tu nombre, al mostrador de equipajes. Lo hago ahora mismo.

—Te llamo si está. Si no, me vuelvo en el siguiente avión.

—Estará. Y van a ser los veinte mil más fáciles que hayas ganado en tu vida. Yo soy el que se la va a jugar. Espero tu llamada cuando aterrices.

—Allí estaré —dijo la voz, y colgó.

Joe Colardi se recostó en la silla. El dinero no era problema. Tenía de sobra en la caja fuerte empotrada, y haría que Tommy lo llevara al aeropuerto y lo dejara allí. Y en el ferry de las cuatro y media, ese puto lunático se iba a llevar una sorpresa que le

desparramaría las tripas por toda la cubierta. Pero, se recordó Joe, tenía que evitar que lo mataran en el tiroteo que se iba a desatar. El cabrón podría intentar pegarle un tiro sin mediar palabra. Aunque en realidad no lo veía así. El señor Ben Martin querría interpelarlo, verlo darse la vuelta y contemplar cómo escupía las entrañas. Y por si acaso no lo hacía de esa manera, reflexionó Joe, él también estaría preparado. Se levantó y salió de la habitación. Lucianti y el otro se removieron y lo observaron dirigirse al dormitorio, unas puertas más allá. Una vez dentro, fue al armario, metió las manos hasta el fondo y sacó el chaleco antibalas. Casi nunca usaba el maldito trasto. Era demasiado aparatoso, te ralentizaba mucho. Pero esa noche la velocidad no importaba. Lo que importaba era la protección, y la tendría: por fuera y por dentro.

Dejó el chaleco en el suelo y volvió a la biblioteca. Sí, más de uno se iba a llevar una sorpresa cuando acabara la mañana, se dijo, y disfrutaría viéndoles la cara a todos después.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Las formas ovaladas y pesadas se desplazan por las aguas oscuras del puerto, de un lado a otro, con la monótona regularidad de centinelas. La noche es negra, sin luna; la ciudad exhala calor como un horno sofocado. Pero en la bahía siempre sopla el viento, que llega desde el mar, más allá de la oscuridad. Las luces se desplazan por las aguas de la bahía y parecen objetos sueltos en la noche: blancas, rojas, verdes, azules; unas fijas, inmóviles, otras titilantes e inciertas. La bahía huele a mezcla de limpio y sucio: aceite, humo, basura y el aire salado y fresco del mar abierto.

Más allá del semicírculo de los embarcaderos del ferry, se alzan los edificios altos, demasiado cambiantes para ser monolíticos, demasiado nuevos para ser majestuosos; semejan una valla irregular que oculta el dolor y la tristeza de la ciudad. El ferry atracado en el muelle ancho ha realizado sus viajes regulares durante la noche, cada vez con menos coches, cada vez con menos pasajeros. Ahora, mientras el gran reloj de la pared de la terminal se acerca a las cuatro y media, en este último viaje antes del amanecer, casi nadie sube a bordo. El hombre corpulento de ojos grises se encuentra en la cubierta superior, tendido en el borde mismo. Lleva allí desde el viaje de la una y media: se acurruca contra la chimenea durante los trayectos y se desplaza al borde de la cubierta en cada atraque. Sus ojos han examinado a quienes subieron a bordo en cada muelle y a quienes bajaron en el otro extremo del trayecto, y ahora vuelve a hacer lo mismo. Observa con ojos de halcón, sin perderse nada, convencido de que todos los que embarcaron durante la noche ya han desembarcado.

Viste camisa negra de cuello alto y pantalones negros; en el bolsillo lleva un Smith & Wesson del calibre .38, el de cañón de cinco pulgadas. Ya no necesita rifles. Solo estorbarían. Desde las sombras

profundas del puente de mando, oculto contra su mole, observa las zonas abiertas de las cubiertas inferiores. Ha pensado en Donna y en lo que ella dijo sobre el futuro, y sabe que el mero hecho de pensarlo es una especie de admisión, un gesto hacia una esperanza ilusoria. Pero ahora ha apartado esos pensamientos. Ya no queda tiempo para ellos. Solo son estorbos que tiñen las acciones de forma sutil e insidiosa. Se inclina hacia delante cuando un hombre con camisa de flores, que lleva en brazos a un niño dormido, sube al ferry. Su esposa, también con un niño dormido en brazos, lo sigue a bordo. Es baja, rechoncha, un calco de su marido. Un coche sube a bordo, se detiene, y Ben ve a una pareja dentro. Un segundo coche lo sigue y entra en la cubierta de vehículos. Un hombre solo va al volante y los ojos de Ben Martin se entrecierran. Pero el coche se detiene y el conductor intercambia bromas con un tripulante cercano. Es evidente que es un habitual del trayecto, y Ben lo descarta de inmediato. Una pareja joven camina con los brazos entrelazados, apoyándose mutuamente tanto por fatiga como por deseo. Los observa alejarse hasta que desaparecen de su vista, dentro de la cubierta cerrada de estribor del ferry.

Ben Martin consulta su reloj. Es casi la hora de zarpar y aprieta los labios. Una figura se mueve abajo: un hombre mayor, encorvado, de pelo gris, que camina despacio, atento a sus pasos. Desaparece en la sección de cubierta cerrada y los ojos de Ben vuelven a la zona de embarque. Otra figura avanza con zancadas largas: un tipo espigado y arácnido, de rostro estrecho y gafas oscuras. Los ojos grises observan al hombre desaparecer hacia la zona de cubierta cerrada, y algo lo inquieta: un sexto sentido, una sensibilidad animal ante el peligro. Lo ha sentido antes, demasiadas veces y con demasiada precisión, como para ignorarlo. Otro coche entra con estruendo en el ferry: un taxi, con las letras en la puerta que lo identifican como taxi autónomo. El conductor va solo, advierten los ojos grises. El taxi desaparece en las entrañas del ferry. Será una incógnita. Probablemente no sea más que lo que parece, pero no puede pasar nada por alto. Tres chicas, adolescentes de unos dieciocho años, con tops de tirantes y pantalones cortos, suben a bordo de prisa, muy juntas.

El ferry se estremece de pronto, vibra: están arrancando el motor. Entrecierra los ojos. Es hora de zarpar y Colardi aún no ha subido a bordo. El vapor brota de la chimenea a su espalda y ve a un tripulante soltar el cabo de amarre. Desde el extremo de la rampa de hormigón, oculto a su vista por el techo del embarcadero, oye cerrarse la puerta de un coche. Sus ojos recorren la escena de abajo. El tripulante está recogiendo el cabo cuando la figura sube a bordo casi a la carrera. Ben reconocería al hombre aunque no le viera la cara: sus señas distintivas, el traje hecho a medida, los ojos hundidos que solo pueden albergar crueldad. Observa a Joe Colardi detenerse a bordo del ferry: el traje caro le ciñe el pecho, y su figura de estatura media transmite una pesadez de hombre con sobrepeso. Joe Colardi, observa Ben, mira nervioso a su alrededor y hacia la cubierta superior, se mueve deprisa y desaparece en la zona techada. Colardi lleva la mano derecha apoyada ligeramente sobre el bolsillo de la chaqueta, advierte Ben, mientras lo ve desaparecer de su campo de visión.

El ferry se sacude de nuevo, como una mujer vieja y gorda que se despereza, y luego, con suavidad inesperada, se desliza fuera del muelle y lanza un breve pitido a la noche. Son casi las cinco menos veinte, comprueba Ben en su reloj; los minutos aceleran el amanecer, y en el este, a su espalda, el cielo ya anuncia el día. Un remolcador con una sola barcaza pegada al costado cruza su proa, y piensa en una madre que guía a un niño, y lo invade una furia tremenda, arrolladora. Es el momento. Ha llegado ese momento, lo tiene al alcance de la mano: el instante de cumplir todas las promesas, de hacer que todo cobre sentido.

Se levanta, mira hacia el puente de mando en el otro extremo del ferry, vislumbra al capitán y al oficial dentro del cuadrado amarillo de la ventana, de espaldas a él. Agachado, avanza por el borde de la cubierta, bordeando la parte inferior del puente de mando, justo por debajo de su campo de visión, y ahora puede ver la cubierta de proa, la zona redonda y despejada. El puente de mando proyecta una sombra profunda ante él, negro sobre negro en la noche, y se agazapa en ella para ver a Joe Colardi avanzar hacia la zona de proa. El hombre avanza junto a la cadena que cruza la

proa del barco; su cabeza gira de un lado a otro con movimientos nerviosos y rápidos mientras busca a su enemigo. Colardi sigue adelante y se abre paso por la proa redonda hacia el lado de babor. Los ojos de Ben no lo siguen. Espera, atento al lado opuesto, y ve aparecer a la figura delgada y arácnida, que se apoya contra la barandilla. Colardi sigue adelante, hacia la cubierta de babor. La figura arácnida también se desplaza. No parece ir con Joe Colardi, pero se mueve cuando Colardi se mueve, siempre a la misma distancia: nunca cerca, nunca lejos.

Los ojos de Ben Martin son pozos duros. Debe estar seguro. No puede permitirse un error. Un error de su parte sería trágico y fatal. Se desplaza, pegado a la parte inferior del puente de mando, hasta un punto desde el que puede ver el lado de babor. Colardi sigue allí, con la mano cerca del bolsillo de la chaqueta, y luego se dirige hacia la sección cerrada de la cubierta. Ben se vuelve a medias. La figura de piernas delgadas también se mueve, paso a paso, como una sombra distante. Pero Ben aún no está satisfecho. Con pasos suaves, silenciosos como los de un leopardo, se desplaza hacia la popa, se agazapa allí, espera, y a los pocos instantes Colardi aparece de nuevo y cruza la zona de cubierta abierta. Ya está casi en el lado de estribor, y sigue mirando nervioso en todas direcciones. Ben se dirige a la empinada escalerilla del costado de la cubierta superior. Empieza a bajar y se detiene cerca del final. Colardi se acerca a la sección cerrada de la cubierta de estribor, pero aún está al descubierto; se detiene junto a la barandilla maciza, y los ojos de Ben recorren la cubierta de popa. La figura alta y arácnida está allí, junto a la barandilla de babor; avanza despacio y con aire casual hacia el centro de la cubierta, aparentemente absorta en el agua. Los labios de Ben esbozan una mueca. La sombra casual es, en efecto, una sombra que sigue a Colardi a distancia prudente. Se lo esperaba, gruñe Ben para sus adentros; estaba prácticamente seguro. Entre ladrones no hay honor. Un trato con un chacal no es ningún trato.

Ben baja los últimos peldaños de la empinada escalerilla, aún entre las sombras del costado del ferry. Cuando sus pies tocan la cubierta de pasajeros, el .38 ya está en sus manos. Fija la vista en

Colardi, la desvía hacia la figura arácnida que ahora está en el centro de la cubierta y vuelve a posarla en Colardi. Lo llama con voz firme y clara.

—Ahora, Colardi —dice, y ve a Joe Colardi girar en redondo mientras su mano se mete en el bolsillo de la chaqueta. Pero no se detiene en él. En cambio, gira y dispara al mismo tiempo, y ve a la figura alta de piernas delgadas estremecerse cuando las balas se clavan en él. La figura arácnida se sacude violentamente de nuevo y cae a la cubierta. Ben ve la automática Colt caer de la mano del hombre al desplomarse este. Todo ha sido apenas medio segundo, la velocidad a cámara lenta de la muerte, y Ben se deja caer a la cubierta mientras el disparo de Colardi astilla el borde de la escalerilla.

Ben se lanza en una zambullida de cabeza, rodando, y siente el segundo disparo rozarle el hombro mientras rueda. Sale de la zambullida en un solo movimiento, disparando, y ve a Colardi agacharse y echar a correr por la sección cerrada de la cubierta. El hombre corre de forma errática, y Ben, apoyado en una rodilla, contiene el fuego. Las tres chicas adolescentes corren histéricas por la cubierta, casi a la par de Colardi, y el hombre y la mujer con los niños se han quedado paralizados, con los brazos aferrados a los pequeños. Maldición, maldice Ben en silencio, y se pone de pie y corre tras Colardi. Oye gritos de las chicas y de los pocos pasajeros restantes, un sonido que apenas le llega a los oídos, voces desde fuera de su mundo, un mundo en el que ahora solo están Joe Colardi y él.

Colardi está ahora en el otro extremo de la cubierta, y el hombre endereza su trayectoria y se dirige al extremo abierto del ferry. Ben levanta el arma para disparar, pero ve a un tripulante de rostro ceniciento salir al descubierto para mirar a lo largo del barco e interponerse en su línea de tiro. El hombre se lanza de lado al instante, pero Colardi ha desaparecido, y ahora Ben avanza a la carrera hacia el extremo abierto de la embarcación. Derrapa hasta detenerse cuando lo alcanza, medio cae, medio se lanza a la cubierta cuando el disparo de Colardi silba junto a su cara. Colardi está al otro lado de la cubierta; una de las chicas adolescentes con

top halter está pegada a la cabina, aterrorizada. Colardi se gira para correr de nuevo, pero el disparo de Ben da en el blanco. Ve a Colardi retorcerse y caer de bruces a la cubierta, casi junto a la barandilla. Ben Martin se pone de pie. El disparo debería haber sido suficiente, pero se dirige hacia la figura, con ganas de hacer más, de vaciarle más balas en el cuerpo bien vestido. Ha sido demasiado simple, una muerte demasiado rápida y fácil para el bastardo. Ben camina hacia la figura con los brazos colgando sueltos a los lados. No logra levantar el arma lo bastante rápido cuando de repente la figura cobra vida, gira sobre la cubierta y dispara.

Ben se lanza a un lado, pero el primer disparo se le clava en las costillas, desgarrándole carne y hueso; el dolor es abrasador. Se desliza por la cubierta, rueda de nuevo y oye más disparos de Colardi clavarse en la madera de la cubierta junto a él. Se arrastra hacia atrás, hacia el lado de la cabina, retorciéndose, rodando, girando, mientras Colardi intenta conseguir un disparo limpio. Pero Joe Colardi está demasiado alterado, dispara salvajemente, y Ben se arrastra de nuevo cuando otro disparo le roza el hombro. El dolor en el costado lo consume ahora, y mientras rueda se pregunta por qué su disparo no ha surtido efecto en Colardi. El ferry está girando; el capitán en el puente hace girar el timón y lo lanza contra la madera sólida de la barandilla, lo que hace que otro de los disparos de Joe Colardi se desvíe. Cuando Ben golpea la barandilla, su mano recibe el impacto y siente lanzas de dolor que le suben por el brazo. El arma le salta de la mano y la ve deslizarse por la cubierta. Cae de rodillas, se retuerce de nuevo y se lanza hacia el arma mientras esta se desliza por las planchas de la cubierta y desaparece por la proa redondeada del barco. Por el rabillo del ojo ve a Joe Colardi meter frenéticamente balas en la recámara de su arma mientras corre hacia él.

Ben se lanza hacia la escalerilla junto a la pared de la cabina, la agarra con una mano y tira frenéticamente de sí mismo hacia arriba. Hace una mueca de dolor; una humedad cálida le mancha el costado del cuerpo. Ha alcanzado la parte superior de la escalerilla y se deja caer de bruces sobre la cubierta, tumbado por un breve instante sin moverse. Oye los pasos de Joe Colardi, el sonido de sus zapatos

subiendo la escalerilla. Está subiendo rápido, esperando que su presa se haya metido en las profundas sombras negras del puente y el bote salvavidas. Ben retrae los labios cuando el dolor le explota a lo largo del brazo desde la mano. Está destrozada, seguramente dislocada, lo sabe, mientras gira el cuerpo en el mismo sitio donde yace sobre la cubierta.

La cabeza de Joe Colardi aparece en la parte superior de la escalerilla, e ignorando el dolor, Ben golpea desde su posición tendida; el golpe describe un arco barredor como un mazo, con todo su odio y fuerza detrás. Se estrella contra la cara de Joe Colardi y oye al hombre gritar mientras cae hacia atrás y se desploma escalerilla abajo sobre la cubierta. Ben baja rápidamente por los escalones de la escalera y salta los últimos. Colardi, aturdido, está en la cubierta, con su arma a un brazo de distancia. Clava la mirada en ella, gira el cuerpo e intenta alcanzarla. El pie del hombre grande le pisa la muñeca y grita de dolor. Ben ve la chaqueta cara abierta, el chaleco antibalas debajo, y entiende por qué su disparo falló. Se agacha, el dolor en la mano ya sin importancia mientras levanta a Joe Colardi y lo pone de pie. —Bastardo —dice Ben mientras le estrella el puño en la cara ensangrentada. Colardi sale disparado contra la barandilla sólida—. Basura. Escoria asesina, podrida y asquerosa —grita el hombre grande, y Joe Colardi devuelve el golpe, baja la cabeza y se precipita hacia adelante con sus brazos cortos y poderosos lanzando puñetazos como pistones. Pero el hombre grande aparta los golpes con una molestia casi indiferente. Lanza su brazo derecho hacia arriba en un arco tremendo y la cabeza de Joe Colardi parece casi desprenderse del cuello. El cuerpo de Colardi se endereza, luego se tambalea hacia atrás y cae. Ben da un paso adelante y se agacha hacia él, y Colardi le lanza una patada a la ingle. Es una patada desesperada y salvaje, y Ben Martin se gira a medias, recibe el golpe en la pantorrilla, y sus brazos siguen bajando; sus grandes manos agarran al hombre por la entrepierna y el frente de la camisa. Levanta a Joe Colardi en vilo y lo sostiene en el aire.

—Mi hijo, mi pequeño niño, bastardo —grita. Los poderosos músculos de sus hombros se tensan mientras lanza al hombre hacia

adelante, y el grito de Joe Colardi se corta en seco cuando golpea la parte superior de la barandilla, rebota y sale disparado por encima hacia el agua oscura. Ben cae contra la barandilla y se dobla sobre ella mientras el primer toque del amanecer gris ilumina las aguas agitadas. Observa la cabeza de Joe Colardi desaparecer, luego reaparecer por un breve momento y después hundirse bajo las aguas de la bahía. El pesado chaleco antibalas lo arrastrará hasta los escombros y el barro en el fondo del puerto, pero los ojos grises del hombre grande siguen clavados en el lugar donde Joe Colardi ha desaparecido bajo las aguas.

—Martin.

La voz pronuncia su nombre suavemente, casi con tristeza. Ben siente que su cuerpo se pone rígido, e incluso mientras se gira lentamente desde la barandilla, lo sabe. La figura está junto al extremo de la pared de la cabina, vestida con la ropa de un tripulante, y los labios de Ben Martin se tensan. Ha cometido un error, lo sabe, y pagará el precio. La amargura lo inunda como la sangre cálida que le inunda el costado del cuerpo. El hombre había estado allí todo el tiempo, a bordo del ferry también.

—Solo esperaba al respaldo de Colardi —dice Ben en voz baja, con los ojos fijos en el revólver de cañón grande en la mano del hombre—. Gennosanti te envió, por supuesto.

El otro asiente. Tiene barba incipiente en un rostro largo y oscuro, los ojos fríos y profundos bajo una pequeña gorra negra. —No sabíamos nada del hombre de Colardi —responde—. Colardi lo arregló él mismo. Puedes creerlo.

Ben casi sonríe. Todos quieren que les crean. La hiena quiere que la amen. El zorro quiere que confíen en él.

—¿Importa ahora? —pregunta. Se siente débil y lucha contra el temblor en las piernas.

—No —responde el otro hombre.

—Gennosanti tenía que enviarte —dice Ben—. No confiaba en que fuera a parar. No creía que fuera a cumplir nuestro acuerdo. Debería haberlo sabido.

Los ojos profundos y oscuros no cambian de expresión; solo los labios se mueven en el rostro de barba incipiente. —Era demasiado

arriesgado, me dijo —pronuncian los labios—. Cuestión de proteger el negocio.

Ben niega lentamente con la cabeza. —No, cuestión de no perderlo todo, de salvar la mitad de una victoria —dice.

Y cuestión de algo más, sabe con amargura: la incapacidad de confiar, de extender el honor más allá del círculo familiar. Ben baja la mirada; el dolor en el costado se vuelve de pronto agudo. La pistola de Colardi sigue sobre las placas de la cubierta. Por el rabillo del ojo ve al hombre levantar el revólver, ve cómo su dedo empieza a apretar el gatillo. Ben se lanza hacia un lado y su hombro golpea la puerta metálica plegable que cruza la proa del barco. La puerta se dobla, se abre de golpe, y su mano encuentra la pistola mientras resbala sobre la cubierta. Oye los disparos ahora, el eco retumbando: el primero impacta en la cubierta junto a su cabeza; el segundo es dolor explosivo, dolor sobre dolor en el costado, abrasador, que le corta la respiración. Se gira boca abajo sobre la cubierta y permanece inmóvil. Siente el ardor en el costado, el flujo de sangre que aumenta. De algún modo, se aferra al borde de la oscuridad eterna. El suave sonido de pasos le llega a los oídos, el tacón del hombre raspando la placa de la cubierta. El asesino tiene prisa por encontrar un escondite, un lugar sin duda elegido cuidadosamente desde el principio. Algo tira de Ben Martin, le dice que se acabó, que es hora de rendirse. Lo rechaza con todas sus fuerzas, se esfuerza, siente el metal frío de la pistola en las yemas de los dedos; luego su mano se cierra alrededor de ella y se impulsa sobre el costado.

El otro lo ha oído, gira en redondo e intenta sacar su pistola. Pero Ben dispara una vez, dos veces. Los dos disparos impactan en la figura; la ve doblarse y caer hacia adelante, temblar un instante y quedar convertida en un pequeño montículo informe sobre la cubierta.

Ben se incorpora sobre un codo. El dolor es uno solo ahora, lo envuelve, no deja ninguna parte de él intacta. Un cansancio terrible se apodera de él y sus ojos luchan por mantenerse abiertos. El amanecer roza las torres altas, más cerca ahora; el ferry ha dado la vuelta y se dirige de regreso a la isla gris de Manhattan. Ben

entrecierra los ojos y ve a través de las torres de acero y hormigón hasta la calle irregular y la gente en los escalones descascarados, la gente en todas las calles estrechas de todas partes, millones de ellos detrás de esas torres. Sus labios se mueven sin emitir sonido, pero las palabras están ahí, pendiendo de ellos. *No olvidéis, no olvidéis. No miréis hacia otro lado. No lo toleréis, dondequiera que esté, cuando sea. No lo aceptéis. No dejéis que viva.*

El ferry se acerca al muelle y el cansancio ya no admite resistencia. Los ojos grises se cierran. Las aguas se agitan, la cubierta se inclina y la figura se desliza hasta el borde, se alza a medias como en protesta y cae por la borda. El sonido de su cuerpo al golpear el agua pasa desapercibido. Los pocos pasajeros siguen acurrucados en sus rincones, y en el puente de mando el capitán está al teléfono mientras los tripulantes se apiñan en el pequeño espacio.

El ferry entra en el muelle; las máquinas invierten y agitan el agua en protesta. Los coches de policía ya esperan en la rampa y las sirenas lloran en el amanecer mientras otros corren hacia la escena. Finalmente las grandes máquinas se apagan y solo quedan voces tensas y pies apresurados rompiendo el silencio. Es mañana y todo ha terminado.

Hay viejos muelles que se extienden como radios desgastados de una rueda de carreta desde el semicírculo que forma la punta de Manhattan, algunos apenas una colección anclada de viejos troncos y trozos de madera a la deriva, acurrucados en una camaradería de desechos marinos. En lo profundo de los oscuros recovecos bajo los pilotes de uno de esos lugares, una figura descansa contra el revoltijo de madera flotante, medio fuera del agua que la ha arrastrado hasta el lado plano de una vieja puerta. No hay sonido ni movimiento. Una vez más, Ben Martin espera.

CAPÍTULO VEINTE

El doctor alzó la vista desde el otro lado del escritorio hacia la joven sentada frente a él. Le sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa; sus ojos redondos y oscuros no mostraban ni expectación ni aprensión. Era su segunda visita, una de esas pacientes que entran de la calle.

—Bueno, enhorabuena, Sra. Martin —dijo—. Las pruebas han dado positivo. Está embarazada. Y contenta, seguro.

Buscó una sonrisa en el rostro de facciones delicadas de la joven, pero no había nada. No, se corrigió, había algo: un leve destello en sus ojos, algo parecido a la satisfacción. Pero no podía estar seguro.

—Está contenta, ¿verdad, Sra. Martin? —indagó. Hoy en día nunca se sabe.

—¿Contenta? —hizo de esa única palabra algo reflexivo, inconcluso—. No, doctor, no estoy contenta —continuó—. Pero estoy satisfecha. Muy, muy satisfecha.

Se levantó de golpe.

—¿Cuándo quiere que vuelva? —preguntó.

—En un mes —dijo él, y ella asintió.

—Aquí estaré —respondió.

Donna Martin salió del pequeño consultorio, pulcro y antiséptico. Fuera, el aire traía el frescor del otoño. Las hojas caían ya sin esfuerzo de los árboles y convertían la calle en algo parecido a un sendero del bosque. Sonrió en su soledad mientras caminaba entre las hojas. Sería un bebé de primavera. Eso estaba bien, una época de renovación, una época de promesas. Crecería rodeado de amor y fortaleza. Amaría todo lo bueno y todo lo justo, ella se encargaría de eso, y sabría que defender lo correcto es algo bueno, y su nombre sería Ben Martin.

Se apresuró hacia el mañana.

EPÍLOGO

JON MESSMANN: LA VENGANZA ES MÍA

POR ERIC COMPTON

La venganza es justicia personal mediante la represalia. Es un defecto humano, ya sea premeditado o espontáneo, y con frecuencia carece de verdadero sentido del bien y del mal. Este proceso reactivo, nacido del dolor y la ira, se convierte en un péndulo oscilante que los autores pueden emplear para transformar personajes y cautivar lectores. Este arco narrativo fiable puede impulsar una historia hacia un tumultuoso segundo o tercer acto. La emoción surge de la metamorfosis cuando el personaje cambia y responde a un acontecimiento emocionalmente perturbador u horroroso.

El concepto ha sido un elemento constante de la literatura desde las antiguas tragedias griegas del siglo V a.C. Domina la tercera obra de la trilogía de *la Orestíada*, cuando Clitemnestra mata a su marido Agamenón por el asesinato sacrificial de su hija. Esto desencadena una cadena de acontecimientos en la que los hijos supervivientes de Clitemnestra conspiran para matarla y vengar la muerte de su padre. Un ciclo de violencia sobrecogedor e impresionante en el que los asuntos familiares acaban en un baño de sangre.

La obra más larga de William Shakespeare, *La tragedia de Hamlet, Príncipe de Dinamarca*, es quizás el epítome de los relatos

de venganza. Escrita entre 1599 y 1601, el tema central de la obra es la venganza, servida fría y calculada. El fantasma del padre de Hamlet se aparece y revela que Claudio lo asesinó, alimentando así el deseo de venganza. Por fortuna, se convirtió en una trama de asesinato bastante complicada y emotiva que catapultó la obra a la popularidad eterna.

Si avanzamos hasta la ficción del Oeste del siglo XX, la historia clásica de venganza se convierte en un tropo familiar del género. El respetado autor Frank Gruber (1904-1969) codificó las tramas del Oeste e incluyó la venganza como una de las siete tramas básicas. Gruber describió la historia de venganza como la persecución de un villano por parte del individuo al que perjudicó, aunque menciona que también podía incorporar elementos de la historia de misterio clásica. Podemos imaginar al protagonista con acento sureño diciendo algo como «eres el sucio canalla que le disparó a mi padre» o «el bastardo se lo merecía».

Dos novelas del Oeste estelares ejemplifican la trama de venganza. La novela de Charles Portis de 1968, *Valor de ley*, sitúa la venganza en el centro de la historia: una niña de 14 años persigue al asesino de su padre con la ayuda de un rudo alguacil estadounidense. La novela explora el precio de la venganza y el peaje que cobra al vengador. Fue adaptada dos veces al cine; la primera le valió a John Wayne un Óscar por su interpretación de Rooster Cogburn. Dos años después, Clifton Adams ganó su segundo Premio Spur consecutivo por la cruda novela *The Last Days of Wolf Garnett* (publicada un año antes de su muerte). La trama es sencilla, pero presentada con atmósfera de cine negro. Un hombre busca al asesino de su esposa, el despreciable Wolf Garnett. Pero descubre que Garnett puede que ya esté muerto y que le han arrebatado su oportunidad de venganza. Es tan oscura como un sudario y explora el anhelo arraigado y profundo de venganza.

En la literatura de acción y aventuras para hombres, el catalizador indiscutible del apogeo de los vigilantes de los años 1970-1990 es *War Against the Mafia*, escrita por Don Pendleton y originalmente adquirida por Bee Line, que luego publicó el libro en 1969 bajo una subsidiaria llamada Pinnacle Books. En la novela, el

sargento Mack Bolan sirve como francotirador del ejército estadounidense en la Guerra de Vietnam. Con 97 muertes confirmadas, se gana el sombrío apodo de *The Executioner*. A diferencia de las décadas de relatos de venganza anteriores, Pendleton incorporó un asesinato-suicidio en el arco del personaje. La hermana y el padre de Bolan cayeron bajo el control financiero de la Mafia. El estrés y las deudas llevaron al padre de Bolan a matar a su esposa e hija antes de suicidarse. Bolan se entera de las muertes y vuela a casa para no regresar jamás al ejército. En su lugar, se convierte en un ejército unipersonal para vengarse de la Mafia. En esencia, es la historia clásica de venganza modernizada.

Las primeras ediciones de *War Against the Mafia* sugieren que el libro se concibió originalmente como una obra única. Sin embargo, las ventas confirmaron que los lectores querían más aventuras de venganza de Mack Bolan. Las impresiones posteriores incluirían el #1 y el título de la serie *The Executioner* para indicar que el libro era el debut de una saga.

Don Pendleton escribió otras 36 entregas para Pinnacle antes de vender la serie al sello Gold Eagle de Harlequin, donde *The Executioner* se convirtió en la serie de acción y aventuras para hombres más popular de todos los tiempos, con un asombroso total de 464 entregas hasta 2020.

Durante ese tiempo, *The Executioner* influyó directamente en innumerables novelas y series que buscaban satisfacer la demanda editorial de más historias de venganza con un estilo crudo y violento, intentando replicar el éxito que estaba cosechando Pinnacle.

Los editores, desesperados por atraer a los lectores de *The Executioner* hacia sus títulos, presentaron sus ideas y diseños de marketing a un desfile constante de autores de clase trabajadora.

Además de imitar la estética de las historias de vigilantes, los editores (incluidos Pinnacle y Gold Eagle) crearon nombres para sus héroes y series que sonaban similares a la palabra «Executioner»: *Butcher, Terminator, Avenger, Hawker, Dagger, Penetrator, Enforcer, Sharpshooter, Stryker, Ryker, Keller, Peacemaker, Liquidator, Inquisitor*. Incluso Marvel Comics recibió permiso de Pendleton para clonar a Bolan como *The Punisher (El Castigador)*, uno de sus títulos

de cómics con ventas más constantes en los últimos 50 años. Obviamente, el requisito previo para cualquier guerrero de bolsillo propuesto era que el título tenía que terminar con la letra R.

O, en un caso clave, comenzar y terminar con esa letra, lo que nos lleva a *El vengador* de Jon Messmann.



La trayectoria de John Joseph Messmann hacia la ficción de vigilantes fue el proverbial camino largo y sinuoso.

Nacido en 1920, comenzó su carrera artística tocando el violín, una actividad extracurricular impuesta por sus padres. En 1940, Messmann comenzó a escribir para la industria del cómic en ascenso, un período conocido como la Edad de Oro de los Cómics. Su primer trabajo fue para Fawcett Comics, una de las primeras editoriales de cómics exitosas de aquella época. Sus compañeros de trabajo formaban un equipo de ensueño de iconos del cómic que incluía a Joe Simon, Jack Kirby y Chic Stone. Messmann escribió durante una década en títulos como *Captain Marvel Jr.*, *Human Torch*, *Sub-Mariner*, *Gabby Hayes*, *Don Winslow of the Navy*, *Tex Ritter* y *Nyoka: The Jungle Girl*. Incluso creó una técnica de tiras cómicas como programa educativo para la Oficina de Información de las Naciones Unidas.

En 1950, Messmann, que ya firmaba como «Jon J. Messmann», co-creó *Carousel*, una sección de cómics en formato tabloide de ocho páginas en el *Pittsburgh Courier*. La sección presentaba muchas de las ideas de Messmann: agentes secretos, romance histórico, aventuras marítimas, detectives privados, chicas de la selva e incluso cuentos de hadas. *Carousel* duró cinco años y fue distribuido por el Smith-Mann Syndicate de Nueva York. Con el tiempo, Messmann dejó de sentirse satisfecho con la industria del cómic.

A partir de la década de 1960, Messmann inició su transición hacia la escritura de novelas de bolsillo con la franquicia estrella de Lyle Kenyon Engel, *Nick Carter: Killmaster*. Su primera contribución

fue la entrega número 37 de la serie, *14 Seconds to Hell*, publicada en 1968. La serie, escrita por diversos escritores fantasma bajo el nombre de Nick Carter, fue un firme trampolín para Messmann. Encajaba perfectamente con la industria pulp gracias a su acción de agente secreto exagerada y extravagante. La experiencia de Messmann en cómics y tiras cómicas lo convirtió en un colaborador fiable para Engel, y contribuyó con 14 entregas más de *Killmaster* antes de abandonar la serie en 1970.

Engel lo emparejó enseguida con George Snyder, otro autor de *Killmaster*, para una nueva serie llamada *Hot Line* en 1970. La serie duró solo tres entregas, y Messmann solo participó en la primera, *Our Spacecraft is Missing*, que le dio la oportunidad de crear un agente secreto moderno llamado Fowler. También en 1970, mientras seguía escribiendo novelas de *Killmaster* y títulos de romance gótico (como Claudette Nicole), Messman escribió dos libros protagonizados por un héroe vagabundo llamado Logan, claramente inspirados en el exitoso personaje Travis McGee de John D. MacDonald.

Era cuestión de tiempo que las tendencias editoriales se alinearan con las fortalezas literarias de Messmann y su experiencia en ficción de espionaje, novelas góticas y aventuras de acción. Y eso sucedió en 1973 con *El vengador*.

La novela cuenta la trágica y trepidante historia de Ben Martin, un veterano militar convertido en cazador de mafiosos. La publicó Signet, entonces una división de New American Library. Los orígenes del libro son un misterio. Quizá Messmann había leído a Don Pendleton y quiso probar suerte con algo similar. O quizá Signet, ansioso por tener su propia novela de vigilantes, contactó al agente de Messmann en busca de un escritor experimentado que creara una.

En cualquier caso, es seguro que la perspectiva de escribir un libro con tragedia personal, venganza, heroísmo, violencia y sexo como ingredientes clave encendió la imaginación de Messmann y encajaba a la perfección con su talento y experiencia.

Como cualquier héroe traumatizado de los años setenta, el Ben Martin de Messmann es un veterano de Vietnam. Esto se debe a que

el libro tomó forma durante el final de la participación estadounidense en los asuntos de Vietnam. Saigón cayó. El mundo siguió adelante. Los soldados estadounidenses tuvieron que reconstruir sus vidas, superar la angustia emocional y adaptarse a la vida civil. Los veteranos de Vietnam se convirtieron en los héroes dominantes de la literatura de acción y aventuras para hombres de los años setenta y ochenta, del mismo modo que la novela negra de los años cincuenta y sesenta dependía de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Los compradores y lectores que consumían estos libros podían identificarse fácilmente con estos héroes porque compartían la misma experiencia bélica. Podría decirse que estos libros sirvieron como una especie de terapia. Estos personajes, como Ben Martin, entendían el despertar de la «prueba de fuego», igual que sus lectores.

Cuando Messmann presenta a Martin, es un hombre de familia honesto y trabajador que tiene una tienda de comestibles. Sus noches esperando en silencio a sus objetivos en un arrozal fangoso han terminado. Pero tras el arco del personaje, Martin pasa de tendero a guerrero al acecho. En el ardiente final del libro, está vivo o muerto. Messmann crea este conmovedor arco de personaje que se nutre de una tragedia muy personal. Como la historia del origen de Mack Bolan de Pendleton, no es una vendetta tradicional del tipo «mataste a mi familia». De hecho, la tragedia es un accidente — causado por hombres malvados— pero accidente al fin y al cabo. Si alguien habría muerto de otra manera depende de cómo se mire. Pero la vida de Martin se ve profundamente afectada, y la venganza es el único recurso. En estas novelas, la venganza es siempre el único recurso. Así nace *El vengador*.

Al final del derramamiento de sangre, el supuesto fin de la guerra de Martin, los lectores deben sacar sus propias conclusiones. ¿Por qué? Porque, sorprendentemente, *El vengador* no estaba pensado como una serie. Nada indica que Signet tuviera otros planes para Messmann o Ben Martin. El lomo, las portadas y las últimas páginas del libro de bolsillo carecen de cualquier indicio de que se trate del debut de una serie.

Pero lo fue. Solo que ni Signet ni Messmann lo sabían.

Las ventas fueron lo bastante buenas para justificar una secuela, lo que dio lugar a cinco aventuras más con títulos que sin duda evocan el estilo de la literatura de acción para hombres de los años setenta: *Fire in the Streets* (1974), *Vendetta Contract* (1974), *Stiletto Signature* (1974), *City for Sale* (1975) y *Promise for Death* (1975). Aunque la venganza es principalmente el catalizador de la primera novela, la vida de Martin siguió plagada de violencia. Cada novela avanza hacia un crescendo con la venganza como motivador silencioso. Y él responde con destrucción a raudales en esta profesión de violencia.

Mientras lees y disfrutas de la serie *El vengador*, una joya indiscutible del género, presta atención al tratamiento especial que Messmann hace de la psique de Martin. Con una lucidez asombrosa, profundiza en el alma guerrera de Martin y descifra emociones oscuras para el lector. En muchos sentidos, Martin podría ser el vigilante más complejo en cuanto a sentimientos reprimidos y temperamento. En la segunda entrega, Martin se convierte en el vigilante, pero en realidad no quiere esa carga. Sueña con la vida que tuvo, una existencia que le arrebataron acontecimientos fuera de su control. El viejo adagio «cuando mires atrás, verás lo que has superado» es un pilar en la perspectiva de futuro de Martin, pero también un recordatorio de las cicatrices. En el fondo, Martin se da cuenta de que él es el vampiro sediento de sangre, solo que es la venganza lo que alimenta su existencia. Esa emoción lo mantiene vivo y completo, es en última instancia la razón para levantarse y existir cada día. Tras noches como francotirador en Vietnam, la guerra continua con la mafia y su transformación en hombre de familia, Martin comprende que está destinado a hacer justicia y ser el verdugo del mal. Era la única constante en su vida.

Jon Messmann creó otro personaje memorable en 1973: *Jefferson Boone: Handyman*. Es una serie destacada que presenta a un agente del Departamento de Estado de EE. UU. que sofoca conflictos internacionales que podrían afectar negativamente a Estados Unidos y sus aliados. Tiene la misma intensidad trepidante que *El vengador*, con Boone llevándose a la cama a... muchas. Las andanzas sexuales tanto de Ben Martin como de Jefferson Boone,

así como la serie Nick Carter antes que ellas, llevaron a Messmann a crear una serie que acabaría siendo su mayor y más duradero éxito comercial.

En 1978, el libro de bolsillo de «western para adultos» cobró protagonismo, liderado por la serie *Longarm* de Lou Cameron, e incorporaba dos o tres escenas de sexo explícito en una historia del Oeste tradicional. Así, en cada libro, el protagonista combatía a los malos y satisfacía a las chicas traviesas. Messmann, siguiendo la tendencia, creó la serie *The Trailsman* en 1980 para Signet bajo el seudónimo «Jon Sharpe».

El icónico héroe de Messmann, Skye Fargo —ojos azul lago y campeón olímpico entre las sábanas— llegó a protagonizar casi 400 novelas de *The Trailsman*. Y Messmann escribió casi la mitad de ellas, hasta su jubilación en 1998, testimonio de sus habilidades narrativas, su oficio y su pura energía creativa. Murió en 2004 a los 84 años.

Desde hace varios años, Brash Books viene reeditando novelas extraordinarias de autores olvidados pero enormemente talentosos para darlos a conocer al público actual. Por fortuna, la estelar obra de Jon Messmann ha sido reconocida e incluida en el excelente catálogo de novelas y colecciones de la editorial. No se me ocurre un autor más merecedor. Estoy seguro de que si estuviera vivo hoy, ya estaría escribiendo una nueva serie de ficción heroica para Brash y proponiendo conceptos de personajes para otra.

Los grandes como Jon Messmann nunca se quedaron sin ideas: solo se quedaron sin tiempo.



Eric Compton vive en la ciudad más embrujada del mundo, San Agustín, Florida, con su esposa, dos hijas, tres perros, posiblemente un lagarto difunto y su alter ego, *The Paperback Warrior*. Su camino hacia el superestrellato bloguero comenzó en 2013 cuando lanzó la exitosa marca *Paperback Warrior* (paperbackwarrior.com), un blog dedicado a los libros de bolsillo vintage del siglo XX en géneros

como novela negra, ciencia ficción, espionaje, militar, pulp, fantasía, western y romance gótico. En 2018, Eric se asoció con Tom Simon, detective privado y agente especial retirado del F.B.I., para incluir reseñas adicionales, entrevistas, columnas originales y más comentarios sobre novelas de bolsillo y pulps. *The Paperback Warrior Podcast*, presentado por Eric y Tom, se lanzó en 2019. Con casi 100 episodios, se ha convertido en el podcast de ficción vintage más popular de internet.

Jon Messmann - Bibliografía Parcial

Como Nick Carter:

Nick Carter: Killmaster #37 14 Seconds to Hell 1968 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #39 Carnival for Killing 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #43 The Amazon 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #44 The Sea Trap 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #45 Berlín 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #48 The Living Death 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #49 Operation Che Guevara 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #50 The Doomsday Formula 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #51 Operation Snake 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #52 The Casbah Killers 1969 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #53 The Arab Plague 1970 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #54 Red Rebellion 1970 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #55 The Executioners 1970 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #57 Mind Killers 1970 (Award Books)

Nick Carter: Killmaster #60 The Death Strain 1970 (Award Books)

Como Claudette Nicole:

Bloodroots Manor 1970 (Fawcett Gold Medal)

The Mistress of Orion Hall 1970 (Fawcett Gold Medal)

House at Hawk's End 1971 (Fawcett Gold Medal)

Circle of Secrets 1972 (Fawcett Gold Medal)

The Dark Mill 1972 (Fawcett Gold Medal)

The Haunted Heart 1972 (Pyramid)

The Chinese Letter 1973 (Popular Library)

The Haunting of Drumroe 1973 (Fawcett Gold Medal)

When the Wind Cries 1976 (Pyramid)

Como Pamela Windsor:

Forsaking All Others 1977 (Jove)

Rebel's Rapture 1979 (Jove)

At Passion's Tide 1980 (Jove)

Como Alan Joseph:

La serie *Logan*

Logan 1970 (Belmont)

Killers at Sea 1970 (Belmont)

Como Paul Richards:

La serie *Hot Line*

Hot Line 1970

Our Spacecraft is Missing! (con George Snyder) 1970
(Award Books)

Como Jon Sharpe (sin incluir sus 200 novelas de *Trailsman*):

La serie *Canyon O'Grady*

Dead Men's Trails 1989 (Signet)

Silver Slaughter 1989 (Signet)

Shadow Guns 1989 (Signet)

Como Jon Messmann:

La serie *Jefferson Boone: Handyman*

The Moneta Papers 1973 (Pyramid)

The Game of Terror 1973 (Pyramid)

Murder Today, Money Tomorrow 1973 (Pyramid)

The Swiss Secret 1974 (Pyramid)

Ransom! 1975 (Pyramid)

The Inheritors 1975 (Pyramid)

La serie *El vengador*

El vengador 1973 (Signet)

Fire in the Streets 1974 (Signet)

The Vendetta Contract 1974 (Signet)

The Stiletto Signature 1974 (Signet)

City for Sale 1975 (Signet)

A Promise for Death 1975 (Signet)

Novelas independientes

A Bullet for the Bride 1972 (Pyramid)

The Deadly Deep 1976 (New American Library)

Phone Call 1979 (Signet)

Jogger's Moon (también conocida como *To Kill a Jogger*)
1980 (Penguin)

The Last Snow 1989 (Random House)

No ficción:

Choosing a Pet 1973 Grosset & Dunlap

Cómics:

Captain Marvel Jr. 1940-1949

Don Winslow of the Navy 1940-1951

Gabby Hayes 1940-1949

Human Torch 1943

Sub-Mariner 1943

Nyoka: The Jungle Girl #50 1945

Tex Ritter 1950